A 2719

ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Rivapalacio,
José Rosas Moreno, José Peón Contreras,
Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,
José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Manuel de Olaguíbel, Joaquín Gómez Vergara, Eduardo E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniros y Villarreal,
Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P. Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Nájera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernández de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ramón Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Rivera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,
José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,
Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO I.

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910
IMPRENTA DE "EL TIEMPO
DE VICTORIANO AGÜEROS,
EDITOR
1ª de Mesones núm. 18

BIBLIOTECA AMÉRICA
UNIVERS — DE SANTI ESPA

No. _____

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE CO[illegible]ELA

Donante Secretaria de
de Gobierno de
Mexico

Á LOS SEÑORES:

Gral. D. Porfirio Díaz,

Presidente de la República;

D. Ramón Corral,,

Vice-Presidente de la República y Secretario de Gobernación;

D. Enrique C. Creel,

Secretario de Relaciones Exteriores;

Lic. D. José Ives Limantour,

Secretario de Hacienda y Crédito Público;

Lic. D. Justo Sierra,

Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes;

D. Guillermo de Landa y Escandón,

Gobernador del Distrito Federal y Presidente de la Comisión del Centenario;

Lic. D. Joaquín D. Casasús y

D. Fernando Pimentel y Fagoaga,

bajo cuyo patrocinio

pone esta colección

de libros históricos,

EL EDITOR.

PROLOGO

Desde que se resolvió por el Gobierno celebrar el Centenario de nuestra Independencia, el Editor que subscribe se formó el propósito de publicar algunos tomos dedicados á tratar de la guerra de insurrección, pues pensó que la mejor manera de conmemorar suceso tan grandioso, era honrar la memoria de los que en ella figuraron, ora llevando á cabo hazañas admirables que deben perpetuarse, ora sacrificando sus vidas en aras de la libertad y de la patria.

En efecto, nada más justo que sacar del olvido, y presentar á los ojos de la actual generación, que los ignora ó los ha olvidado, los nombres de muchos héroes y caudillos que se distinguieron y perecieron en aquella guerra, y ofrecerle los relatos de sus vidas y hechos gloriosos, para que así aprenda el pueblo á estimar sus sacrificios y bendecir su memoria.

Para lograr este fin, y constando al Editor que algunos de nuestros literatos y poetas del siglo pasado, se habían ya anticipado en esa obra patriótica y por mil títulos plausible, comenzó á reunir el material necesario para formar tres series de libros, que además del objeto que ha indicado, podrían contribuír á despertar y au-

mentar el entusiasmo con que deberá celebrarse el Centenario. Esas tres series son:

I.—Romancero de la guerra de Independencia.

II.—Relatos de episodios de la guerra de insurrección.

III.—Biografías de los héroes y caudillos de esa misma guerra.

Para formar el primero, el Editor contó desde luego con los romances que, por iniciativa de los Redactores de *El Domingo*, escribieron algunos poetas el año de 1873 y siguientes, que se publicaron en ese periódico literario, en *El Federalista*, y en algunos otros. Entre ellos deben citarse los de Riva Palacio, Acuña, Rosas Moreno, Peón Contreras, Ramón Valle, Baz. Sosa, Olaguíbel, Nájera, Zárate, Gómez Vergara, etc.

Buscando más atrás, se encontró en semanarios de hace sesenta y seis y cincuenta y ocho años, otros romances, que, aunque de escaso mérito literario, tienen la particularidad de haber sido los primeros que se e-cribieron sobre asuntos de la guerra de independencia.

A este número pertenecen los del poeta veracruzano José de Jesús Díaz (1844) y del poeta tapatío, Pablo J. Villaseñor (1851).

En seguida, el Editor, con el permiso debido, escogió, para aumentar y enriquecer la colección, algunos de los romances de Guillermo Prieto que figuran en el tomo publicado por éste el año de 1885.

Por último, habiendo aprobado y aplaudido la idea de publicar e-te Romancero, algunos de nuestros poetas contemporáneos, éstos bondadosamente ofrecieron al Editor escribir algunos más, con los cuales ha podido completarse tan importante y valiosa colección.

V

Para los "Relatos de episodios de la guerra de independencia," se ha contado con un material riquísimo y variado, esparcido en multitud de periódicos antiguos; y se han escogido los artículos de escritores de mediados del siglo pasado, porque ellos conservan todavía el calor y el tinte vivo que les comunicaron la proximidad de los sucesos, la tradición oral recogida de labios de testigos presenciales, y la fe y el entusiasmo de los que tuvieron por nuestros héroes mayor admiración y devoción tal vez que nosotros. En esto queremos referirnos á los relatos escritos por Payno, Prieto, Revilla, Otero, Altamirano, Riva Palacio, etc.

Por último, la colección de Biografías de Caudillos y Héroes de la Independencia, ha sido enteramente rehecha por el inteligente historiógrafo Lic. D. Alejandro Villaseñor y Villaseñor, cuya reputación de diligente, sensato é imparcial está bien asegurada. En ella figuran no solo las vidas de personajes que andan en boca de todos, (desgraciadamente con errores que no han podido desterrarse,) sino las de muchos héroes ignorados, olvidados ó preteridos, á quienes no se les ha citado jamás, ni menos se les ha hecho la justicia que merecen.

Con la publicación de estos libros, cuyo interés histórico nadie se atreverá á negar, el Editor cree que podría despertarse y avivarse en el pueblo mexicano, el amor á los que se sacrificaron por darnos patria, libertad é independencia, y que ello sería el mejor homenaje que pudiera dedicarse á su memoria, en medio de los festejos que se preparan para celebrar el Centenario—¡Que esa sea la parte de los festejos, que corresponda á los que sellaron con

su sangre y con su muerte la gran obra de nuestra emancipación política!.....

Ya que muchos de ellos no tienen estátuas, ni viven en la memoria de sus pósteros, ¡que estos libros sirvan para perpetuar sus nombres, entre aquellos, por lo menos, que los lean, y conozcan así todo lo que les debemos!.....

V. A.

EL GRITO DE DOLORES

Su manto sobre la tierra
Tiene extendido la noche
Y duermen todos tranquilos
En el pueblo de Dolores.
Allende y Aldama, en tanto
Que otros descansan, disponen
Del gran Hidalgo ir en busca,
Para que no se malogren
Los planes que han concebido
De alzar guerreros pendones.
De Querétaro ha llegado
Nota á los conspiradores,
De que el plan se ha descubierto
Por los fieros españoles.
El buen anciano dormía
Cuando á su puerta oyó golpes,
E imaginando un suceso,
En su lecho incorporóse.
Allende y Aldama llegan
Ante el noble sacerdote,
Y le dicen con acento
Que revela sus temores:
—La fuga sólo nos resta,
Señor cura.... descubrióse
La conspiración; podemos
Salvarnos de las prisiones,

Y áun acaso de la muerte
Que en sus instintos feroces
El español nos daría,
Y nuestros planes entonces.....
Por la frente del anciano
Que escuchaba aquellas voces,
Cruzaron mil pensamientos
Heróicos, dignos y nobles.
Parecía que escuchaba
De México los clamores,
Y el ruido de sus cadenas,
Y del amo los azotes.
Miraba á los extranjeros
Humillar al indio pobre,
Y las hogueras miraba
de crueles inquisidores.
Miró al rico encomendero
Entre luces y artesones,
En tanto que su miseria
Lloraba el pueblo. "No llores"
Entre sí le dijo Hidalgo;
Y á sus tiranos: "no gocen."
Rasgó el porvenir los velos
Con que sus glorias esconde,
Y ante la vista de Hidalgo,
Entre vivos resplandores,
Estaba México libre
A la faz de las naciones.
—Señor; le repite Allende
Al ver que callaba; tome
Una senda y marcharemos,
Y que no nos aprisionen.
—Callad, le dice el anciano
Que aquellas palabras oye;
Por libertar á la patria,
¿Cuál de sus hijos no expone
Su sangre, su vida misma?
Corred, subid á la torre,
Y que toquen las campanas

Parroquia de Dolores

BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD

¡A misa; así se convoque
A todos mis feligreses,
Y hoy en soldados se tornen.
¡Antes que huir de la oscura
Soledad de las prisiones,
Hagamos libre á la patria;
Animo, pues, ¡á la torre!"

* * *

Del astro hermoso del día
Los primeros resplandores
No brillaban en Oriente,
Ni cantaban en los robles
Su amor á las rosas bellas
Los peregrinos zenzontles,
Y estaban los feligreses
Ya en el templo de Dolores;
Que al llamarles la campana,
De Dios escuchan las voces,
Y también la de su Cura,
A quien por padre conocen.
Hidalgo se les presenta
Erguida la frente noble,
Reflejando en la mirada
Puro, indefinible goce.
"Sabed, les dice, hijos míos,
Que si el cielo nos socorre,
La libertad á la patria
Vamos á dar; los albores
Del diez y seis de Septiembre
Brillarán cuando los hombres
Que en nuestro pecho sentimos
Que sangre de libres corre,
Habremos todos jurado
De tiranos españoles
Hacer á la patria libre
A la faz de todo el orbe.
Y ya no habrá encomenderos,

Ricos, marqueses y condes,
Humillando á los que han sido
De esta tierra los señores.
Iremos á las ciudades
Y cruzaremos los bosques,
Llevando por donde quiera
De la patria los pendones.
Hijos míos, en este suelo
Que para siempre se borre
Del esclavo el nombre odioso,
Y de libre lleve el nombre.
Y no harán al mexicano
Que distinta senda tome,
Ni el temor de los cadalsos
Ni el fragor de los cañones."
Al escuchar las palabras
De su pastor, levantóse
Entre la grey libre grito
Que repitieron los montes.

* * *

¡Bendita aurora risueña!
¿Do está tu fulgor? ¿en dónde?
¿Por qué tarda y no ilumina
A los héroes de Dolores?
El santo amor de la patria
Abrigan sus corazones,
Y durará más su gloria
Que los mármoles y bronces.

FRANCISCO SOSA.

ATOTONILCO (*)

La muchedumbre insurgente
Alegre va caminando,
Y al llegar á Atotonilco
Allende les marca el alto.
El Cura entonces murmura,
Pensativo y cabizbajo:

(*) El hecho á que se refiere este romance, tiene una gran importancia en la historia de nuestra independencia; todo en su proclamación fué obra de la inspiración y del momento. Hidalgo indudablemente era un hombre superior que comprendía la gran distancia que había entre él y las masas de entonces y que sabía perfectamente que la sola voz de independencia, aunque expresaba un anhelo de todas las clases sociales, no era bastante para levantar aquel ejército numeroso y desordenado que opuso en los primeros días á las tropas españolas; quiso excitar los móviles más poderosos de aquellas turbas, y se valió de la religión y del deseo de venganza que, como comprimido volcán, rugía desde mucho tiempo atrás entre la población criolla. Semejante conducta, vistas las circunstancias en que se proclamó la independencia, demostraba un gran tacto político y una inteligencia

"Ante la fuerza, el valor,
La religión al engaño;"
Y mira la muchedumbre
Que se adelanta, el anciano,
Y que sus dos compañeros
Penetran en el Santuario.
Quedan todos en silencio;
Mas después de breve rato,
Majestuoso ante la turba
Aparece el cura Hidalgo,
Y á la sorprendida gente
Dice, al presentar el cuadro
De la Virgen Guadalupe
En una lanza clavado:
"Hijos los que habéis ya roto
Las cadenas del esclavo,
Esta nuestra enseña sea,
Nuestro estandarte sagrado,
Y de victoria en victoria
Llevadlo siempre, llevadlo.
Luchamos por la justicia

---

superior; era la única que podía salvar la libertad en aquellos momentos de delación y defecciones. Con semejante idea principió Hidalgo por invocar á la religión al instante de llamar á sus feligreses á la más santa de las luchas; pero su estrella quiso que al día siguiente pasase por el Santuario de Atotonilco, y que en presencia de una imagen de la Virgen de Guadalupe, le viniese una idea fecunda en resultados prácticos. Aquella imagen representaba, por decirlo así, la nacionalidad mexicana: era una virgen indígena, era un enviado directo de Dios á los descendientes de los vencidos y que no recordaba ninguna escena de sangre ni de martirio; Hidalgo comprendió, y con razón, que convertir á la imagen de la Virgen de Guadalupe en símbolo de su causa, era tanto como oponer al poder español de tres siglos, tres siglos también de lágrimas, de preces, de esperan-

Y de Dios bajo el amparo,
¿Y quién á Dios y á lo justo
Puede oponerse insensato?
El derecho es nuestra causa,
Nuestro valor es sobrado,
Y el derecho y el valor
Siempre el triunfo conquistaron....
En nombre del Sér Supremo,
Yo os bendigo, mexicanos."
Gritos mil en ese instante
Interrumpen al anciano,
Y se conmueven los pechos,
Y á todos embarga el llanto,
Y en medio de la algazara
Se va la turba gritando:
"¡Que viva la independencia,
Y que mueran los tiranos!"
Y siguen por su camino
Llenos de fe y de entusiasmo.

RODOLFO TALAVERA.

---

zas; equivalía á convertir á toda la población indígena en un solo combatiente.

Algunos suponen que la noche misma del 16 de Septiembre, Hidalgo lanzó el grito de ¡viva la Virgen de Guadalupe!; esto no es exacto: esta imagen no fué el lábaro de los primeros insurgentes, sino después de que pasaron frente al Santuario de Atotonilco. Nosotros poseemos un diseño de la primera bandera de Hidalgo en Dolores, que tuvo la forma de un estandarte que fué hecho con uno de los palios de la Parroquia, y sobre la cual se puso un escudo, muy parecido al adoptado después de la independencia y que era de papel negro recortado. El diseño original de esta primer bandera de México existe en poder del hijo del denodado insurgente Víctor Rosales.

GUSTAVO BAZ.

PIPILA

Bañaba el sol las montañas
Que á Guanajuato circundan,
Y cual celosos guardianes
A protegerla se agrupan,
En una de esas mañanas
Hermosas, que no se anublan
Y están envueltas en brisas
Que murmurantes arrullan.
Era el mes en que en la Patria
Brilló ¡libertad augusta!
Tu luz bienhechora y clara
Que nuestro horizonte alumbra;
El mes en que un pueblo humilde
Destrozando su coyunda,
Al grito de ¡libre sea!
Su independencia procura;
Que ya cansado su pecho
Por rigores que le abruman,
Estalló contra el tirano
Que aquella humildad apura.

* * *

Sobre el alto Granaditas
Se mira de espanto muda,
A la gente que al tirano

Defiende torpe y adula;
De Granaditas que viera
Convertidos, como nunca,
Sus muros en fortaleza,
Contra la razón más pura...
Por la ciudad conmovida
De gozo el clamor se escucha;
Y de libertad el nombre
Que á los tiranos asusta,
De cada labio se escapa,
Y al repetirlo una á una
Las montañas, llama al cielo
Pidiéndole á Dios ayuda.

* * *

Entre millares de bravos
Que van á emprender la lucha
Contra el recinto que guarda
A la esclavitud impura,
Se levanta venerable
Y grande, como ninguna,
De aquél que nos diera patria,
La santa, inmortal figura.
Al verla, el terror acrece
De aquella vendida turba,
Que hace fuego sobre el héroe
Que tanta insolencia burla,
Ofreciendo bondadoso
El perdón y la fortuna
De ser libre á aquella gente
Que á la esclavitud escuda,
La que, en su orgullo altanero,
Despreciando la conducta
Noble, del que paz le brinda,
No atiende á razón alguna.

* * *

Después de un tenaz combate,
Que tres horas ó más dura,

De la gente salvadora,
Contra la española chusma,
Hidalgo, digno caudillo
Que el bien de su pueblo jura
Para salvarle, prudente
Le retira de la lucha;
Y estudiando la manera
Más eficaz y oportuna
De penetrar en el fuerte
Sin que su tropa sucumba,
Ordena que, de herramientas
Al punto se vaya en busca,
Y se derribe la puerta
De fortaleza tan ruda.
Entonces brota divino
Cual sol que rompe la bruma,
De entre un grupo de valientes
Que tanto honor se disputan,
Un niño, que no era un hombre,
De dominante figura,
Llamado Pípila el bravo
Entre los suyos por burla;
El que, acercándose á Hidalgo,
Le dice, con voz segura:
"Padre, en el nombre del cielo
Y por el sol que me alumbra,
Juro que solo y sin fierros
La puerta abriré sin duda."
Y arrancando una gran losa
Con que la espalda se escuda,
Se precipita á la puerta
Bajo una terrible lluvia
De proyectiles, que estallan
Cada uno abriendo una tumba.

* * *

Pasado un amargo instante
De pena la más profunda,
La puerta de Granaditas

Pípila incendia la puerta de Granaditas.

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.

Ardiendo, al fin se derrumba.
Sobre ella pasan sin miedo
Los libres, que luego triunfan
Y despliegan su bandera
Sobre la orgullosa altura.
. . . . . .
En tanto Pípila el bravo
Después que su obra consuma,
Alzándose victorioso
A sus hermanos saluda.

FRANCISCO A. LERDO.

CHARO

De Charo en el caserío,
En los campos y las selvas,
En las cabañas y chozas,
Y en la esmaltada pradera,
Los habitantes sencillos
De entusiasmo el alma llena,
Al sonar de los repiques,
De vivas que el aire pueblan,
De pífanos y tambores,
Como el pensamiento vuelan
A saludar al caudillo
De la Santa Independencia.
Los fructíferos sembrados
Así entusiasmados dejan,
Llevando espadas y picas
En vez de arados y rejas,
Para volar al combate
Por la sacrosanta idea.
El sacerdote, el anciano
De la cana cabellera,
El que encendió allá en Dolores
Noble y redentora tea
Que en el amor á la patria
Los corazones incendia,
Llena el alma de esperanza
Con noble orgullo, contempla

Sus legiones de patriotas
Dispuestos á la pelea,
Legiones de campesinos
Con armas heterogéneas,
De hombres que por sólo escudo
Llevan la fe en su defensa,
Que en el campo de batalla
Ni retroceden ni tiemblan,
Y que al morir es su grito
Un ¡viva la Independencia!

* * *

Hidalgo y el gran Allende,
Sentados ante una mesa
En hospitalaria choza,
Del porvenir en la niebla
A México libre y grande
En lontananza contemplan,
Tras de lagunas de sangre,
Tras años de cruda guerra,
Tras de matanza y de luto,
De destrucción y contienda,
Para nuestra esclava patria
Sumida en llanto y en pena.
Mas no importa que la sangre
Riegue en torrentes la selva,
Ni que lágrimas amargas
Ablanden duras cadenas,
Si viene tras la neblina
Más obscura y más espesa,
El sol de la libertad
Que á México regenera;
Si tras la enlutada noche
De tres centurias eternas,
Viene la aurora que rompe
Con su fuego y sus centellas
De dura opresión el fierro
Que polvo entre el polvo rueda;

Si en vez de la esclavitud,
De ayes y de amargas quejas
Se oyen cánticos de gloria,
Se escuchan himnos de guerra.
Interrumpe de repente
El curso de sus ideas
Y sus palabras de fuego,
Un hombre que hasta ellos llega:
Del sacerdote cristiano
Envuelto en sotana negra,
De tez brillante y cobriza
Como el gladiador azteca,
De ancha espalda, cuerpo altivo
Y ojos negros que chispean;
Corona negro azabache
Su frente audaz y morena,
Mirada de águila altiva
En sus ojos centellea,
De sus gruesos labios pende
Palabra breve y severa,
Que nunca dificultades
Al brotar de ellas encuentra.
—Dios os guarde, mi maestro,
Dice, y á Hidalgo se acerca.
El Héroe sus ojos clava
Sobre su frente serena,
Y tendiéndole los brazos,
Contra su seno le estrecha.
—¿A qué has venido, hijo mío?
Pregunta con faz risueña.
Y levantándose altivo
Como si un fuego sintiera,
Dentro del alma sagrado,
Así Morelos contesta:
—En una oleada de fuego
Hasta Carácuaro llega
Vuestro grito en vibraciones,
Vuestra partida violenta;
Y yo, que muerto vivía,
Oí esa voz que despierta,

Sentí bullir en mi alma
También una cosa nueva
Que me hizo volar, dejando,
Mi curato y mis ovejas:
Sólo escuché de la patria
Esa tristísima queja
En que pide que rompamos
Sus grillos de prisionera;
Y he venido á vos, que sóis
El que nombró en su defensa,
Para ofreceros mi sangre,
Si puede aliviar su pena."
Conmovidos y gozosos
Los dos héroes le contemplan,
Y en sus palabras vislumbran
Toda una hermosa epopeya,
Que el fuego del patriotismo
Sobre su frente flamea,
Y en su inspirado lenguaje,
Y en su apostura resuelta
Y en su ademán adivinan
Al genio para la guerra.
Ambos al concluir, llorando
Entre sus brazos le estrechan.
—Seréis grande, dice Allende,
Y le admira y le respeta;
E Hidalgo exclama: "¡Hijo mío,
Por siempre bendito seas!
Vuelve á tu pueblo y levanta
Todas las tropas que puedas,
Y á las comarcas del Sur
Lleva la santa bandera;
Ve á Cuautla, allí está tu gloria;
Después á Acapulco vuela,
A donde quiera sembrando
El gérmen de nuestra idea.
No desmaye tu hidalguía
Ante ninguna barrera,
Que el mundo entero te admira,
Y de tí la patria espera

Su redención y ventura,
La fusión de sus cadenas;
Y por tu acción generosa
Que México libre sea,
Que la libertad te guíe,
Que Dios te ayude en la empresa".

* * *

Ya el sol con rojiza lumbre
Traspone montes y selvas,
Y sus rayos moribundos
Tan escasa luz destellan,
Que los árboles se visten
De sombras en la pradera,
Y están obscuros los bosques,
Y aparecen las estrellas
Brotando tras los celajes
En un cielo que azulea.
De Charo entre la campiña,
Sobre amarillosa senda,
Se ve flotar una sombra
Que á breve paso se aleja;
Es un hombre sin más bienes
Que el mundo de sus ideas,
Su pensamiento, su alma
Y el corcel negro en que vuela,
En pos de inmortal corona,
Sin elementos de guerra
Sin armas y sin bagajes,
Sin soldados y sin tiendas
Para la terrible lucha,
Y sin más en su defensa
Que el santo amor á la patria
Y una fe constante y ciega.
Vuela, y el viento acaricia
Aquella frente que quema;
Y á cada uno de sus pasos
Sobre la movible arena,
Y al fuego de sus miradas,

Y al relinchar de su yegua,
Las montañas se estremecen,
Los vientos murmuran guerra,
El cielo se pone rojo,
Los cadalsos se doblegan,
Y en su trono que vacila
Cobarde el tirano tiembla
Y el angel de la victoria
Sus blancas alas despliega,
Para seguir de Morelos
La brillantísima estela.

Ramon Rodriguez Rivera.

LA BATALLA DE ZACOALCO.

(NOVIEMBRE DE 1810.)

La confusión y el espanto
Reinan en Guadalajara,
Desque proclamó en Dolores
La libertad de la patria
El anciano cura Hidalgo
Contra el dominio de España.
Presidente de la audiencia
Era Recacho, y con ansia
Un Batallón provincial
Que se arme al momento manda.
En un brevísimo tiempo,
Dos compañías bizarras
De los ricos comerciantes
Y jóvenes que en las aulas
Sus estudios proseguían,
De orden suya se levantan;
Y en la Catedral la voz
De la sonora campana,
En son pausado y solemne
A hacer ejercicio llama
A los clérigos y frailes
Y á la gente timorata,
Que al mando del buen Obispo,
Y con intenciones santas,
A acuchillar insurgentes
Indignados se preparan.

Formando un lucido cuerpo
Que llamaron La Cruzada.
—"¡Que vengan los insurgentes!
Tan bravos guerreros claman—
Que al ardor de nuestro pecho
Y al herir de nuestra lanza
Quedarán todos destruidos,
Cual la tímida manada
De ovejas, que del león
Provoca la fiera saña."
En tanto, triste noticia
Llena la ciudad de alarma,
Y es que José Antonio Torres,
Caudillo de excelsa fama,
Con sus numerosas huestes
Dizque ha emprendido la marcha
Hacia el dilatado valle
Que de Atemajac se llama,
Y en el cual tiene su asiento
La altiva Guadalajara.
El Batallón Provincial
Se pone sobre las armas;
Y aquellas dos compañías,
Que forman la flor y nata
Del comercio y de los jóvenes
De alcurnia más elevada,
Se juntan en tren de guerra
Y al combate se preparan.
Solamente Su Ilustrísima
Y demás gente eclesiástica,
Que al ejercicio salía
Llamada á son de campana,
Diligentes se ocultaron
En el rincón de su casa,
A pedir á Dios la muerte
De las insurgentes bandas.

* * *

De Torres el atrevido
Vienen las huestes bizarras,

Al pie de la altiva sierra,
Por las extendidas playas.
El valor y el ardimiento
En los rostros se retratan
De la multitud guerrera
Que alegre al combate marcha.
Por las playas hormiguean
Las tropas diseminadas,
Y alegres cantos entonan
Que el eco de las montañas
Trueca en el grito de muerte
Para el español que avanza.
¡Qué alegre va el insurgente
Antonio Torres! ¡Qué gala
Y donosura las suyas!
¡Con qué donaire cabalga
Sobre su negro caballo
Que impaciente el freno tasca!
Del cerro del Tecolote
A la enmarañada falda
Llegan por fin los guerreros,
Que no tienen por más armas
Que unos viejos arcabuces
Y hondas pedreras de malla.
Torres manda allí hacer alto,
Y las indígenas bandas,
Entre el bosque de huizaches
Que flores mil embalsaman,
En un instante se pierden,
Y grande silencio guardan.
Al frente del campamento
Y á una muy corta distancia,
Entre la obscura arboleda,
Se ven las paredes blancas
De Zacoalco y sus alturas,
Por la gente coronadas,
Que pide á Dios que proteja
Á las insurgentes armas.

* * *

Ya las playas de Zacoalco
Pisa con serena planta
El ejército realista (*)
Que á muerte segura marcha;
Y al verle el valiente Torres,
Con sus guerreros se lanza
Sobre él, y un rudo combate
Entre ambas huestes se traba.
A los tiros españoles
La sangre insurgente mancha
La seca arena, y las hondas
Por los indios agitadas
Producen roncos silbidos
Y á miles las piedras mandan,
Que la luz del sol ocultan
En nube negra y compacta.
Bien pronto los españoles
Miran sus tropas cercadas
por los bravos insurgentes,
Que en círculo extenso avanzan
Al grito de "Independencia"
Estrechando las distancias;
Y entonces Villaseñor
A sus voluntarios manda
Que para lograr sus tiros,
Una pirámide humana (**)

(*) Este ejército se componía de quinientos hombres, al mando de Don Tomás Ignacio Villaseñor, y de su segundo, Don Salvador Batres. Uno y otro carecían de conocimientos militares.

(**) La noticia de esta famosa pirámide me ha sido dada por un testigo presencial que se halló en la batalla á las órdenes de Torres. Al ver los indios que eran cazados desde aquella altura por los realistas, se arrojaron sobre ella y derribaron la pirámide, matando á los que servían de base, y

Formen y puedan así
Combatir con más ventaja;
Pero Torres, que lo advierte,
Con voz poderosa clama:
—"¡Que mueran los gachupines!"
Y las indígenas bandas
Al enemigo se arrojan
Y espléndido triunfo alcanzan.
Sus dos jefes prisioneros
Quedaron, y Torres marcha
Con sus tropas vencedoras
Y ocupa Guadalajara.

* * *

Hoy señalan todavía
El sitio de la batalla,
Dos cercadillos de piedra,
Que las osamentas blancas
De aquellos bravos guerreros
Dentro su recinto guardan,
Bañadas de la laguna
Por las rumorosas aguas.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

---

en la confusión y el desorden que produjo la caída, dieron muerte á todo el ejército realista, sirviéndose de las armas de éste como de mazas, y matando á golpes á aquella juventud inexperta.

EL GIRO

I.

Medio oculta entre la selva
Como un nido entre las ramas,
Y medio hundida en el fondo
Tranquilo de una cañada,
Allá por aquellos tiempos
Hubo en Landín (*) una casa
Que no por ser tan sencilla
Ni de una fecha tan larga,
Era menos pintoresca
Ni tampoco menos blanca.
Sombreaba su puerta un olmo
De hojosas y verdes ramas,
Punto de cita de todas
Las aves de las montañas;
Y en uno de sus costados,
Brotando límpida y clara,
Saltaba entre los terrones
Y entre las yerbas el agua.
De noche siempre tranquila
Y eternamente callada,

(*) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Apenas el sol naciente
Filtraba por sus ventanas,
Cuando estremeciendo el aire
Sonaban dulces y claras,
La voz de una cuna, hablando
De cuanto los niños hablan;
La voz de una madre, rica
De sentimientos y de alma,
Y la voz de un hombre que era
La eterna voz de la patria,
Soñando ya con sus glorias
Y ya con sus esperanzas.
Tez cobriza como aquellos
Primeros hijos de Anáhuac,
Que tantas veces hicieron
Témblar de miedo á la España,
Cuando la España atrevida
Midió con ellos sus armas;
Fuerte y ágil como todos
Los hijos de las montañas;
Como un labriego, robusto;
Como un patriota, entusiasta;
Como un valiente, atrevido,
Y como un joven, todo alma.
El hombre de aquellas selvas,
El hombre de aquella casa,
Era el eterno modelo
D'esas figuras sagradas,
Que en el altar de los siglos
Hacen un dios de una estatua.
Veinticinco años apenas
Por ese tiempo contaba,
Y de sus nobles heridas
La suma aún era más larga;
Que no hubo por el Bajío
Ningún combate ni hazaña
Donde su ardor no estuviera,
Donde faltara su lanza,
Ni donde al grito de muerte

Sus huellas no señalara
Con el licor de sus venas
O el de las venas extrañas.
Y allí tranquilo y oculto
Su triste vida pasaba,
Lamentando en su impotencia
La esclavitud de la patria
Que renunciando á la lucha
Renunciaba á la esperanza;
Cuando una mañana, á la hora
Que el último sueño marca,
Despertó oyendo á lo lejos
Un ruido confuso de armas;
Y adivinando al instante
La suerte que le amagaba,
Baja del lecho, al influjo
De una decisión extraña;
Besa en los labios á su hijo,
Besa en la frente á su amada,
Clava los ojos ardientes
En la entreabierta ventana,
Y al ver por sus enemigos
Ya casi envuelta su casa,
Salta á las rocas y entre ellos
Se escapa por la montaña.

II

Aún no se alzaba del todo
La niebla de la mañana
Y aún no acertaban á darse
Cuenta de tamaña audacia
Los sitiadores furiosos
Que sorprenderle esperaban,
Cuando al galope y bajando
Camino de la cañada,
Vieron venir á lo lejos
Un grupo de gente armada,
Compuesta de ocho jinetes

Y el hombre que los mandaba,
En mayor número que ellos
Y con superiores armas,
Seguros de la victoria
Fácil que se les aguarda.
Todos empuñan las riendas,
Todos afirman la lanza,
Todos ven al enemigo,
Todos miden la distancia,
Y en silencio, y todos ellos,
Prontos á ponerse en marcha,
Sólo esperan á que llegue
L'hora de entrar en batalla.
Los insurgentes en tanto
Viendo las huestes contrarias,
Más de coraje l'encienden
Y más de amor l'entusiasman,
Y ansiosos de dar su sangre
Por la salud de la patria,
Sobre el caballo se inclinan,
La floja rienda adelantan;
Y fijos los barboquejos
Y el sombrero hacia la espalda,
Entre la niebla y el polvo
Corren, y vuelan y avanzan,
Siguiendo entre los peñascos
Al hombre de la cañada.
Y ya los de Bustamante (*)
Su primer paso avanzaban,
Anhelando en su impaciencia
Cómo acortar la distancia
Qué la interpuesta colina
Con un recodo aumentaba;
Cuando de pie en lo más alto
De las rocas escarpadas,

(*) El General Don Anastasio Bustamante, Presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

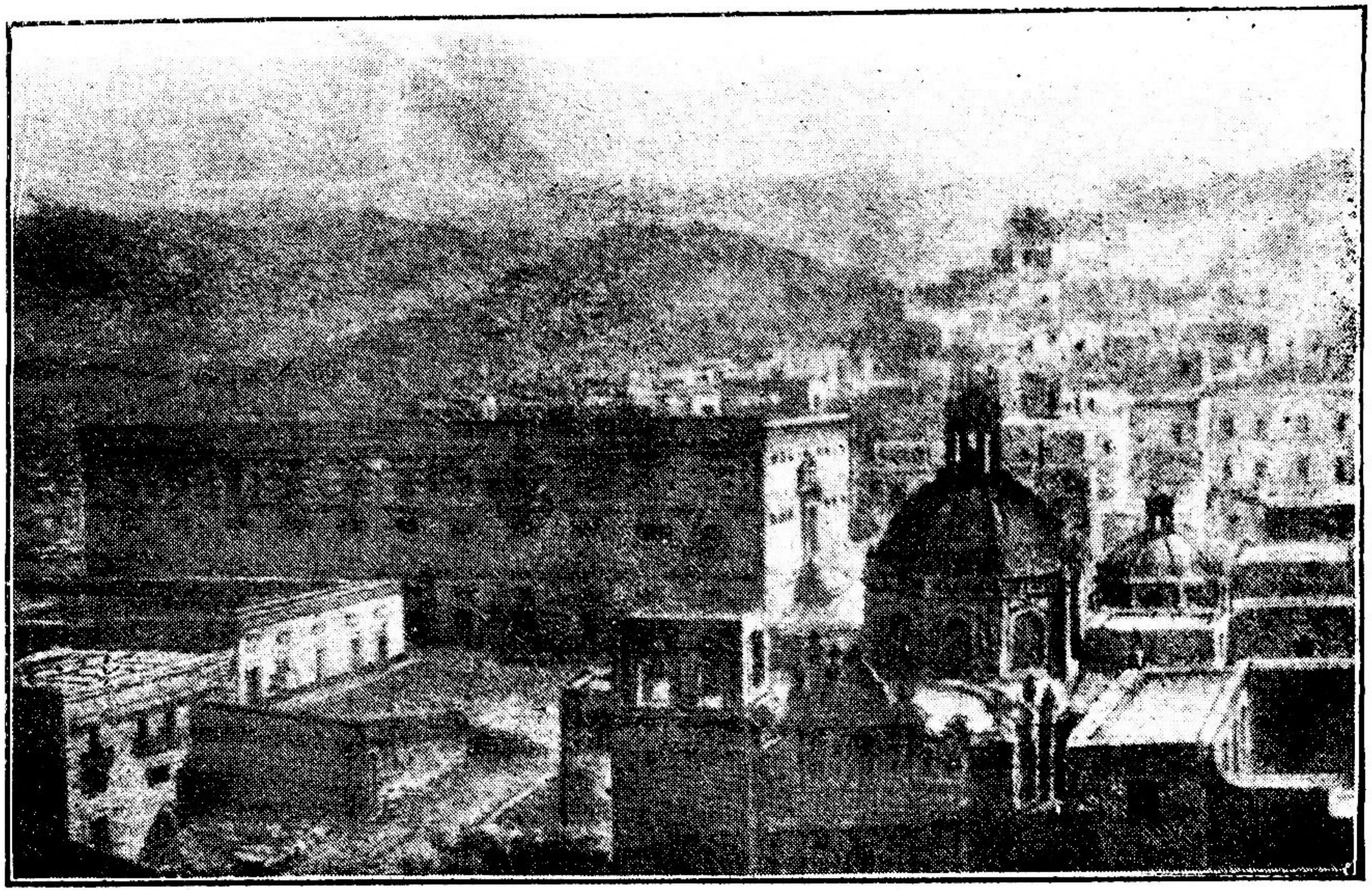
Vieron alzarse á un jinete
Que con voz sonora y clara,
—"Yo soy el Giro—les dijo:
—Si al Giro es á quien aguardan;
Y el que lo busque, que venga
Si tiene honor y tiene alma,
Que á todos espera el Giro,
Frente á frente y cara á cara."—
Dijo: y los fieros dragones
Al grito de "Viva España"
Como un solo hombre treparon
Hasta donde el Giro estaba,
Dispuesto como los suyos
A sucumbir por la patria...
Y fué la lucha, y terribles
Al dar la espantosa carga,
Insurgentes y realistas,
Ardiendo en cólera y rabia
Se entremezclaron sedientos
De victoria y de matanza.....
Quiso la triste fortuna
Favorecer á la España.
El brillo de sus fulgores
Negándole á nuestras armas,
Que ya de los insurgentes
Uno tan solo quedaba
A caballo todavía,
Pero ya herido y sin armas.
Era el Giro, que entre doce
Dragones que le rodeaban,
Sin rendirse al desaliento
Ni inclinarse á la desgracia,
Luchaba y arremetía
Contra el que más se acercaba,
Convirtiendo á su caballo
A un tiempo en escudo y arma.
Por fin, un brazo atrevido
Clavó en su pecho una lanza,
Perder haciéndole el poco

Aliento que le quedaba;
Pero él, aunque ya en el suelo,
Con fuerzas siempre y con alma,
Coge la lanza, del pecho
Sin vacilar se l'arranca,
Y estremecido y al grito
De independencia y de patria,
De pie sobre los peñascos
A sus contrarios aguarda;
Y después de herir á todos
Los que acercársele ensayan,
Hace huir á los restantes
Que ante heroicidad tamaña
Se alejan y desde lejos
Lo rematan á pedradas.

III

Mártir que toda tu sangre
Supiste dar por la patria;
Tú, de los desconocidos
Que murieron por salvarla,
Gracias por tu fortaleza,
Por tu sacrificio, gracias.

MANUEL ACUÑA.



Granaditas.

El Castillo de Granaditas

Trémula, inquieta, azorada,
Como ave que espanta el trueno,
La opulenta Guanajuato
Despertaba de su sueño:
Todo era alarma y rumores,
Y confuso movimiento;
Repicaban las campanas,
Sonaba el clarín guerrero;
Por todas partes corrían
Los soldados europeos,
Y eran las angostas calles
Bulliciosos campamentos.
En las torres elevadas
De los magníficos templos,
Las banderas españolas
Se agitaban con el viento;
Y á poca distancia, altivo
Como si fuera un recuerdo
De las épocas feudales;
A la luz de un sol espléndido,
El fuerte de Granaditas,
Dominador y altanero,
Viendo estrellarse en sus muros
Las tempestades del tiempo,
De anchas trincheras ceñido
Y de soldados cubierto;

Guarnecido de cañones
Y coronado de hierro,
Sobre un pedestal de rocas,
Inexpugnable y soberbio,
Se alzaba, como un coloso,
Su frente elevando al cielo.
Ya el ejército de Hidalgo,
El horizonte cubriendo,
Imponente por su audacia
Y por su número inmenso;
Irresistible y ruidoso;
Descendía por los cerros,
Como un caudaloso río
Que se despeña violento.
Cantos de guerra y de muerte,
Entre un pavoroso estruendo,
Por donde quier resonaban,
Repetidos por los ecos.
Tronó el cañón; anchas nubes
De un humo pálido y denso
Por la atmósfera cruzaron:
Los montes se conmovieron
Al ver el fuego rojizo,
Cual relámpago sangriento,
Y al escuchar de las balas
El raudo silbar horrendo.
Los valientes sitiadores
Un punto se estremecieron,
Como las ramas que azota
El huracán en su vuelo;
Y cual herido leopardo,
Que mira á sus hijos muertos
Se lanzaron al castillo,
Con más ardiente denuedo.
Poderoso respondía,
En medio al marcial estrépito,
A la voz de ¡Viva España!
El grito de ¡Viva México!
Creció el espanto, y horrible

Nuncio de muerte funesto,
Del cañón el estallido
Volvió á escucharse de nuevo
Luchaban los insurgentes,
Sin desmayar un momento;
Seis veces se aproximaron
Y seis rechazados fueron.
Hidalgo entonces, terrible,
Gritó con sonoro acento:
"Pípila, ven; necesita
La patria de tus esfuerzos."
A su voz, lleno de harapos,
Alzóse un hombre del pueblo;
De gigantesca estatura,
De altivo y feroz aspecto.
Tomó en sus nervudos brazos
Una ancha piedra, y ligero
Apoyándola en su espalda,
Cruzó la calle sereno.
Tomó una encendida tea,
Y sublime como el genio
De la muerte y la venganza,
Siguió avanzando resuelto:
En derredor escuchaba
Espantosos juramentos,
Imprecaciones, blasfemias
Y gemidos lastimeros.
Las balas silbar oía;
Y rozaba sus cabellos
El humo de las granadas,
Como un huracán ardiendo.
Con el choque repetido
De proyectiles certeros,
Su escudo tosco y extraño
Voló al fin, pedazos hecho.
Llegó á la puerta, detúvose,
Y la antorcha sacudiendo,
La aproximó á la madera.
Las llamas en el momento,

Cual serpientes retorcidas
Se derramaron crujiendo:
Reinaba en aquel instante
Un angustioso silencio.
Animado entónces Pípila,
Un grito lanzó tremendo;
Y el peligro despreciando,
Entró al castillo el primero.
En ei pórtico, agitándose
De enojo y de rabia ciego,
Destrozado por las armas
De los contrarios guerreros,
Su pié apoyado en cadáveres,
Desnudo el valiente pecho,
Roto y quemado el vestido,
Los brazos de heridas llenos.
El corazón palpitante,
Los ojos lanzando fuego,
Los cabellos esparcidos
Agitados por el viento;
Con la tea en una mano
Y en la otra el agudo acero.
Sublime en su patriotismo,
Terrible en su odio y siniestro,
Reflejándose las llamas
Sobre su rostro sangriento,
Luchaba como un gigante
Entre el horror del incendio.

JOSE ROSAS MORENO.

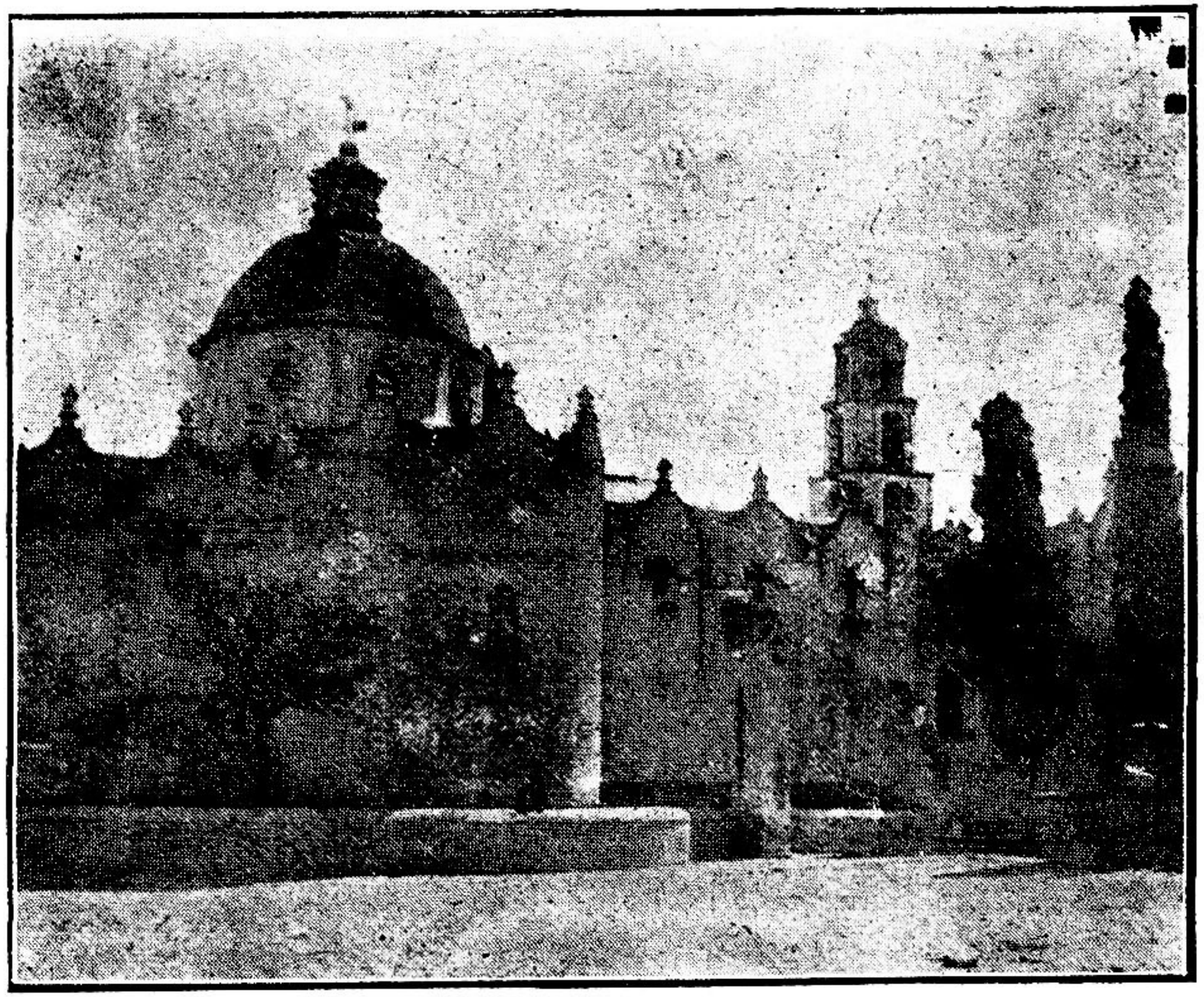
La enseña de los insurgentes

Clara, tibia, deliciosa
se presenta la mañana;
el horizonte encendido
con resplandores de gualda,
y el cielo azul, festonado
con orlas de nubes blancas,
como flotantes crespones
que fingen formas extrañas.
De los álamos frondosos
se desprenden en parvadas
cardenales y gorriones,
pitirrojos y calandrias,
que dando trinos al viento
dan regocijo á las almas.
El zumbar de las abejas
que sin descanso trabajan,
se mezcla con el chirrido
pertinaz de la cigarra,
y el melancólico canto
de la amorosa torcaza;
cuelgan de los naranjales
como racimos de nácar
azahares aromosos,
y se mecen las naranjas,
que pomas de oro parecen
entre frondas de esmeralda;

y se perfuma el ambiente,
y los sentidos se embargan
con el olor del tomillo,
del ajenjo y la retama.

* * *

Dando vuelta á una ladera,
de un cerro cabe la falda,
que campanillas azules
y rojas flores esmaltan,
se descubre pueblo humilde
formado de agrestes casas,
con sus paredes de adobe
ligeramente blanqueadas,
sus cercas de palopique
y sus techados de palma;
y la iglesia, si pequeña,
graciosa y bien decorada,
con cimborrio de azulejos,
y torre esbelta y gallarda.
Es Atotonilco el Grande
que se encuentra esa mañana
de fiesta, según parece,
porque se hallan en la plaza
sus honrados moradores
unidos y en algazara,
con cohetes prevenidos;
y en la torre, de atalaya,
varios mozos, en acecho
observando lo que pasa.
De repente á las esquilas
muchas manos esforzadas
se aprestan, y los repiques
de bulliciosas campanas,
los cohetes y los gritos
de la multitud compacta,
anuncian que algo muy grato
en Atotonilco pasa.



Santuario de Atotonilco,
donde Hidalgo tomó para estandarte una
imagen de la Virgen de Guadalupe.

Es que el cura de Dolores,
en jefe de la cruzada,
llega al Pueblo, con su pueblo
que crece como avalancha.
Las mujeres á las puertas
se asoman regocijadas,
á los lugares más altos
los muchachos se encaraman,
surcan el aire cohetes,
el detonar de las cámaras
y los alegres repiques
de las alegres campanas.
Sobre alta y robusta mula
modestamente enjaezada
sin arneses militares
ni distinciones jerárquicas,
el padre HIDALGO va al frente
de muchedumbre entusiasta,
radiante de regocijo,
si bien desprovista de armas.
Son contados los fusiles,
las pistolas muy escasas,
algún mosquetón mohoso,
alguna escopeta usada,
y como recuerdo histórico
una que otra bocamarta.
Los chuzos de los serenos,
machetes, cuchillos, dagas,
hondas y sacos de piedras,
palos, tarecuas y lanzas;
muchos sin más armadura
que su camisa de manta,
ni otras armas que sus manos
y el santo amor á la Patria.
Hombres, mujeres y niños
con el alma emocionada,
van en busca de la muerte
en defensa de su causa.....

A la derecha de HIDALGO
con apostura bizarra,
sobre un alazán soberbio
de bella y marcial estampa,
con militares insignias
Don Ignacio Allende marcha;
y á la izquierda, en un retinto
andaluz, de pura raza,
con uniforme vistoso
se ostenta Don Juan Aldama.
Luego que entran en el Pueblo
el entusiasmo se exalta,
atruenan el aire vivas
jubilosos y entusiastas,
y corren por las mejillas
de regocijo las lágrimas.
HIDALGO y sus compañeros
de los caballos se bajan,
y á la iglesia se encaminan
á elevar á Dios sus almas.
Después que concluye Hidalgo
la fervorosa plegaria
invocando de los cielos
el triunfo para sus armas;
saca de su viejo marco
la hermosa Guadalupana,
que era del creyente pueblo
la joya más estimada;
con entusiasmo creciente
la coloca en una lanza,
y cual paladín glorioso
sale con ella á la plaza.
"Hijos, les dice á las gentes
atentas á sus palabras:
"la gloria excelsa del triunfo
"nos cubrirá con sus alas;
"vamos á romper los grillos
"que aprisionan á la patria,
"á libertarnos del yugo

"con que nos doblega España,
"á vivir sin amo impío
"que como á bestias nos trata;
"y á conquistar los derechos
"que, siendo nuestros, nos faltan."
"Esta es la enseña gloriosa
"que nuestras vidas ampara,
"ella nuestra única reina,
"ella nuestra soberana,
"la que del pueblo que sufre
"ha de remediar las ansias
"y con sublimes victorias
"coronará las batallas."
"Sea nuestro grito de guerra:
"y que muera el mal gobierno,
"que con rigor nos maltrata....."
"¡Viva la Guadalupana!
¡Viva! prorrumpen mil voces
de entusiasmo electrizadas;
y el pueblo de Atotonilco
se agrega á la caravana.

* * *

Sube HIDALGO á su montura,
sube Allende y sube Aldama,
y salen regocijados
entre vivas y algazara,
llevando á la Virgen India
como enseña sacrosanta.
llenos de valor los pechos,
ilenas de fuego las almas;
y en busca de la victoria
se dirigen á Celaya.

RAFAEL NAJERA.

BRAZO DE DIOS

I.

Al frente va de sus tropas,
Pensativo y cabizbajo,
El Coronel Elizondo,
Aquél que hacía dos años
Por la traición más horrenda
Hizo prisionero á Hidalgo.
Vuelve de la Trinidad
A Béjar. Debiera ufano
Volver, pues va victorioso;
Pero lleva, sin embargo,
Siempre la frente abatida
Y el corazón conturbado.
Ese día era de triunfo,
Ese día sus soldados
A las tropas insurgentes
Por completo derrotaron;
Pero él caminaba abstraído,
Y es que el pecho atormentado
Dos años hace que siente
Por remordimiento amargo.
Tras él de repente se oye
El galope de un caballo,
Y un oficial se aproxima
Y se llega á saludarlo.

—¿Qué hay, Serrano?
—Ya he cumplido,
Señor, con vuestro mandato.
Reunidos los prisioneros
En aquél monte cercano,
Vuestras órdenes aguardan.
—¿Cuántos son?
—Setenta y cuatro.
—Teniente, vamos allá:
Dime ¿están bien resguardados?
—Sí, mi coronel, y todos
Tienen atadas las manos.
—Vamos allá.
Se apresuran,
Y en el monte penetraron.
Ve Elizondo á los cautivos,
Y después manda á Serrano
Que tomando diez de entre ellos
Sean luego fusilados.
El oficial obedece,
Y ellos su arrojo bizarro
Sin desmentir, perecieron
Como leales y bravos.
Tampoco sus compañeros
Que contemplan aquel cuadro
La fortaleza desdicen
Que en la batalla mostraron;
Lo ven, si no indiferentes,
Serenos y resignados.
Toman de nuevo en seguida
Otros diez hombres, llevándolos
Al mismo sitio, y los forman
Sobre el suelo ensangrentado
Y encima de los cadáveres
Todavía palpitando.
Sus compañeros entonces
Se conmueven, aterrados,
Y al verlos caer, un grito
Se escapa á todos los labios.

—Otros diez hombres, exclama.
El jefe: pero Serrano
Conmovido y tembloroso
No se atreve á dar un paso,
Y tres veces Elizondo
Dió la orden, siempre más alto.
El oficial va hacia el grupo
Con los ojos extraviados,
Con el rostro descompuesto
Y todo el cuerpo temblando,
Y otros diez hombres aparta.
Al momento de apartarlos
La voz alza un prisionero
De los que habían quedado:
—"¡Llevadme, llevadme! clama,
"A mis hijos se han llevado...
"Allá van... no quiero verlos
"Morir... Llevadme, tiranos!...
"¡Parad!.... ¡No me oyen!.... Llevadme;
"Todos pronto perezcamos."
A estas voces se alborotan
Los presos, y forcejeando
La voz elevan, y pugnan
Por desatarse las manos.
Serrano se halla aturdido,
Pica y detiene el caballo,
Y dando órdenes contrarias
Se vuelve de todos lados.
Ve esto Elizondo, y furioso
Hasta su tropa llegando,
El mismo da orden de fuego
Sobre los diez señalados.
Al verlos caer, aumenta
El vocerío: —¡Tirano!—
—¡Perdón!—¡Que viva la América!
—¡Viva Allende!—¡Viva Hidalgo!—
—¡Misericordia!—¡Asesinos!—
—¡Oh, Dios mío, perdonadnos!.....
En confusa gritería

Exclaman por todos lados.
El coronel arde en ira,
Y luego manda á Serrano
Sin aguardar ya más tiempo
En pelotón fusilarlos.
Se cumple la orden inícua,
Se suceden los disparos
Sobre la turba; se aumenta
La confusión y el espanto:
Caen heridos y heridos;
Sigue el fuego encarnizado,
Y por fin, sobre una informe
Masa de miembros humanos,
Que parecía quejarse
Y palpitaba á intervalos,
Continuaban todavía
Fuego haciendo los soldados.

II.

La noche era de aquel día
De muerte, de horror y llanto,
Y las tropas de Elizondo
Acampaban en un llano.
La tienda del coronel
Se levantaba en un lado,
Y en ella, él y un capitán
Se encontraban descansando.
—Garza, puedes retirarte.
—¿Váis á dormir?
—Me preparo
A hacerlo; vete á tu tienda....
Ah! dime: ¿has averiguado
Qué nombre este lugar lleva?
—Señor, le llaman el "Brazo de Dios."
Tembló el coronel
Esta palabra escuchando
Sin saber por qué.
—Muy bien

Es tiempo ya de acostarnos.
Se quedó solo Elizondo
Y se acostó; pero en vano
Quiso conciliar el sueño
Durante un tiempo bien largo.
El capitán De la Garza
Su tienda buscaba en tanto;
Todo se hallaba en silencio;
Oficiales y soldados
Dormían y las tinieblas
Envolvían todo el campo.
Llegó por fin á la tienda,
Y en ella encontró sentado
A Serrano, con el rostro
Cubierto con ambas manos.
—Tal vez duerme, pensó Garza,
Dios le de un sueño muy grato.
Dijo, se acostó y durmióse
Rendido ya de cansancio.

* * *

—Garza.
—¿Quién me habla?
—Soy yo.
—¿Serrano?
—Sí, soy Serrano.
—¿Qué quieres? ¿Enciendo luz?
—Capitán, no es necesario.
Si Garza lo hubiera visto,
Se hubiera luego alarmado:
Todo el rostro descompuesto,
Sanguinolentos los párpados,
Torva la vista, y los ojos
De las órbitas saltados.
—¿Me oyes, capitán?
—¿Qué quieres?
—Corremos gran riesgo entrambos.
—¿Riesgo? ¿Cuál es?
—Elizondo,

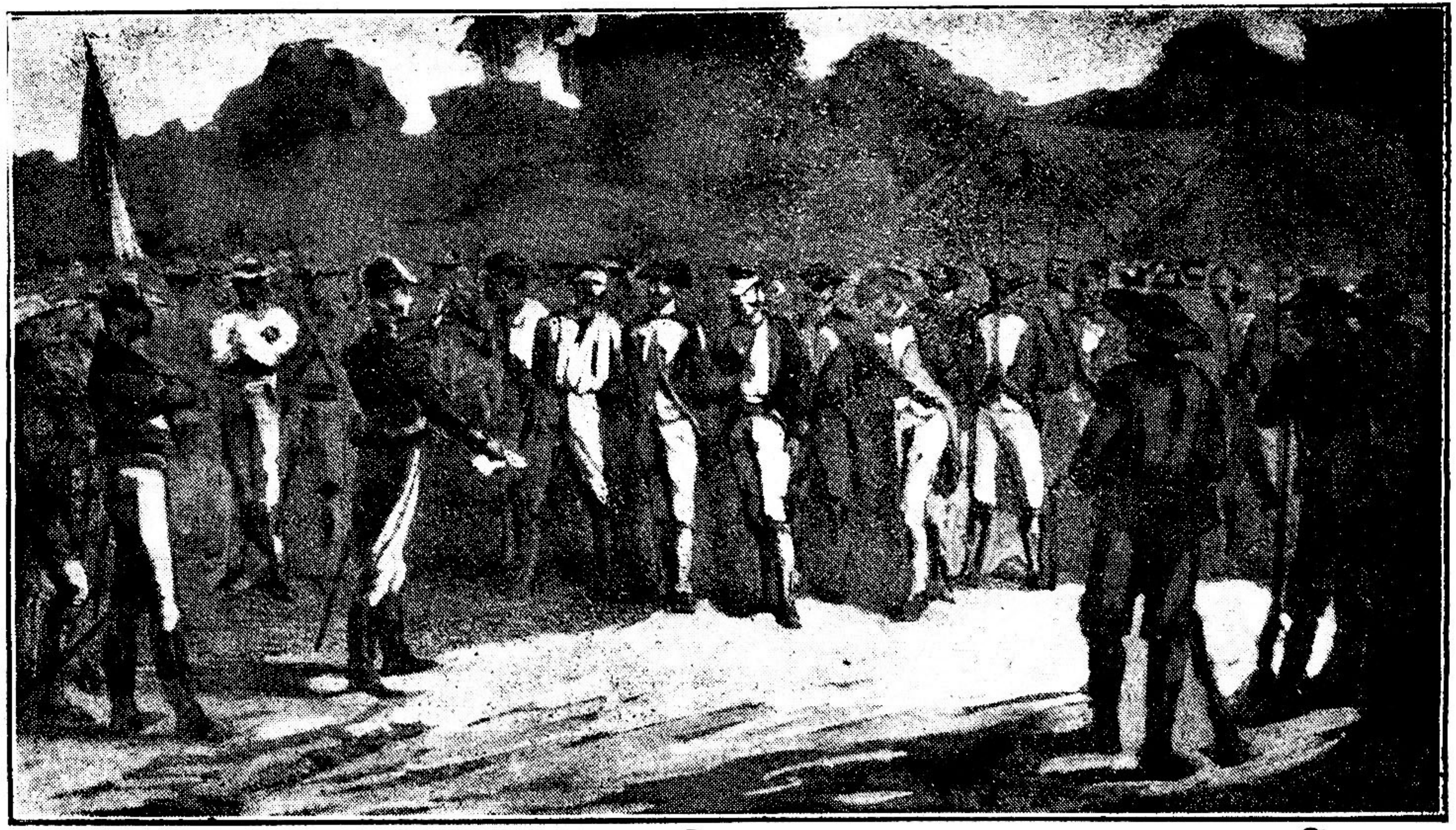
Quiere ahora mismo matarnos.
—¿Estás loco? ¿En qué te fundas?
—Y no son temores vagos,
Pues ha jurado acabar
Con todo el género humano.
—Vuelve en tí, teniente, vuelve
En tí.
—Capitán, es claro,
O bien nos mata á nosotros,
O nosotros lo matamos.
¿Me ayudas? Duerme: el momento
Es muy oportuno. ¿Vamos?
Conoció Garza al instante
Que estaba de juicio falto
El oficial. Era cierto,
¡Loco estaba el desgraciado!
Quiso Garza detenerlo
Y lo tomó por un brazo;
Pero Serrano, más ágil,
La espada desenvainando,
Atravesó al capitán,
Quien quedó muerto en el acto.
Salió Serrano en silencio
Y atravesó todo el campo,
Y en voz baja iba diciendo:
—Me mata si no lo mato.—
Y á la tienda de Elizondo
Se introdujo espada en mano:
El dormía, y era un sueño
Turbulento y agitado,
Y en su horrible pesadilla
Decía en acento claro:
—Este es el Brazo de Dios.
—Este es—respondió Serrano;
Despertó Elizondo, pero
El la espada levantando,
Atravesó varias veces
El cuerpo del veterano.

RAMON VAILE.

BRAVO

I.

Caen las sombras á los valles
De los montes más lejanos,
Y comienzan á encenderse
En la bóveda los astros.
A las orillas de un bosque
Hay un grupo de soldados,
Que alrededor de la lumbre
Pasan el tiempo cantando;
Más allá se ven tendidos
Muchos cuerpos por el campo,
Demostrando que allí dióse
Un combate encarnizado.
Levantábase á lo lejos
Por la loma y por el llano,
El acento de los libres
En melancólico canto.
Allí, después de una lucha
En que venció al León Hispano,
En medio de sus valientes
Acampa el caudillo Bravo.
La voz de los centinelas
Se escucha de cuando en cuando,
Y el monótono sonido
Del galope de un caballo.
Pocos momentos transcurren,
Y se extiende por el campo



Bravo pone en libertad á 300 españoles pris ioneros.

La noticia de que al padre
Del General han matado:
Los nobles pechos se irritan
Contra el virrey y su bando,
Y el dolor más fuerte agobia
Al caudillo mexicano.

II.

Entonan himnos las aves
En el vecino palmar,
Y cual perla entre turquesas
Alza su punta el volcán,
Sonrosada dulcemente
Por un reflejo solar,
Mientras corre entre las flores
Fresca brisa tropical.

III.

Después de una noche horrible
Que pasó el caudillo en vela,
Manda formar á la tropa,
Con su voz firme y entera.
Y trescientos prisioneros
Que hizo ayer en la pelea,
Ante los ojos de Bravo
Fijan la mirada en tierra.
Todos temen, y á su vista
Sin querer miden la pena
Que aquel hombre soportara
Con la noticia funesta.
Mas el héroe á los vencidos
Les habla de esta manera,
Y con su voz santa y pura
Todo el mundo se enajena:
"¡Estáis libres, retiraos;
'Esta mi venganza sea!"

MANUEL DE OLAGUIBEL.

JOSE ANTONIO TORRES.

De humilde hogar á la sombra,
Cultivando con esmero
La tierra, que le brindaba
A su trabajo buen premio,
Tranquilo y feliz vivía
Un campesino modesto,
Sin que de su alma turbasen
La quietud, vanos deseos.
  Un día, mientras el arado
Preparaba, escuchó el eco
De aquel grito que en Dolores
Hidalgo y los suyos dieron
Por libertar á la Patria
De la ignominia y el duelo;
El campesino al instante
Sintió latir en su pecho
El corazón de los libres,
Y sintió del héroe el fuego.
  De Hidalgo la voz me llama—
Torres se dijo;— al momento
Iré en busca del caudillo,
Que su voz es voz del cielo.
  ¡Adios, tranquila morada
De mis gratos días risueños!
¡Adios, mis bueyes, mi campo
Adios, mis dulces recuerdos!

La patria donde he nacido
Hoy reclama mis esfuerzos,
Y están malditos los hombres
Que la miran con desprecio.
Así dijo; á pocos días
Estaba en el campamento
A las órdenes de Hidalgo,
Por combatir el primero.

* * *

El modesto campesino
Que escuchó la voz del cielo,
Al frente se hallaba, á poco,
De unos leales guerrilleros,
Marchando para Colima
A sublevar á los pueblos,
Dejando por donde quiera
De su bravura recuerdos.
Iba engrosando sus filas
Su constante y noble empeño,
Y en Sayula y en Zacoalco
En breve formó un ejército,
De sus soldados al frente,
Al enemigo venciendo,
Guadalajara rindióse
A Torres, de gloria lleno.
Pasaron después los días
Y en Calderón tuvo un puesto,
Brillando en esa batalla
Por su heroísmo y denuedo.
Michoacán luego el teatro
Fué de sus triunfos sin cuento,
Y temblaban los realistas
Al nombre del Guerrillero,
Aunque siempre á los vencidos
Torres miró con respeto
Si con sus tropas lucharon
Cual deben los caballeros.

No combate el campesino
Halagado por los sueños
De la ambición: su bandera
Es el amor á su suelo;
Quiere que libre á la patria
Logren hacer sus esfuerzos,
Aunque perezca en la lucha
Al realizar ese anhelo.

* * *

Son las glorias de este mundo
Pasajeras como el viento,
Y es voluble la fortuna,
Y hiere el mal á los buenos.
De mil ochocientos doce
El cuatro de Abril, funesto
Fué para Torres: Merino
Logró hacerle prisionero,
Después de haber derrotado
En una loma que al pueblo
De Tlasasalca está cerca,
A mil libres que murieron.
Y aquella ciudad, que un día
Cruzó Torres entre inmenso
Gentío que le aclamaba
Por su valor y denuedo,
Entrar le vió conducido
Entre ignominias sin cuento,
Y miró decapitarle,
Y vió cómo dividieron
Los verdugos del tirano
Del héroe famoso el cuerpo,
Para llevarlo á los puntos
De la ciudad y los pueblos
Donde venciera otros días
Al opresor de este suelo,
Que temblaba al sólo nombre
Del campesino modesto.
Así su carrera heróica

Torres finó, sin que el miedo
Ni en el cadalso asaltase
Aquel corazón de acero.
Así murió; mas su gloria
Eterna cual su recuerdo,
Guardarán los mexicanos
Mientras aliente su pecho.

FRANCISCO SOSA.

LA FIESTA DE CHEPETLAN

Alegre viste sus galas
El pueblo de Chepetlán,
Que está celebrando el día
De su fiesta titular.
¡Cuál repican las campanas
De la iglesia parroquial!
¡Cómo suena el teponaxtle
Con monótono compás!
Y cámaras y cohetes
Estallan aquí y allá,
Y se escucha en todas partes
Una algazara infernal.
Por donde quiera, enramadas,
En donde vendiendo están
Aguas frescas y sandías,
Y al son de una arpa tenaz,
Nativos y forasteros
Bailan con dulce igualdad.
Se oye la voz estentórea
Del que tiene el carcamán,
Y del que á la lotería
Llama á todos á jugar.
Entre los arcos de flores
Pasa la brisa fugaz,
Templando apenas el fuego
De ardiente sol tropical.

En grupos la muchedumbre
Se agita, en constante afán,
Avida de divertirse,
Anhelando por gozar.
Los hombres ancho sombrero
Y negro, en lo general,
Camisa y calzón muy anchos,
Muy blancos, y nada más;
Las mujeres con enaguas
De extraña diversidad;
Y todos ríen y cantan,
Y llegan, vienen y van,
Tomando de cuando en cuando
Algún trago de mezcal.

* *

Entre tanto forastero
Que ha llegado á Chepetlán
Buscando en aquellas fiestas
Tener un grato solaz,
Se notan muchos soldados
Que, con licencia quizá,
De las tropas virreinales
Se apartaron, sin pensar
En guerras, ni en insurgentes,
Porque muy lejos están
Guerrero y todos los suyos,
Y no hay que temerles ya,
Al menos mientras que dure
La fiesta de Chepetlán.

* * *

Cuando la tarde se acerca
Y el sol declinando está,
Se oye rumor repentino
Inusitado y marcial,
Y la gente se alborota,

Y sin poderse explicar
Lo que causa aquella alarma
Y produce lance tal,
De repente por las calles,
Sobre un erguido alazán
Que tasca el freno impaciente
Y echa fuego al respirar,
Altivo, pero sereno,
Llega un hombre en cuya faz
Se pinta el alma de un bravo
Tan noble como leal:
Es Guerrero, el indomable
Campeón de la libertad.
Le sigue valiente tropa
Que ya al pueblo entrando va,
Y se ocultan los que temen,
Y otros salen á mirar.
Llega Guerrero á la plaza,
Y del soberbio animal
Tiempla la rienda y detiene
Del seco trote el compás.
Pasan muy cortos momentos
Y comienzan á llegar
Unos y otros, prisioneros,
Los del bando virreinal.
Todos ellos cabizbajos
Y silenciosos están;
Guerrero les mira un rato,
Y luego, con dulce faz,
Les pregunta:—"¿A qué han venido?"
Y nadie osa contestar.
Vuelve á preguntar Guerrero,
Y entonces, saliendo audaz
Un sargento, con despejo
Contesta:—"Mi general,
"Hemos venido á la fiesta,
"A gustar de Chepetlán;
"Y venimos con licencia."

—"¿Y nada más?"—"Nada más."
Vuelve á reinar el silencio,
Sonriendo Guerrero está,
Y dice con voz pausada:
"Pues venísteis á gustar,
"Seguid alegres gustando,
"Que yo os doy la libertad;
"Pero mañana, os lo advierto,
"Que no os halle por acá
"La luz de la madrugada."
—"¡Que viva mi general!"
Grita entusiasta el sargento.
—"¡Viva!" gritan los demás,
Y alegre sigue la fiesta
Que nada vuelve á turbar,
Y chaquetas é insurgentes
Siguen en grato solaz,
Que es una noche de gusto
Esa noche en Chepetlán.

VICENTE RIVA PALACIO.

QUECHOLAC

OCTUBRE 14 DE 1813.

Estrella del navegante
El altivo Citlaltépetl,
Se alza dominando excelso
Con su corona de nieve,
Desde las ondas del Golfo
Hasta do el sol desparece;
Y á su falda las campiñas
Y las llanuras se extienden,
Ornadas de verdes selvas
Y de arroyos transparentes.
Hoy en ellas los soldados
De dos enemigas huestes,
A la lucha se preparan
Lanzando gritos de muerte;
Entre el follaje sus cascos
Y sus armas resplandecen,
Mientras que se tiñen de oro
Del volcán las regias nieves
Al asomar los primeros
Albores del sol naciente.
Unos ostentando altivos
El rico lábaro vienen
De las glorias españolas,
Y los sangrientos laureles

Recogidos en Bailén, (1)
Sus escudos ennoblecen.
Los otros, aunque inexpertos,
A la voz de patria fieles,
Son los que dan prez y fama
Al apodo de insurgentes.
Bandera negra, cruz roja,
Por marcial enseña tienen,
Y los manda Matamoros,
El audaz entre los héroes,
El de los rubios cabellos,
El de los ojos celestes,
El que triste, de ordinario
Marcha inclinando la frente,
Cual los que sufren pesares,
Cual los que meditan siempre;
Pero al ver á sus contrarios,
La levanta, y de sus huestes
Empuñando la bandera,
Y con acento solemne
Así á sus guerreros habla
El adalid insurgente:
—"Bravos y nobles soldados:
El enemigo que hoy viene
A nuestro encuentro, es el mismo
Que humilló al César potente
Cuya voluntad fué norma
De los pueblos y los reyes;
Mas no ahora, como entonces,
Patria y libertad defiende;
Hoy, sostén de los tiranos,
Cobarde y medroso viene.
No os intimide su fama,
Su renombre no os arredre;
Oponed á sus cañones

---

(1) Esta batalla fué sostenida á campo raso contra los batallones de Asturias, vencedores en Bailén.

Y á sus mallas relucientes,
Esos pechos, que desnudos
De galas y de oropeles,
Morir en sangrienta lucha
A ser esclavos prefieren,
Y de Bailén con los lauros
Ornaremos nuestras sienes."

. . . . . .

Suena el clarín, la llanura
Y las chozas se estremecen
Al sonar de las descargas
Que van sembrando la muerte;
En un eco se confunden
El trotar de los corceles,
Los gritos de los heridos
Y los vivas de los jefes;
Y entre las nubes de polvo
Y de humo que les envuelve,
Como fantasmas siniestros
Se divisan los jinetes
De San Pedro (1), que sus lanzas
A cada bote enrojecen.
Hasta que al fin cuando opaco
Ya brilla el sol en poniente,
Mientras de carmin colora,
Con luz moribunda y tenue,
La blanca nivosa cima
Del altivo Citlaltépetl,
De Bailén los vencedores,
Marchitando sus laureles,
Rinden armas y banderas
A las tropas insurgentes.

GUSTAVO BAZ.

---

(1) Tal era el nombre que llevaba uno de los cuerpos de la caballería insurgente que tomó parte en este encuentro.

VALDIVIA - CUREÑO

¡Agua! gritan los soldados
Caminando en el desierto,
Y laguna cristalina
Aperciben á lo lejos.
Arrastrándose prosiguen,
Y cuando juzgan, sedientos,
Que va á calmarse en las aguas
De sus gargantas el fuego.
La vista vuelven confusos,
Y por do pasaron ellos
Ven retratarse en las ondas
Del astro rey los reflejos.
Así Rayón y sus hombres
Entre crueles tormentos,
Llevaban el estandarte
De la patria y sus derechos.
La perfidia sobre un grupo
Arrojaba su veneno,
Y un General (1) á su jefe
Le dirige estos conceptos:
"O aceptamos el indulto.
"Que nos ofrece el Gobierno,

(1) Ponce.

"O por fin de la camapaña
"Como Hidalgo moriremos
"Sin armas, sin municiones,
"Serán vanos los esfuerzos,
"Y nuestros pobres soldados
"Estarán muy pronto muertos."
Rayón dice: "Dadme un plazo,
General, y yo os prometo
Que si continúan las penas,
A lo que pedís accedo.
"Capitán, dice un soldado,
"Oid mi humilde consejo,
"Y si hacéis lo que yo os digo,
"Salud con honra tendremos:
"En esa hacienda cercana,
"Que está sobre aquel otero,
"Hay guarnición española;
"Pero hay agua, y quiso el cielo
"Que yo pudiera en la noche
"Sacar este jarro lleno.
"Tomad pronto, y al asalto,
"Porque el triunfo ha de ser nuestro."
Oye el capitán y dice:
"Con cien hombres nomás cuento, (1)
"Pero me inspiran confianza;
"Esta noche marcharemos."

II

Estando el pequeño grupo
De soldados en acecho,
Un cañón abandonado
Miran brillar á lo lejos,
Y todos piensan lo mismo:
Arma inútil en el suelo,
Mas formidable, elevada
Dos cuartas sobre el terreno.

---

(1) Quinientos hombres guarnecían la hacienda.

Derribando el débil muro
Llegaríamos hasta el centro.
Mas, ¿qué hacer sin las cureñas?
Preciso es que le dejemos.
"Aquí estoy—dice Valdivia,
Un atlético guerrero,
El mismo que un poco antes
Al capitán dió un consejo.
"Si el cañón habéis hallado,
"También cureña, yo puedo
"Sostenerlo en mis espaldas
"Y el muro derribaremos."
Cae de rodillas, le amarran
El cañón con lazo estrecho.
Una bala de la hacienda
Llega y mata á un artillero.
El cañón cargan al punto
Y se oye la voz de "fuego."
La detonación se escucha,
La multiplican los ecos
En las montañas distantes;
Pero el héroe está en su puesto.
Y "¡bien!" exclama el soldado,
¿Estuvo el tiro certero?"
Otra vez la pieza cargan
Y se repite el estruendo,
Y otra vez; mirad al muro,
Derribado está en el suelo;
Mas Valdivia lanza un grito
Desgarrador, lastimero.
Causan el triunfo sus nobles
Y patrióticos esfuerzos,
Pero los golpes terribles
Déjan torcido su cuerpo,
Como la caña en los bosques
A los impulsos del Euro.
Los insurgentes asaltan
Y de la hacienda son dueños;
Y Rayón á sus soldados,
De gozo indecible lleno,

Pudo decir: "Aquí hay agua,
Nuestra marcha continuemos."
Y en tanto queda Valdivia
Como tosco, inútil leño
Que arroja el mar en la costa
Después de huracán funesto.
Y este hombre grande, sublime,
Y de un valor tan excelso,
Es conocido en la historia
Con el nombre de "Cureño."

MANUEL DE OLAGUIBEL.

LA JAULA

Alrededor de la Alhóndiga
La multitud se agrupaba.
Olas que á su impulso mismo
Ya retroceden, ya avanzan:
No cual las olas del Golfo
Que sonoras se levantan.
Sí cual las olas de nubes
Que silenciosas, calladas,
Se entrechocan, se confunden,
Se combaten, se separan,
En lo más alto del cielo
Anunciando la borrasca.
La multiud va creciendo,
Y por las calles cercanas
Nuevos refuerzos recibe
Del cerro y de la cañada,
Ya como ríos que suben,
Ya como ríos que bajan,
Pero no se oyen las voces
Que la multitud levanta
Cuando es multitud, y apénas
Si se escuchan sus pisadas.
Al pueblo de Guanajuato
Algún sentimiento embarga,
Que si no sale á sus labios,
Encerrándose en su alma,

Es porque el miedo le exige
Que se encierre y que no salga.
Al pronto un débil murmullo
Se oye, y al pronto se apaga,
Escuchándose tan solo
No lejos de Tepetapa,
El rechinar de las ruedas
De una carreta pesada.
Todos los ojos se vuelven,
Todos devoran sus lágrimas,
Y se remueve algo grande
En las almas mexicanas,
No pudiendo comprenderse
Si eso que bulle en las almas
Es oración que se eleva
O es maldición que se arranca.
Sigue la infame carreta,
Ya atraviesa la calzada,
Ya llega al puente, prosigue
Por breve espacio su marcha,
Del Marqués la cuesta sube,
Con grande esfuerzo, y se pára
Delante de Granaditas,
Y su luz el sol velaba.
Allá en lo alto, en lo más alto
De la Alhóndiga, clavaban
En cada uno de sus ángulos
Los obreros una escarpia.
En tanto se abren las puertas
Y del pueblo á las miradas,
Alguaciles aparecen
Llevando unas grandes jaulas.
A la carreta se llegan,
Y hombres de feroces caras
Descubriendo lo que encierra
Quitan al redor las tablas.
En ese instante solemne
La emoción al pueblo embarga;

Nada se oye, se diría
Que el silencio se callaba.
¿Qué viene en esa carreta?
Ya las toman, ya las sacan...
¡Las cabezas de los héroes
Fusilados en Chihuahua!...
El verdugo la de Hidalgo
Sin ningún respeto arrastra;
Por los escasos cabellos
La toma, y toma la jaula.
Y la introduce, esperando
Que la eleven á la escarpia.
Toma luego la de Allende...
Se oye al pronto una algazara
Al rumbo de los Pocitos,
Se abren del pueblo las masas
Y entre ellas violentamente
Se ve un jinete que avanza.
—¿Dónde está ese infame cura?
Lleno de coraje exclama,
Y lo denuncia su acento
Como á un hijo de la España.
Y se acerca, y su pregunta
Repite con voz más alta,
Y el brazo extiende el verdugo
Y la cabeza señala.
Al punto el recién venido
De su caballo se baja
Y á puntapiés, por el suelo
Hace que ruede la jaula.

. . . . . .

Del castillo en las esquinas
Las cabezas colocadas,
Se va dispersando el pueblo;
La noche de prisa avanza,
Y ya hay sombras en los cielos
Como las hay en las almas.
El jinete por la cuesta
Ya también se retiraba.

Mas de repente el caballo
Sobre las manos se pára,
Y desobedece al freno,
De un lado al otro se lanza
Y se encabrita saltando
Y se sacude la carga.
Cae el español al suelo,
Como piedra disparada,
Y el pie dereceho en las losas
Se hizo trizas. Una anciana
Que cubierta la cabeza
Bajo el rebozo lloraba,
Se puso la Cruz y dijo:
—"La cabeza consagrada
"Pisaste... Mas Dios castiga
"Aunque sin palo y sin cuarta."

RAMON VALLE.

LA JURA DE APATZINGAN

En Apatzingan la hermosa,
Cuyo horizonte resguardan
De Orapéndaro las cumbres
Elevados atalayas
Del Valle donde florecen
Al soplo de tibias auras,
El índigo y el cafeto,
Y las resonantes cañas;
En Apatzingan la bella
Que se duerme reclinada
En las márgenes de un río,
Cuya corriente de plata
Se desliza sonorosa
Entre campos de esmeralda;
Allí donde son eternas
Las primaverales galas,
Allí donde siempre alegres
Su amor los pájaros cantan,
Allí se escucha hoy el ruido
De vítores y de dianas,
Y la atmósfera conmueven
Los repiques y las salvas.
Reunidos en ella ahora,
En una modesta sala,
Los que de la patria en nombre
Formaron la ley sagrada

Que libra por siempre al pueblo
De la coyunda de España,
Del gran Morelos escuchan
Las venerables palabras.
Es su cabeza imponente,
De águila son sus miradas,
Tiene su acento un remedo
Del fragor de las batallas,
Y la inspiración de un héroe
Sobre de su frente irradia.
—"Representantes del pueblo,
Con voz dice, firme y clara—
"Vosotros que dísteis cima
"Con vuestra noble constancia,
"A la empresa por Hidalgo
"En Dolores comenzada,
"Vosotros que en Chilpancingo
"Formulasteis en una acta
"La Independencia y derechos
"De la Nación mexicana,
"Jurad hoy ser los guardianes
"De las libertades patrias,
"Y los derechos sagrados
"Que sanciona y que proclama
"Aquesa ley, discutida
"En las selvas y montañas,
"O entre el estruendo horroroso
"De mortífera metralla;
"Mientras, yo vuelo al combate
"A conquistar con mi espada
"Renombre para mis huestes,
"Victorias para mi patria."
Y, acallando los aplausos
Y los vivas entusiastas,
Un anciano le dirige
Aquestas graves palabras:
—"Morelos, el gran Morelos,
"El de las nobles hazañas,
"El justiciero en las villas,
"El valiente en las batallas,

"Tú que al tirano arrollaste
"Desde Acapulco hasta Cuautla
"Escucha: más noble empresa
"Y más digna de tu fama
"Te damos en este instante
"En el nombre de la Patria;
"Que guardian de nuestras leyes
"De la propiedad sagrada,
"De la fe de nuestros padres
"Y la virtud sacrosanta,
"Por el civil magisterio
"Depongas las férreas armas.
"Pero si se torna adversa
"La fortuna á nuestra causa.
"Vuelve á la lid, al combate.
"A empuñar vuelve la espada:
"Llama entonces en tu auxilio
"A la victoria, tu hermana,
"Y lucha invocando el nombre
"Sacrosanto de la patria,
"Hasta sellar con tu sangre
"La libertad mexicana."
—"Os juro, responde el héroe,
"El guardar esta ley santa;"
Y mientras conmueve un viva
Los ámbitos de la sala,
Alta y noble la cabeza,
La mano sobre la espada,
El andar tardo y sereno,
Se dirige hacia la plaza.
Entonces, entre los himnos,
Al son de guerreras cajas,
En medio de los repiques
Y el estruendo de las salvas,
Al verle salir el pueblo
Su libertador le aclama.

GUSTAVO BAZ.

LOS INDIOS DE AMETEPEC

Verdes, muy verdes sus huertas
Y muy risueños sus prados,
Y su cielo muy hermoso,
Azul, transparente, diáfano:
Con alegre caserío
Y un esbelto campanario
Que llama á los feligreses
En días del tiempo santo,
Existe un pueblo: sus hijos
Encuentran en el trabajo
El bienestar y el contento,
Ajenos de los cuidados
Y sinsabores que causan
De riqueza el humo vano,
De la ambición los ensueños,
Y los peligros del mando.
Es Ametepec, do se hallan
Los patriotas acampados,
Reducidos en su número
Y de pertrechos escasos.
Van Escalante y Urzúa
De aquellas tropas al mando,
Que en el día antecedente
En San Martín alcanzaron
Ceñir sus frentes de gloria
Por su civismo bizarro,

Logrando así que sus nombres
Respete el tiempo á su paso.
Comprenden que los realistas
Se acercan para atacarlos
Con numerosas legiones;
Y aunque el insurgente es bravo,
No quiere de una victoria
Fácilmente dar el lauro
Al que á la patria encadena,
Al que ultraja al mexicano.
Escalante así, y Urzúa,
Disponen con fino tacto
Esquivar al enemigo,
Y levantar de allí el campo.
Antes al pueblo convocan
Y con un acento claro
Escalante así les dice:
"Sabed, ametepecanos,
"Que escasas son nuestras tropas,
"Los pertrechos más escasos,
"Y el enemigo hallaría
"Fácil victoria, si vanos,
"Oyendo sólo al orgullo,
"Pretendemos aguardarlos.
"Voy á marchar con mis fuerzas.
"Yo no quisiera dejaros
"Expuestos á los furores
"De las tropas del tirano;
"Pero el deber me lo ordena,
"Y aunque con tristeza, parto."
Se agita el pueblo que escucha
aquel discurso; un anciano
Se sobrepone al tumulto,
Y al jefe dice: "Aguardaos,
"Que si el deber os obliga
"Esta vez á abandonarnos,
"También el deber ordena
"Que este suelo defendamos."
Y dirigiéndose al pueblo

Que se revuelve agitado,
Cual en medio á la tormenta
Ronco se agita el oceano,
"Escuchad mi voz, les dice,
"Me la inspira el cielo santo.
"Aunque á la tierra se inclina
"Mi cuerpo débil, los años
"De mi corazón el fuego
"Hijos míos, no apagaron.
"Si ya no, cual otros días,
"Sé conducir el arado,
"Y en pos de mis tardos bueyes
"No sufro del sol los rayos,
"Como en mis tiempos mejores
"Adoro mi suelo patrio,
"Y no quiero lo mancille
"El español con sus pasos.
"Si pudieron valerosos
"Tus nobles antepasados,
"Del conquistador sañudo
"Defenderlo palmo á palmo,
"Así tú, mi pueblo heróico,
"Mi débil voz escuchando,
"Jura sucumbir primero
"Que dejar hoy profanarlo.
"Si armas nos faltan, y pocos
"Nos vemos ante el contrario.
"Que á Ametepec en cenizas
"Torne el fuego en sus estragos,
"Que la llama del incendio
"Nada respete á su paso,
"Y nuestras chozas perezcan
"Y con ellas nuestros granos.
"Hunda en el polvo su frente
"Nuestro modesto santuario
"Y desparezcan las tumbas
"De los que gozan descanso.
"¡Pueblo, mi pueblo! la muerte
"O el yugo infame, elijamos!"

Al oír el noble acento
Del mayor de sus ancianos,
La sangre sube á sus rostros
Y se les secan los labios,
Y sienten fuego en sus venas,
Y salen de su letargo;
Prorrumpe en un solo grito
El pueblo todo; temblaron
Las montañas al estruendo
De aquellos clamores raros.
De "¡fuego!" la voz terrible
Cruzando va los espacios,
Y en breve una sola hoguera
Era el pueblo y daba espanto.
Y al sonar los atambores
Del insurgente soldado,
Ametepec no existía,
Ni sus huertas ni sus prados.
Se retiran á los bosques
Sus nobles hijos, y el llanto
A sus ojos no se asoma
Al ver tan horrendo cuadro.

* * *

Cuando el realista, sediento
De sangre de mexicanos,
Llega al pueblo en que pretende
Tornar al libre en esclavo,
A sus ojos se presenta
Por las llamas abrasado
Ametepec, cuyos hijos
Buscan asilo en los campos,
Y no hallan donde cubrirse
Del sol ardiente á los rayos,
Ni hallan pan para su boca,
Ni agua ¡ay! para sus labios.
Aliento noble les presta
Solo el patriotismo santo,

Y animan á sus mujeres
Y niños, y á sus ancianos.
Lanzan de rabia hondo grito
Ante aquél portento raro,
Y en su despecho maldicen
La grandeza del contrario,
Los que doblan la rodilla
Y queman incienso vano
Ante los torpes virreyes
De Carlos Quinto y Fernando.

Francisco Sosa.

LA MADRE DE LOS RAYONES

En medio de áspera sierra,
Que le ofrece sitio incómodo
Al insurgente soldado
Que con patriotismo heróico
La miseria desafía,
Y del tirano los odios,
El hambre, la sed, la muerte
Por triunfo tal vez remoto;
En medio de las montañas,
Que como grandes colosos
Se levantan de la tierra
De Michoacán, se halla Cóporo,
Teatro de la alta gloria
De Rayón (1) el generoso
Defensor de aquella plaza,
Que al realista causa asombro.
Se ocupa el bravo caudillo
En disponer nuevos fosos,
Y en instruir al soldado,
Y en estar presente en todo.
Que no muy lejos acampa,
Henchido de fiero encono
El español, y pretende
Asaltar el fuerte, pronto.

---

(1) El Lic. don Ignacio López Rayón.

Rayón, en tanto, medita
Poner á esa audacia coto,
Y enseñar á los tiranos
Que es vano su empeño loco
De reprimir los esfuerzos
De un pueblo que dice: "rompo
Para siempre las cadenas
Del esclavo vil y odioso."

* * *

"Si rechazarlos consigo,
"O si al llegar los derroto,
"¡Ah, qué ventura la mía!
"Veré de mi gloria el colmo;
"Muy en breve mis soldados,
"A quienes por hijos tomo,
"Notarán que con mis planes
"Derramar su sangre ahorro."
—Así Rayón se decía,
Recorriendo un punto y otro
De su habitación, soñando
En la patria, su tesoro,
Cuando escucha que penetra
Con ademán respetuoso
Un asistente que trae
Pálido el labio antes rojo.
—"General, dice el soldado,
Cuyo descompuesto rostro
Indica la pena horrible
De un presentimiento incógnito;
De Tlalpujahua este pliego
Os mandan aquellos lobos,
Pues han tomado esa plaza,
Y aún esperan que nosotros....."
Con calma Rayón le toma;
Pero en breve, grande enojo
Se refleja en su mirada,
Y algún malestar muy hondo.

—"Id á mi madre, (1) decidle
Que acuda aqui, que la invoco
Porque una duda me asalta
Y no la resuelvo solo."

* * *

"Duro caso, madre mía,
"En esta vez os propongo;
"Perdonad si mis palabras
"Os llegan del alma al fondo.
"Francisco, mi buen hermano,
"Que combate cual nosotros
"De España la tiranía,
"Sin temor y sin rebozo,
"Se encuentra ya prisionero
"En Tlalpujahua; hace poco
"Que este pliego he recibido,
"En que Aguirre (2) dice cómo
"No le condena al cadalso
"Si nuestra causa abandono.
"Lo que la patria me ordena
"En este trance horroroso,
"Yo bien lo sé; madre mía,
"Vuestra voluntad ignoro,
"Y por eso os he llamado,
"Y acataré vuestro voto."

La matrona no vacila,
Aunque brillan en sus ojos
Dos gotas de amargo llanto,
Y exclama con fuego heroico:
—"Madre cual soy, yo daría
"Mi sangre, y aún fuera poco,
"Por libertar esa prenda
"Que con toda el alma adoro;

---

(1) Doña Rafaela Rayón de López.
(2) D. Martín Matías de Aguirre, coronel realista.

"Pero nací mexicana,
"Y como tal, ambiciono
"Mirar á México libre
"De sus tiranos; si el costo
"De esa ventura es acaso
"Vuestra vida, no me opongo;
"Que antes que ver vuestra afrenta,
"Quiero verter triste lloro
"En los sepulcros alzados
"Por el español encono,
"Que no perdona el delito
"Que cometemos nosotros."
Rayón á su madre escucha
Lleno de emoción, absorto;
Sobre su frente se inclina,
Y la besa fervoroso.

* * *

Deja tú, Guzmán el Bueno,
Deja tu lecho de polvo,
Y saluda á la matrona
Que es de México tesoro.
Que si en Tarifa pudiste
Ganar renombre famoso,
No se iguala tu grandeza
A aquesta que yo pregono.

FRANCISCO SOSA.

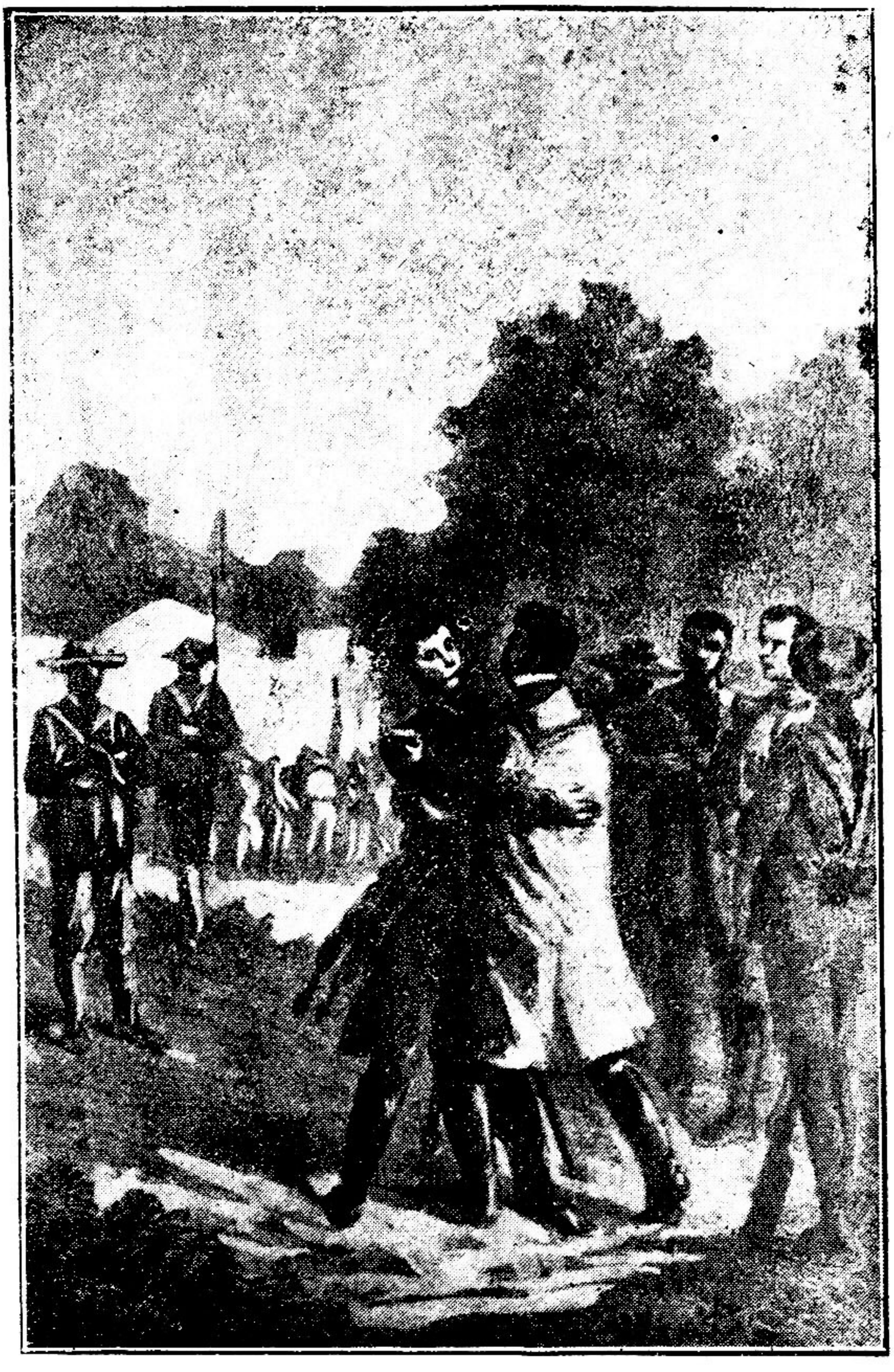
El abrazo de Acatempam (*)

Despejado el horizonte
Desde el valle hasta la sierra
Y de caléndulas rojas
Revestida la pradera,
Van los mansos arroyuelos
Quebrándose entre las peñas,
Y cantan enamorados
Los pájaros de la selva.
Todo anuncia que renace
Otra vez naturaleza,
Bajo el bienhechor influjo
De la dulce primavera.
Aspirando los perfumes
De los bosques y florestas,
Y alumbradas por los rayos

---

(1) A pesar de que Alamán niega que Guerrero é Iturbide se hablasen antes de la proclamación del plan de Iguala, otros historiadores afirman lo contrario; y nosotros hemos conocido un testigo ocular de esa entrevista, que tuvo lugar en Teloloápan, y no en Acatempam, como supone la tradición popular. Respetando esa tradición hemos dado á este hecho el título con que lo conoce la multitud, pues nada pierde de su grandeza con que haya sido en este ó en aquel lugar, tanto más cuanto que Teloloápan está á corta distancia de Acatempam.—N. del A.

De una mañana serena,
Vénse dos huestes distintas
En apostura guerrera,
Y cuyas armas desnudas
Los rayos del sol reflejan.
Un alegre vocerío
Acá y acullá se eleva,
Mientras repican sonoras
Las campanas de una iglesia;
Y los nombres de Guerrero
Y de Iturbide resuenan
Entre los grupos unidos
A la voz de independencia;
Pero luego entre las filas
Silencio imponente reina,
Mientras para hablar á solas
Los dos caudillos se acercan.
Tiene el uno alta la frente,
Quemada la tez morena,
Y su condición humilde
En su traje se revela.
Entorchados y galones
Y cruces el otro ostenta;
Insinuante es su palabra,
Distinguidas sus maneras,
Y antes de darle la mano
Así hablándole comienza:
"—Si en época ya pasada
"Para la patria, funesta,
"Empuñé torpe y culpable
"Del tirano la bandera,
"Y fué mi invencible espada
"De los verdugos defensa,
"Para arrancar de mi historia
"Esas páginas sangrientas,
"Y borrar como soldado
"De mi frente la vergüenza,
"Permitid que á vuestras plantas
"Mi vida á la patria ofrezca,
"Hoy que sigo los impulsos



El abrazo de Iturbide y Guerrero en Acatempan.

"De la voz de mi conciencia.
"—Coronel, le dice el héroe,
Con voz, si apacible, entera:
"Si otro tiempo vuestra espada
"Fué á nuestra causa, funesta,
"Y vuestro arrojo indomable
"Semejante al de las fieras,
"Llenó á la patria de luto
"Y remachó sus cadenas,
"Hoy, en pago de la sangre
"Que derramó vuestra diestra,
"De libertar á la patria
"Haced la noble promesa
"Sobre mi pecho, en mis brazos,
"Que anhelantes os esperan,
"Y me veréis que siguiendo
"Vuestra triunfadora enseña,
"Como el último soldado
"Busco la muerte en la guerra,
"Que no mando, ni oropeles,
"Mi pecho indomable anhela,
"Sino morir do se luche
"Por la santa independencia."
Al escuchar sus palabras
Vivo ejemplo de nobleza,
Los libres y los realistas,
Olvidando sus querellas
Y sus pasados rencores
Con santa efusión se estrechan.
Aquellos héroes audaces,
Tras una lucha sangrienta,
Lograron romper por siempre
De esclavitud las cadenas;
Pero en su patria más tarde
Un cadalso en recompensa
De sus servicios hallaron
Al final de su carrera.

GUSTAVO BAZ.

HEROES IGNORADOS

I

Humilde hogar, do la dicha
con áurea luz reverbera,
á orillas de Oaxaca
sus pardos muros eleva.
Modelo la casta esposa
de la indígena belleza;
el esposo, honrado y bueno,
de valor y hercúlea fuerza,
y una niña angelical
que el nudo de amor aprieta.
Del cielo de la ilusión
es la más fúlgida estrella,
y del conyugal afecto
fruto amado con terneza.
Arriero el padre, y también
los deudos de la pareja,
en fraternal compañía
trabajan con una recua
que cochinilla trasporta
á México, y de allí lleva
á Guanajuato la carga
que para fletar encuentra.

II

Arde en Anáhuac la llama
del patriotismo, flamea
de los bravos insurgentes
la venerada bandera;

eco atronador levanta
el grito de Independencia
que Hidalgo lanza en Dolores
y se oye hasta las fronteras.
Fulgura el rayo en los ojos,
hierve la sangre en las venas,
vibra el acero en las manos;
la plegaria ó la blasfemia
de los labios brota ardiente;
ávidos ya de pelea
palpitan los corazones;
de la poderosa Iberia
el dominio secular
en su base bambolea.
A la patria los arrieros
sirven: la correspondencia
dentro de los aparejos
por todo el tránsito llevan,
pero no falta traidor
que los delate y los pierda,
mas sin los Judas daría
menos mártires la guerra,
y es el martirio aureola
de luz vívida y eterna.

III

Huyó la noche, y el alba
en el Oriente despierta;
abre los ojos y alumbra
con tenues rayos la tierra.
Alegres cantando bajan
los arrieros una cuesta,
y allá en la fértil llanura
escolta real trotea.
Los dragones hacen alto
y detienen á la recua.
Un arriero, sin turbarse,
algunos papeles quema;
corre un dragón sable en mano,

al arriero cintarea
y recoge las cenizas
donde no existen las letras.
Lanza el ibero soldado
improperios y blasfemias;
manda atar á los viajeros
de los brazos y las piernas,
y con furor infernal
el martirio lento empieza.
Los pies les corta, las manos,
por último las cabezas
que en las puntas de las lanzas
clavan, y éstas en la tierra;
y mientras duró el martirio,
no exhalaron ni una queja,
y avanza por la llanura
pasito á paso la recua.

IV

Inquietos los insurgentes
graves noticias esperan,
y sin que nadie la guíe
miran llegar á la recua,
y presurosos recogen
toda la correspondencia.
Tranquilas en el hogar
la madre y la hija rezan,
y en la remota llanura
aves de rapiña vuelan
al derredor de las picas
do ensartan seis calaveras,
y la historia ni los nombres
de aquellos héroes conserva.

RAFAEL CENICEROS Y VILLARREAL.

EL INDULTO [1]

D'esde el grito de Dolores
Eran dos lustros pasados,
Y solo un hombre luchaba
Contra el poder del tirano;
Un hombre cuyas acciones,
Cuyo civismo preclaro,
Cuyo valor y virtudes
Fama eterna conquistaron.
El guardó por largo tiempo
Del patriotismo sagrado
Y del honor insurgente
El sublime fuego intacto.
De la sierra á las ciudades,
De los montes á los llanos
Iba, al frente de sus tropas
El libre pendón alzando,
Y de Guerrero ante el nombre
Se asustaban sus contrarios,
Como se asustan los tigres
Con el estruendo del rayo.

---

(1) El hecho referido en este romance lo narró el mismo General Guerrero á Don Lorenzo Zavala, quien lo consigna en su "Ensayo sobre las revoluciones de México," obra que, por cierto, no tiene nada de anecdótica.

Mas, un día, memorable
De la crueldad en los fastos,
De su valor y constancia
Quiso vengarse el tirano,
A su hija inocente y pura
Y á su esposa encarcelando
Para ver si así domaba
Su noble pecho esforzado;
Y no pudiendo abatirlo
Ni con penas ni con llanto,
Ni con viles represalias
Ni con arteros engaños,
Le ofreció riqueza, honores,
Y quiso, para sarcasmo,
Que el padre del héroe fuera
De aquel indulto emisario.
Explicar es imposible
En ningún lenguaje humano,
Los tormentos y las dudas
Que su pecho desgarraron,
Al ver que su mismo padre
Le suplicaba, llorando,
Que traicionase á su patria,
Que marchitara sus lauros;
Mas era su alma de bronce,
De aquellas que proclamaron
Que es preferible la muerte (1)
A la paz con los tiranos.
"Padre, mi padre—le dijo
Con acento sofocado,
Mientras con filial ternura
Besábale frente y manos:
"Que sacrifique en buen hora
"El déspota sanguinario,
"Para calmar su despecho

---

(1) Estos dos versos no son más que la parodia de una hermosa frase consignada en el manifiesto del Congreso de Chilpancingo, al expedir el acta de Independencia.

El padre de Guerrero ruega á éste acepte el indulto

(De la Colección de Postales de Buznego y Cía.)

"Esos seres á quien amo.
"Cada lágrima que viertan
"En ese martirio santo,
"La vengaré en los combates
"Con sangre de sus soldados,
"Pero no logrará nunca
"Que ante su yugo nefando
"Se humille mi altiva frente
"Ni que enmudezcan mis labios.
"¡Libertad, Independencia
"Me verás siempre aclamando
"Mientras tenga por baluartes
"Estos altivos peñascos;
"Hasta que cumplido sea
"Mi juramento sagrado,
"O me conduzca el destino
"A morir en un cadalso."
Y estrechándole á su seno
Sus soliozos acallando,
Y conteniendo su pena,
Se despidió del anciano.
Largo tiempo todavía
Después del postrer abrazo,
Estuvo el guerrero ilustre
A su padre contemplando,
Y cuando le vió perderse
Tras el último barranco,
Camino de la montaña
Se fué triste y cabizbajo.

GUSTAVO BAZ.

VICENTE GUERRERO

Era el tiempo en que aún sufría
Encadenado el Anáhuac,
El férreo yugo ominoso
De los tiranos de España.
El tiempo en que despertando
Tras un pasado de infamia,
Un pueblo noble, hasta el cielo
La frente altiva levanta.
El tiempo de los Hidalgos,
De los Morelos y Aldamas,
Y el tiempo de los heroicos
Sacrificios por la patria,
Cuando al romperse el anillo
Que á tres centurias ligaba,
Un León repasar intenta
Las costas americanas;
Porque le falta el aliento,
Porque las fuerzas le faltan
Porque sacude en los aires
La melena ensangrentada,
Y á un pueblo que está sediento,
Y sediento de venganza,
Conoce bien que á saciarlo
Su sangre toda no basta!
Lucha tenaz el Ibero
Y en nombre de sus monarcas,

De México los Vireyes
El solio vetusto guardan;
Y en su obstinación impía,
Y en su furibunda saña,
La noble sangre de Hidalgo
En un cadalso derraman!
El victorioso Morelos
Allí mismo se levanta,
Y por los campos tremola
La bandera de la patria;
Es el guardián de una idea
Que á paso gigante avanza;
Es el terror de la guerra,
El genio de las batallas...
Y él también con cien laureles
Coronado en cien jornadas.
En un patíbulo cae
Acribillado de balas.
Valiente, aguerrido, fiero,
Sin municiones, sin armas,
Con su voluntad inmensa,
Más grande que su esperanza,
Un hombre aparece entónces
En el confín de la patria;
Como al náufrago aparece
El faro tras la borrasca;
Como en medio de los campos
Al caminante que anda
Perdido en lóbrega noche,
La aurora serena y clara.
Era Vicente Guerrero
Que en boscosas sierras altas
Defiende de un pueblo él solo
Las libertades sagradas.
A su formidable acento
Por doquiera se levantan,
Intrépidos capitanes
Que á la pelea se lanzan.
Acaso sin él, acaso

La noble empresa fracasa,
Y quién sabe cuánto tiempo
Sobre el nopal del Anáhuac,
El águila azteca hubiera
Batido, rotas las alas.
¡Loor á tí, sombra gloriosa!
Que mi humilde labio ensaiza,
Digna de que otro más digno
Pronuncie tus alabanzas!

JOSE PEON Y CONTRERAS.

La muerte de Pedro Ascencio

Entre los héroes famosos
Que independencia proclaman,
Y van á empapar con sangre
De la patria el ara santa,
Un valeroso guerrero
Pone sitio á Tetecala
Do el ejército realista
Campo ofrece á sus hazañas.

Es don Cristóbal de Huber
Hombre malo y vengativo,
Quien defiende á Tetecala,
Y teme allí ser vencido.
Y teme que Pedro Ascencio,
El valeroso caudillo,
Que desde hace muchos días
Ha puesto á la plaza sitio,
Lo derrote y muerto sea
A manos de los patricios
Que su bravura han probado
En mil encuentros distintos.
Y una tarde que en el cielo
Encapotado y sombrío,
Denso nublado intercepta
Del astro mayor el brillo,
A Pedro Ascencio le manda

Un enviado, ei cual sumiso
Se le presenta, y del jefe
Dá á conocer los designios.
Una entrevista propónele
En nombre de Huber, rendido
Al fin de cerco tan largo
Y batallar tan prolijo.
Que tratarán como buenos
Para entrambos lo más digno,
Y que será en la entrevista
Caballero si nó amigo,
Y Pedro Ascencio la acepta,
Y la acepta persuadido
De que ella acaso podría
Ser de su causa en servicio,
Y ahorrar la sangre desea
De sus soldados invictos.
Y rodeado de su escolta
Avanza al campo enemigo,
En cuyas astas flamean
Banderas de blanco lino.

—

Con el semblante sereno,
Con el corazón tranquilo,
Marcha Ascencio sin temores,
Que nunca temió al peligro,
Cuando detrás de una cerca,
Que está faldeando el camino,
De más de veinte arcabuces
Parten los traidores tiros!
Y el bravo jefe en el medio
De sus soldados, herido
De muerte, cae rodando
En su ardiente sangre tinto!
Huber sabe el resultado
De proceder tan inícuo,
Y una expresión feroz baña
El rostro del asesino.

Campanas tocan á vuelo
En son alegre y festivo,
Y en vez de banderas blancas
Flamea en el aire altivo,
Aquél pabellón hispano,
Gala de luengos dominios.
Y que es en esos momentos
De su gran nación indigno;
Burla de sus defensores
De sus guardianes ludibrio.
No fué Pedro Ascencio un hombre
De noble orígen, ni ricos
Tesoros guardó en sus arcas;
Era nada más que un indio.
Pero más que esa nobleza
Que se guarda en pergaminos,
Vale la de grandes hechos
De honradez y de heroísmo.
Nobleza que nunca acaba,
Y en bronce y en mármol limpio,
Respetará la progenie
De los venideros siglos.
Del gran Guerrero á las órdenes,
Incansable y decidido,
De la insurrección el fuego
Mantuvo perenne y vivo;
Y fué entonces el más bravo
El más temible caudillo,
Por su valor y estrategia,
Por su constancia y su tino;
Dícenlo los españoles,
Confesáronlo ellos mismos,
Lo dicen los de su tiempo,
Y la fama, y en los libros,
Así lo dice la historia,
y por eso yo lo digo.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

LA RETIRADA

Triste va el joven soldado;
Detrás de las huestes marcha
Y en sus párpados, meciéndose
Pugnan por salir, dos lágrimas.
Del paisaje la belleza
Su muda atención no llama,
Ni la victoria obtenida
Vuelve la alegría á su alma.
Su mano soltó la rienda
Que sobre el cuello descansa
Del bridón, que fatigado,
Sigue despacio la marcha.

* * *

El soldado de Morelos
Lleva la frente inclinada,
Y el corazón lleva triste
Porque se aleja de Cuautla.
Antes, su amor, su entusiasmo,
Era tan solo su patria;
Otra ventura no tuvo,
Más porvenir no soñaba
Que verla feliz y libre:
Y el objeto de sus ansias
Fué el triunfo, fué la victoria.
Fué el laurel de las batallas.
Pero ¡ay! que bien pronto prueba

Otra sensación su alma,
Sensación desconocida
Que le reanima y abrasa;
Que da un placer infinito,
Y un dolor que otro no iguala.
La luz de unos ojos negros,
De una sonrisa la magia,
El desconocido influjo
De dulcísima esperanza,
Le han dado ahora un ser nuevo
Y nueva vida y nueva alma.
¡Ay! vió á la bella Marina,
Valiosa perla de Cuautla,
Y luego una cosa misma
Fué para él verla y amarla.
Primero se confundieron
Sus ardorosas miradas;
Después los dos suspiraron,
Después los dos se buscaban,
Después juntaron sus manos,
Y una tarde, en la enramada,
Después sus labios se unieron...
Con razón amor lo mata,
Porque en aquel primer beso
Se dividieron sus almas.
Desde esa tarde, la niña
Siente que el joven le falta;
Y desde ella, el insurgente
Tan sólo vive porque ama.

* * *

En medio de los peligros
Del sitio; bajo las balas
De Calleja, en la refriega,
Su puro amor no olvidaba.
No le importó la fatiga,
No le arredró la metralla.
Sereno estuvo y tranquilo
Viéndose junto á su amada:

Mas cuando las provisiones
Se agotaron en la plaza,
Mirando los sufrimientos
Que el hambre horrible causaba
A los niños, á los viejos
Y á mujeres delicadas,
Se conmovió compasiva
De Morelos la grande alma,
Y ordenó romper el sitio,
Y á banderas desplegadas
Salir, fuerza contra fuerza,
Entre las huestes contrarias.
La orden oyó el insurgente,
Tembló, y volviendo la cara
A la pared, con tristeza,
Virtió amarguísimas lágrimas.
¡Ay, ni despedirse pudo
De la que tanto adoraba!
¡Ni recoger de sus labios
Al menos una esperanza.
Un acento de consuelo
En medio de penas tantas!
A la mitad de la noche
Emprendieron sin tardanza,
Envueltos en las tinieblas,
Los insurgentes, la marcha.
A viva fuerza pasaron
Por el valor de sus armas,
Entre la tropa enemiga
Sorprendida y aterrada;
Y ya muy lejos, muy lejos,
Les sorprendió la mañana.

* * *

Cuando sus luces primeras
Derramó gozosa el alba,
Y las del sol reflejaron
Los fusiles y las lanzas,
La tropa con alborozo

Saludó su luz dorada;
Sólo el joven insurgente
Solitario y triste marcha;
¡Ay! sólo piensa en la niña,
A quien con tanto amor ama!
Se acuerda de su sonrisa,
Se acuerda de su mirada...
Pero ninguna memoria
Le hace derramar más lágrimas
Que aquella tarde ardorosa,
La tarde de la enramada,
Porque en aquel primer beso
Se dividieron sus almas.

RAMON VALLE.

DE MARINERO A TRAPISTA

I.

Cuando ya todos los héroes
Que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprisionados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
fueron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide
salió para darle encuentro,
siendo por él derrotado
del Sur en los campamentos;

se le ofreció por amigo,
se le entregó como adepto
y al fin en una entrevista
celebrada el diez de Enero
de ochocientos veinte y uno,
de Acatempam en el pueblo,
juráronse en un abrazo
obrar de común acuerdo
para proclamar muy pronto
la independencia de México.

—

Guerrero fué como el águila,
altivo, incansable, fiero,
halló nido en la montaña,
la caza le dió alimento,
jamás lograron rendirlo
y cuando en calma le vieron
era porque ya la presa
hubo en sus garras deshecho.

II.

Tal era el bravo insurgente
que, por sus brillantes méritos,
figuró luego en la Patria
como Jefe del Gobierno;
dejándonos por memoria
y por glorioso recuerdo,
la victoria de Tampico
conquistada en dos sangrientos
combates, que aniquilaron
al invasor extranjero.

—

Fueron Terán y Santa-Anna
quienes con gran ardimiento

Alcanzaron el triunfo
contra un brigadier ibero
que vencido y desarmado
con su flota dejó el puerto.

III.

Cuando ya sin ingerencia
en asuntos del Gobierno
tranquilo en el Sur vivía
el indomable Guerrero,
por temor á su fiereza
un crimen se tramó en México

—

El General Bustamante
y sus Ministros, creyeron
oportuno darle muerte
al soldado de Morelos;
y hay quien diga que hubo alguno
que así exclamó en el consejo:
"á ese suriano terrible
hay que quitarle de enmedio"

—

No era fácil darle alcance
ni era posible vencerlo,
y á un genovés, Picaluga,
corazón infame y negro,
como á Judas lo compraron
para consumar el hecho
Picaluga tenía surto
un bergantín en el puerto
de Acapulco, y era amigo
del bravo adalid del pueblo;
lo convidó una mañana,
á principios de Febrero,
á almorzar en el "Colombo,"

el héroe asistió al almuerzo,
y en cuanto le tuvo á bordo
se dió á la vela ligero,
y fué á entregarlo en Huatulco
á las fuerzas del Gobierno.

—

Por aquella negra infamia
cobró cincuenta mil pesos;
y nadie supo á qué sitio
huyó el traidor marinero.

—

En tanto al héroe suriano
A Oaxaca lo trajeron,
lo juzgaron á su antojo
En ridículo consejo,
mil crímenes le imputaron,
mil faltas le supusieron,
y ya sentenciado á muerte
lo fusilaron enfermo,
en la villa de Cuilapa
el catorce de Febrero
del año de treinta y uno...
¡año en nuestra historia negro!

—

Cuando en el Almirantazgo
de Génova, conocieron
la infamia de Picaluga,
publicaron un decreto
declarándolo ante el mundo
traidor, villano, y artero;
sentenciándolo á que muera
por la espalda, sin derecho
á sepultura sagrada,
ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años
y el más profundo misterio
veló á todos el destino
del infame marinero.
Contábanse mil consejas
que amedrentaban al pueblo;
pero la verdad, lo triste
lo horripilante, lo cierto,
era que el héroe de Tixtla,
el soldado de Morelos
gozaba en humilde tumba
del último de los sueños
causando duelo á la Patria
Y rubor á su Gobierno.

IV.

Cuando cayó Bustamante
y que los años corrieron,
uno de sus más adictos
hombre rico y de provecho,
hizo un viaje á Tierra Santa,
pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina
fué á visitar el convento
en que moran los trapistas
pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
dicen que salió á su encuentro
un fraile, cuyo semblante
en amplia capucha envuelto
velaba con blanca barba
que le bajaba hasta el pecho.
—¿No me conocéis?—le dijo,
—No—respondióle el viajero.
—Pues llevo aquí algunos años
de rogar al Sér Supremo,

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fuí su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.
Soy Francisco Picaluga...
—Picaluga!!
—Humilde siervo
de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

—

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento,
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

JUAN DE DIOS PEZA.

LA RETIRADA DE ACAPULCO

El castillo de Acapulco
Cubierto de espesa sombra,
Su torreón iluminaba
En noche tempestuosa.
Alzaba la mar sus aguas
En negras, rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas
Al pie de la fortaleza
Está la insurgente tropa;
Y en lo alto de las murallas,
La guarnición española
A la lucha se previene,
Y proyectiles apronta.
Súbito se escuchan tiros,
Y aquella gente furiosa
Prorrumpe en gritos atroces
Con que su odio pregona.
Salen del Castillo fuera
Los sitiados, y se arrojan
Mil guerreros veteranos
Contra unos pocos patriotas.
Resiste el primer empuje
Del gran Morelos la tropa;
Mas ¡ay! que al punto comienza
De los libres la derrota.

El insurgente, que mira
Que á sus soldados destrozan
Y que huyen despavoridos
Y el estandarte abandonan,
De este modo los devuelve
A su patria y á la gloria:
—"Prefiero perder la vida
"Y no ver vuestra deshonra;
"¡Pasad antes por mi cuerpo!"
Dice, y en tierra se arroja.
Corre al punto por el campo
Su voz marcial y sonora,
Y sus hombres se detienen,
Y se retiran en forma.
En tanto la mar terrible
Alzaba rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.

MANUEL DE OLAGUIBEL.

ATLIXCO

Al Sur de la hermosa Puebla
de los Angeles nombrada,
distante unas ocho leguas
(medida antes de distancias)
se extiende un ameno valle
que "de Atlixco" se le llama:
que tiene un cielo esplendente
campos de eterna esmeralda,
y abundantes aguas límpidas
y en invierno, tibias auras;
pues de la tierra caliente
allí es la boca y entrada.

Y en aquél valle risueño,
do ya se cultiva caña
y que trigales produce
que á México le dan fama
y al pie de elevado cerro,
que le sirve de atalaya,
una población alegre
é industrial, allí se alza,
que por "Villa de Carrión"
fué en un tiempo designada.

Ciudad cercada de huertas
—"los solares"—que embalsaman

con el azahar de sus limas
el ambiente, y que regalan
al paladar, exquisitas
chirimoyas y granadas.

Ciudad, que cercanos mira
—siendo una joya preciada—
un milenario ahuehuete,
y hoy de hilados grandes fábricas.

Ciudad que, por su fortuna,
vió nacer en cuna honrada
al que más tarde rigiera,
con ciencia y virtud preclaras,
la importante y muy extensa
grey Angelopolitana;
al ilustre Obispo Vázquez (*)
que honra le diera á su patria,
porque sagaz diplomático,
logró en la corte romana
(que al poder espiritual,
el temporal adunaba)

(*) El señor Canónigo de la Catedral de Puebla, D. Francisco Pablo Vázquez, "ejemplar sacerdote, escritor distinguido, protector de las artes, diplomático hábil, y, para decirlo en una sola frase, mexicano que honró á su patria," según se expresa el ilustrado escritor D. Francisco Sosa en sus "Biografías de mexicanos distinguidos;" fué nombrado por el Gobierno Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de Su Santidad. "El cargo, dice el mismo escritor, era harto delicado, pues ninguna nación europea había reconocido la independencia de la República." ....."Sus trabajos con la Silla Apostólica fueron dirigidos con la habilidad de un gran político, y concluyó, por último, con un arreglo entre la Sede Apostólica y el Supremo Gobierno de la República.—N. del A.)

que fuese reconocida,
contra el esfuerzo de España,
la independencia de México,
felizmente consumada.

Hoy que la primer centuria
celebramos entusiastas,
de la fecha memorable
en que fuera proclamada
por el venerable Padre
de nuestra patria adorada;
justo es que se rememore
hecho de tanta importancia,
pues hizo afirmar el rango
de autónoma y soberana,
en Europa y en América
de la Nación mexicana.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

RETRATO DE GUERRERO

Color de nocturno cielo
Es el traje del caudillo,
Y, como el borde de un velo,
Está allí, con ténue brillo,
Dorado alamar sencillo.

* * *

Alto es el héroe y delgado;
Con el rostro bronceado;
Cóncavo el pecho saliente;
Al cinto espada luciente,
Y el puño en ella posado.

* * *

Oscuro tiene el cabello;
Limpia la frente tostada;
Y un ardoroso destello
En la profunda mirada,
Que anida en el ojo bello.

* * *

Su nariz es vigorosa,
Y es rojo su labio amante;
Y la patilla sedosa
Borda su oscuro semblante
Con orilla tenebrosa

* * *

Es activa su figura;
Hay en su labio dulzura;
Hay firmeza en su mirada;
Y la independencia pura
En su mente venerada.

* * *

Así es Guerrero, el valiente
Que nunca cejó en la guerra;
Que en roca y valle esplendente,
Y en la miseria inclemente
Siempre defendió su tierra.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

EL CURA DE DOLORES

I.

Cual las aguas del arroyo
Que corren murmuradoras
En la risueña campiña
Formando apacibles ondas,
Y en cuyas linfas retrata
El cáliz de tiernas rosas,
Que sobre su tallo erguidas
Vierten suavísimo aroma;
Así un respetable anciano,
Pacífico y sin zozobras,
Lleno de dicha y ventura,
Correr las felices horas
Contempla tranquilamente
De su existencia preciosa,
En el pueblo de Dolores
Tan celebrado en la historia.
Digno pastor de la Iglesia
Su alta misión no abandona,
Y en su corazón gigante
Santa virtud atesora.
Ajeno de acerba angustia
Y de terribles congojas,
Cumple fiel con los deberes
De su carrera piadosa.

Auxilio eficaz les presta
A todos los que lo invocan,
Ora enjugando benigno
Las lágrimas del que llora,
O bien llevando el consuelo
Del infeliz á la choza,
En cuyo pobre recinto
La acerba desdicha mora....
Ese patriarca es Hidalgo,
El cura de la parroquia
De aquel pueblo, cuyos hijos
Con entusiasmo le adoran.
Sobre su frente se ostenta
De las virtudes la aureola,
Frente á ceñir destinada
Del martirio la corona.

II.

Así el venerable anciano
De los sacerdotes honra,
Pasaba su humilde vida
En la comarca dichosa,
Tan venerado y querido
De todos los que allí moran,
Que por su trato amoroso
Padre del pueblo le nombran.
El, al parecer gozaba
De una vida venturosa,
Sin que su frente la anuble
De los pesares la sombra,
Pero un torcedor constante,
Que hasta durmiendo le acosa,
Amargaba eternamente
De su existencia las horas,
Y era el mirar agobiados,
Llenos de angustia y congojas,
A sus hermanos queridos
En esclavitud odiosa.
Noble indignación sentía

Ver la raza vencedora,
Tan tirana como injusta,
Tan cruel como ambiciosa,
Haciendo pesar el yugo
De la opresión española,
Sobre la raza vencida
Que esclava ante el mundo llora.

III.

El patriarca de Dolores,
De alma noble y generosa,
Que amor y bondad sublimes
Su corazón atesora,
Concibe gigante idea,
Cuya magnitud le asombra:
Piensa en romper la coyunda
De la tiranía odiosa,
Piensa salvar á su pueblo
De la férula española,
Pueblo que há tres siglos vive
Maniatado á la picota.
Su afán es salvar la patria
De la abyección ominosa
En que la tiene sumida
La raza conquistadora.

IV.

Era el quince de Septiembre....
Una noche misteriosa
Sobre el pueblo de Dolores
Extendió sus negras sombras,
Envolviendo con su manto
Las cabañas y las chozas,
En donde tranquilamente,
Sus habitantes reposan.
La atmósfera está sin nubes,
Mil estrellas brilladoras,
Cual luciérnagas celestes

El limpio espacio tachonan....
Son las doce de la noche,
Noche imborrable en la historia;
Las campanas de la iglesia
Pausadamente redoblan,
Llamando á los feligreses
Que á la oración los convoca,
Para que en aquel momento
Concurran á la parroquia,
Y antes que el alba ríente
Con su luz esplendorosa
A disipar empezara
Del cielo las negras sombras,
Estaban allí reunidos.
Con una voz poderosa
El cura Hidalgo les dice:
—Hijos míos, llegó la hora,
Merced á nuestros esfuerzos,
Si Dios no nos abandona,
De que termine esta vida
Que lleváis ignominiosa.
Llegó el momento sublime
De que se acabe ya toda
Tiranía sobre el pueblo
Que el yugo ya no soporta;
Y de que al grito solemne
De independencia se rompan
Esas bárbaras cadenas
De la esclavitud odiosa.
Y que México mañana,
Al ver sus cadenas rotas,
Alce la frente altanera
Que hoy sin esperanza dobla,
Para que luego arrojando
Los grillos que la aprisionan,
Salude á los pueblos libres
Que el despotismo vil odian.
Y los que ayer eran solo
Vasallos de la corona,
Que gemían bajo el yugo

De la opresión española.
A las palabras del cura,
Magnéticas, poderosas,
De abyectos y humildes siervos
En guerreros se transforman....
Fué así como Hidalgo al frente
De su improvisada tropa,
Inició la independencia
Para gloria de su gloria.

. . . . . .

El diez y seis de Septiembre
Sonrieron dos auroras:
Una fué del nuevo día,
De la libertad la otra.

V.

Después de que el gran Hidalgo
Hizo alzarse presurosas,
Al grito de independencia
Do quier insurgentes tropas;
Después de haber difundido
En las poblaciones todas
Su noble y gigante idea,
Noble y regeneradora:
Después de haber arrostrado
Entre bosques y entre rocas,
Los peligros inminentes
De la guerra aterradora,
Sin más baluarte ni escudo
Que su abnegación grandiosa,
Más fuerte que los cañones
De las huestes españolas:
Después, en fin, de diez meses
De iniciada su gran obra,
Obra sublime que tuvo
A la justicia por norma,
Plugo á la adversa fortuna,
Que hasta á los grandes acosa,
Cayese entre los esbirros

De la nación opresora.
Presa de aquellos sayones
Que aniquilarlo ambicionan,
A Chihuahua le conducen
Al son de marciales trompas.
En situación tan difícil
Su altiva frente no dobla,
Frente á ceñir destinada
Del martirio la corona.
Y allí sus tiranos crueles
Por infamarlo en la historia,
Le fusilaron, creyendo
Darle muerte ignominiosa.
Mas de la sangre fecunda
Del eminente patriota,
Nació el árbol bendecido
De la libertad hermosa...
Voló su espíritu al cielo
Donde los mártires moran,
Y alzóse al pie del cadalso
El pedestal de su gloria.

DIEGO BENCOMO

UN SECRETARIO HEROICO

En la villa de Carrión,
ciudad que hoy nombran Atlixco,
que fué siempre en su importancia
cabecera del Distrito,
del Distrito de su nombre
que es uno de los más ricos
del gran Estado de Puebla,
no sólo por sus plantíos
de dulce caña de azúcar
y de renombrados trigos,
sino por valiosas fábricas
de hilados y de tejidos,
como "El León" y "Metepec"
y otras que nombrar omito;
En esa ciudad, do calman
los rigores de su Estío
las brisas de los volcanes
no muy lejanos de Atlixco;
fué donde la luz primera
vió un artista esclarecido
que del "Goya mexicano"
llegó á conquistar el título,
al que reune para orgullo
del bello suelo natío.
el de héroe en la independenci...
título muy merecido.

Luis Rodríguez Alconedo
llamóse aquel individuo,
que por ardiente patriota
fué condenado á ostracismo
y encerrado allá en España
en prisión; mas ya concluido
el plazo de su condena
regresó al país nativo
para luchar con denuedo,
despreciando los peligros,
por ver á su patria libre
de yugo opresor é inícuo.
Sonó por fin en Dolores
de la independencia el grito,
y abandonando Rodríguez
los pinceles, con que brillo
daba al arte mexicano
como pintor distinguido,
y dejando del hogar
el ambiente dulce y tibio;
á unirse voló á Morelos,
aquel inmortal caudillo,
que con heroico ardimiento
de Cuautla mantuvo el sitio,
y en el que prestó Alconedo
tan importantes servicios,
que nombrado Secretario
fué del General invicto.
Mas cargo de tal confianza
lo llevó luego al suplicio,
pues roto de los realistas
el estrecho y férreo círculo,
en marcha los insurgentes
van en grupos divididos,
y en Apam súbitamente
es Rodríguez sorprendido.
Aun cuando logra escaparse
de tan ingente peligro,
torna al pueblo á recobrar
de Morelos el archivo,

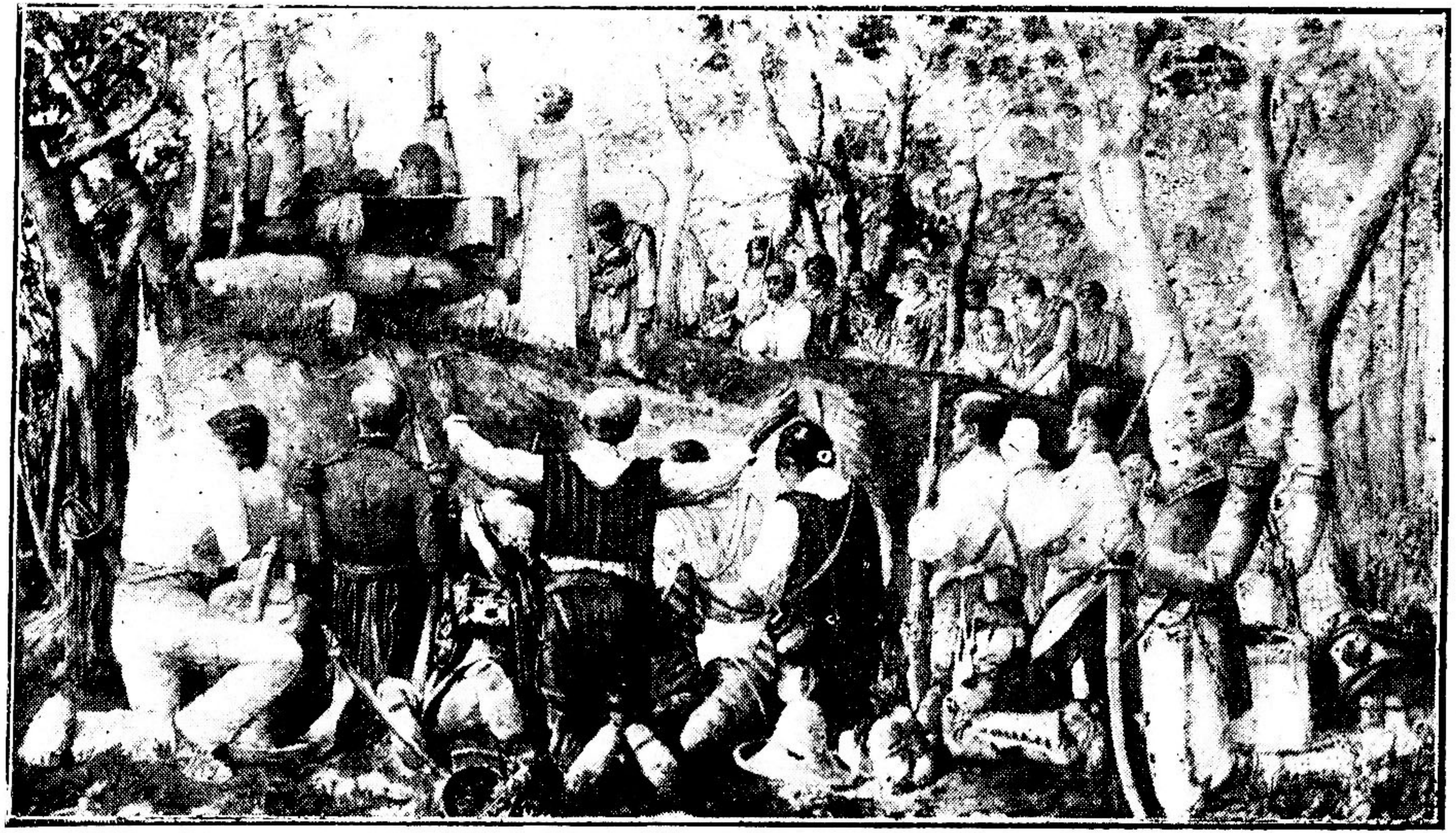
al pensar que aquella pérdida
trae á su causa perjuicios.
Llega á salvar documentos
tan caros; mas el destino
caer lo hizo en una emboscada
que le tendió el enemigo,
que, inhumano, á pocos días,
dá la muerte al buen patricio.

¡Honor y gloria por siempre
al ilustre hijo de Atlixco,
que hizo en aras de la patria
de su vida el sacrificio!

IGNACIO PEREZ SALAZAR.

La misa en el monte de las Cruces

Limpios se miran los cielos,
Limpios por las recias lluvias,
Como al dejar los cristales
Del lago alegre hermosura.
En las hojas de los pinos
Y en las ramas, se columpian
Gotas de cristal luciente,
Que cuando el soi las alumbra
Son diamantes y topacios
Que hechiceros nos deslumbran:
Cruzan las aves cantando,
Los arroyuelos murmuran
Y de las pobres cabañas
Que á lo léjos se dibujan
Escondidas en los montes,
Albo como blanca espuma
Sube del hogar el humo,
Que entre los árboles cruza.
En lo más hondo del bosque
Se abre y remeda llanura
Un despejado terreno
Que circundan las alturas;
O ya empinadas montañas,
O ya cañadas oscuras,
O bien quiebras caprichosas,
En diagonales y curvas



Misa celebrada en el Monte de las Cruces.

Que en mil giros aparecen
Y entre los montes se ocultan.
Es de Salazar el llano
Aquella hondonada brusca,
Por lo singular, hermosa,
Risueña por su verdura.
Por doquiera los madroños
Y los ocotes se agrupan,
O se alinean graves pinos
Coronando las alturas....
Ora esos montes excelsos
Y esas barrancas profundas,
Y esa humedecida yerba
De lindas flores incultas,
Cubren gentes belicosas,
De lujo ó medio desnudas,
Una parte con arneses
Para la batalla dura,
Otra tumultuosa y fiera
En desordenadas chusmas.
Brillan al sol los fusiles,
Aturden discordes músicas,
Y el eco de las trompetas
En las montañas retumba.
Flotan al aire banderas
De seda y lino y de plumas;
Del Tepeyacac la Virgen
Tierna aparece y augusta,
Vestida de sol divino
Y por escabel la luna.
De pronto silencio tocan,
Y se divisa una altura
Que forma peñón gigante
Y que se aisla en las llanuras
En bello altar convertida
Con su blanca vestidura.
La cera pálida ardiendo,
De incienso las nubes puras
Tórnanse bellones de oro

Al subir blancas espumas;
Y en ese altar, revestido
De sagradas vestiduras,
Del anciano de Dolores
Se eleva la talla augusta,
Sublime, resplandeciente
De majestad y hermosura.
Los cañones, cual reptiles,
Con hondas bocas oscuras;
En hileras los dragones
Con las espadas desnudas;
Muy erguidos los infantes
Y en pelotones las chusmas,
En los árboles y peñas
La multitud se apañusca
De hombres, mujeres y niños
De hombres, mujeres y niños
Que entre la yerba pululan.
De repente se arrodilla
Aquella masa confusa,
Y es que Dios se hace patente
En la ceremonia augusta;
Tocan marcha los tambores,
Rompen el aire las músicas,
Y con vivas á la patria
Al Dios eterno saludan....
En luz, en gloria, en contento
El bello cuadro se inunda
Y la "Victoria" cantando
Hosannas, los aires cruza.

GUILLERMO PRIETO.

La noble acción de Bravo

I

Ayes de muerte, gemidos,
Gritos roncos, maldiciones,
Trueno y rodar de cañones,
De clarín bélicos ruidos,
Empujados, confundidos
Caminan sin saber dónde;
Un eco á otro responde
De guerra en la Nueva España,
Y huyendo de la campaña
La vida tiembla y se esconde.

II

Hablan un mismo lenguaje
Los que lidian y se matan,
Que de exterminarse tratan,
Ardiendo en ciego coraje.
Sigue la lucha al ultraje
Tenaz, sangrienta, enconada,
Y la humanidad hollada
Ve al infeliz prisionero
Caer al golpe del acero
Apenas suelta la espada.

III

Fuerte el león castellano,
La temible garra extiende,

Y su conquista defiende
Con un valor soberano:
El indio, á tocar cercano
La redención que desea,
Con noble rabia pelea:
Ninguno ceja en la guerra.
Y pisan, en vez de tierra,
Charcas de sangre que humea

IV

La piedad alza su vuelo
Del horroroso exterminio,
Y va á fijar su dominio
Tras de las nubes del cielo;
Cuando entre el llanto y el duelo
Dice un acento: "PERDON,"
Y ante esa noble expresión
Que un eco de Dios parece,
Ruge, brama y.... enmudece
La voz de la destrucción.

V

De pie, sereno, imponente
BRAVO aparece triunfando;
Luz de clemencia bañando
Está su espléndida frente;
A sus pies ansiosamente
Turba inmensa conmovida
"Gracias" repite rendida,
Y "gracias" el viento gime,
Llevando el himno sublime
Que entona alegre la vida.

VI.

Trescientos tuvo en su mano
El héroe, por un momento,
Y en vano el resentimiento,

"¡Mata!" le gritaba insano.
Grande, clemente, cristiano.
Mostró de su alma la anchura,
Y como ofrenda más pura
De eternidad y esperanza,
Inmoló la ruin venganza
De un padre en la sepultura.

VII.

¿Qué más cumplida victoria,
Qué alientos más inmortales
Recoger en sus anales
Pudo algún tiempo la Historia?
Apartarse de la escoria
Del que se venga cruel,
Es ganar mejor laurel
De los que aquí se ambicionan:
Los que como Dios perdonan,
Eternos son como El.

VIII.

Bien haces, tierra leal
Que al héroe magno dió vida,
A su efigie bendecida
Labrando ancho pedestal.
Para su estatua inmortal
Abre en tus rocas cimientos,
Y si mil altos portentos
Quieres mostrar á tu gente,
Viste tu suelo candente
Con manto de monumentos.

IX.

De tus hechos relevantes
Eterniza la memoria
En obeliscos de gloria
Como tus montes gigantes.

Y en tus senos más distantes,
Porque tu amor le reveles,
Ordena que los cinceles
Tallen en el mármol duro
Campos en donde el futuro
Venga á arrojar sus laureles.

X.

Que si á la Patria adorada
Se le guardan días de afrenta,
Y audaz invasión intenta
Pisar su arena sagrada,
Caerá, mas no mancillada
Con el gorro del esclavo,
Y de sus ruinas al cabo,
De patriotismo modelo,
La estatua que se alce al cielo
Será la sombra de BRAVO.

JOSE FERNANDEZ DE LARA.

AL PANUCO

No es Venecia la indolente,
La sultana de los mares,
A quien homenaje rinden
Trovadores inmortales,
El sacro numen que inspira
Estos humildes cantares;
Que la gloria es alimento
Sólo de las almas grandes,
Y no ambiciona la mía
Sino mirar los cristales
Del manso sonoro río
Que fecundiza los valles
De Tamaulipas la bella,
Y cruzando soledades
Limpio, callado, tranquilo
Paga tributo á los mares.
¡Cuántos, ¡ay! en su camino
Escuchó sentidos ayes
De hermosuras que vinieron
A suspirar en sus márgenes!
¡Cuántos, Pánuco dichoso,
De tierno llanto raudales
Habrán guardado en tu seno
Las tampiqueñas amables,
Rogándote que su nombre
Y sus infortunios calles!

Y sedientas de ventura
Enamoradas beldades,
¡Cuántas habrás visto, río,
En brazos de sus galanes,
Ebrias de amor, adormidas,
Riendo como los ángeles,
Al resplandor de la luna
Que brilla con luz suave,
Cuando apasionado beso
En labio y mejillas late!
Es fama, sonante río,
Que á la verde orilla sales
Por ver los grupos que forman
Los venturosos amantes
Bajo las tendidas hojas
De tus lindos platanares.
El historiador nos cuenta,
En páginas inmortales,
Que tus ondas cristalinas
Se enrojecieron con sangre
De mil valientes guerreros
Que en mortífero combate
Sostuvieron de mi patria
El pabellón trigarante,
A Barradas castigando
Con espantoso desastre.
Entonces, dice la fama,
Que rugiendo de coraje
Arrebató tu corriente
Del invasor el cadáver,
Para lanzarlo al abismo
Del Atlántico insondable;
Y que luego, manso, dulce,
Entre los cañaverales,
Las ceibas y los naranjos,
Y los blancos azahares,
Que adornando tus riberas
Vierten aroma en el aire,
Sereno, apacible, hermoso,
Volviste alegre á tu cauce,

Murmurando en son de triunfo:
"¡Está vengado el ultraje!"
¡Cómo no sentir el alma
En un mundo dilatarse
De doradas ilusiones
Y de recuerdos brillantes,
Si el amor, el patriotismo
Aquí tienen sus altares...!
¡Dios te guarde, bello río!
¡Bello río, Dios te guarde!
¡En tu gloriosa carrera
Siempre en perlas se desate
Tu corriente, fecundando
Las tierras por donde pases!
Los pájaros de la selva
Vengan á tu orilla, canten,
Y en tu linfa transparente
Alborozados se bañen;
El sol con su disco de oro
Cuando en el zenit derrame
Torrentes de luz y vida,
En tu fondo vea su imagen;
Nunca tu virtud enturbien
Fragorosas tempestades,
Y las vírgenes hermosas
De Tampico, las deidades
En las horas que embellece
Con sus misterios la tarde,
Te canten sus alegrías
Y te digan sus pesares
Como al amigo discreto
Que su corazón nos abre!
Mas si con planta atrevida
Algún invasor osare
Pisar la sagrada tierra
Que regaron nuestros padres
Con la sangre de sus venas
En época memorable,
A rugir vuelve tremendo,
Al punto sal de tu cauce,

Arrebata caballeros,
Caballos, armas, bagajes,
Y arroja la hueste impía
En el fondo de los mares.
Esto al Pánuco le dije
De su orilla al apartarme,
En la grandeza pensando
De las glorias nacionales.
Y melancólico, triste,
Como marino sin nave,
Alejándome con pena
De tan gloriosos lugares,
Lleno de entusiasmo el pecho
Volví á exclamar: "¡Dios te guarde!"
Y deteniendo mis pasos
Otra vez volví á mirarle,
Y ví que torciendo el curso,
Como á su nido las aves,
Limpio, callado, tranquilo,
Fué á sepultarse en los mares.

JO. QUIN TELLEZ.

HIDALGO

I.

¡Oh Genio augusto del arte
que á los mortales inspiras!
¡Gloria excelsa de la patria!
Númen que del claro día
tomas los tintes radiosos
y los cambiantes del prisma!
¡Dame tus notas vibrantes!
Dame tu olímpica lira,
y haz que mis cánticos broten
como cascada argentina!

Quiero cantar á los héroes
que su generosa vida
sacrificaron gustosos
con singular hidalguía,
por conquistar los derechos
del pueblo que, como víctima
escarnecida y doliente,
lánguidamente gemía.

¡México, nido de amores!
Tierra para el bien propicia
donde es siempre azul el cielo,
y en primavera infinita

borda sus campos de flores
y dan gratas armonías
las aves con sus conciertos,
con sus rumores las brisas,
y con musical murmurio
las corrientes cristalinas
de los apacibles lagos
y de las mares bravías.

¡México, cuna del genio!
Del heroísmo guarida,
de la abnegación santuario
y albergue de la hidalguía:
al conquistador le ofreces
hospitalaria acogida;
le brindas con tus tesoros,
le proporcionas delicias;
y en pago de tantos bienes
hace tales felonías
que para no relatarlas
dejo que calle mi lira.

II.

En el pueblo de Dolores,
humilde y pobre curato
desempeñaba solícito
un virtuoso y noble anciano,
cumpliendo su ministerio
no solamente de párroco;
era el padre de su gremio,
consuelo de sus hermanos,
director de las conciencias
y benefactor magnánimo.
Auxilio del desvalido,
de los enfermos amparo,
pródigo y caritativo
para los necesitados,
y con palabra elocuente,
dulce y persuasiva, bálsamo

para las penas amargas
y azote de los malvados.
En su corazón sensible
no fermentaban agravios;
pero sí el dolor acerbo
tomaba creciente pábulo,
viendo sufrir á su pueblo
sacrificios inhumanos.

Piensa que á la iniquidad
cortarle el infame paso
es un deber para el hombre
que precie de ser honrado;
y que si su pueblo sufre
y calla y sigue callando,
es porque le falta sólo
quien se encargue de animarlo,
y en las aras de la patria
se le ofrezca en holocausto.

Vé las espaldas heridas
por el infamante látigo
del conquistador, que artero
no cesa de flagelarlo;
el pudor de las doncellas
brutalmente mancillado;
El decoro de la esposa
sin aprecio, y el trabajo
ser con oprobio inaudito
el patrimonio del amo.
—No será más tiempo, exclama,
no me entregaré al descanso
hasta ver libre á mi pueblo;
y si fuere necesario,
será mi vida la ofrenda
que á su libertad consagro,
como Cristo dió la suya
en la cumbre del Calvario.

¡Miguel Hidalgo y Costilla!
Generoso y noble anciano,

Genio de bondad sublime!
¡Mártir, que predestinado
fuiste por Dios y que llevas
de los bienaventurados
la aureola, cuyos fulgores
no tienen nubes ni ocaso!
Relicario de virtudes
¡Ramillete perfumado
que llena el mundo de gloria,
como el astro de los astros
llena de luz refulgente
de uno á otro polo el espacio!

III.

Dando forma al pensamiento,
dando expansión á la idea,
sin reparar en que pudo
fracasar su noble empresa
por carecer de elementos
apropiados á la guerra,

Mirando sólo en su mente
la libertad que flamea,
que el corazón vigoriza,
y por las hirvientes venas
hace circular la sangre
con más ritmo y con más fuerza.
Se asocia á dos capitanes
de dragones de la reina,
que serán sus compañeros
en la lucha gigantesca,
y son don Ignacio Allende,
joven de limpia nobleza,
bravo, galán, expansivo,
decidor y de alma entera;
y don Juan Aldama, joven
también, y también de apuesta
figura, valor sin tacha,
alma grande y nobles prendas.

Admirados se quedaron
cuando vieron la firmeza,
con que el venerable Hidalgo
su resolución suprema
les indica, y sin demora
á la contienda se aprestan
"que ir á coger gachupines,"
es lo único que les queda.

Era el 15 de Septiembre,
noche, si envuelta en tinieblas
con diáfanas claridades
para las almas excelsas.
Noche que anuncia alborada
de vida y de encantos llena,
noche que pasa á la historia
y en su página más bella
graba con letras de soles
en inmortal refulgencia,
el nombre augusto de Hidalgo
y aquella indeleble fecha.

IV.

Todo el pueblo reposaba
en dulce y tranquilo sueño,
sólo en la estancia de Hidalgo
estaba el balcón abierto,
de la luz de las bujías
dando paso á las reflejos.

Hay tres hombres en la sala
en continuo movimiento:
son los caudillos insignes
cuyo patriótico celo,
en esa noche gloriosa
va á dar el grito soberbio
que reclamará de España
la independencia de México.

V.

Derramaba el sol naciente
sus magníficos fulgores
cuando al pueblo convocaba
la campana de la torre.
Y el pueblo acude solícito
sin pensar en su trasporte,
que el toque de esa campana
era de la gloria el toque.
Hidalgo al ver á su pueblo,
con voz grave y noble porte:
—"Hijos, les dice, han llegado
los momentos redentores
de romper el férreo yugo
que la España nos impone.
No más reyes ni tiranos,
ni más déspotas señores;
la libertad sacrosanta
asoma en el horizonte;
ser libres es ser felices,
disfrutar los sacros dones
que Dios puso en esta tierra
colmándoia de favores.
No más amo al que ha nacido
tan libre, como en los bosques
los pájaros con sus trinos
y con su aroma las flores.
Morir ó no ser esclavos,
que la América recobre
sus derechos conculcados
y que conquisten los hombres
la libertad sacrosanta
que encanta con sus fulgores.
Dios nos alumbra el camino,
No más suplicios atroces,
¡á la guerra y á la muerte,
el peligro no os asombre,
que morir es más glorioso

que vivir entre opresores!"
Gritos y aplausos y vivas
su santa palabra acogen,
y la bendición del cielo
al entusiasmo responde.
Les dice Hidalgo la misa,
y entre gritos y entre flores
la entusiasta muchedumbre
todas las calles recorre;
las mujeres y los niños,
los ancianos y los jóvenes,
agrupados al caudillo,
van del pueblo de Dolores
en busca de la victoria
ó de muerte que los honre.

VI.

Antes de un año la saña
de los viles opresores
le daba martirio horrendo
al más grande de los hombres,
al mexicano más justo,
al sacerdote más noble,
al jefe más denodado.
y nos legaba su nombre
como símbolo de gloria
que, con radiosos fulgores,
en el cielo de la patria
verán las generaciones.

RAFAEL NAJERA.

EL ORTO DE UN ASTRO

I

Una joven de alba frente,
pupilas grandes y abiertas
cual dos soles en Oriente,
está llamando á las puertas
de un edificio imponente.
Y llama con tal tesón,
que para ofrecerle abrigo
se alza el pesado aldabón,
cruje en su gozne el postigo
y entra en la antigua mansión.
Ante su faz hechicera,
frente á su dulce mirar
y en su rubia cabellera,
la vieja hermana portera
ni inquiere ni puede hablar.
Recobrando su reposo
pregunta al fin: "¿qué queréis?"
y ella, alzando el rostro hermoso
responde: "ya lo sabréis,
que en mí nada es misterioso."
"Este pliego, por favor,
"entregad al que aquí sea
"encargado ó director,
"rogándole que lo lea
"porque interesa á mi honor."

Tomó el blanco memorial
la anciana, en nada remisa,
cruzó el patio señorial
y luego subió de prisa
la escalera principal.
Llegando á la galería
tiró de tosco cordel
de una puerta en la crujía,
y entró, llevando el papel,
en una pieza sombría.
Volvió en la triste mansión
hondo silencio á reinar,
y cual ángel de aflicción
la joven se puso á orar
junto al vetusto portón.
Silencio adentro y afuera;
todo quieto, todo en calma;
y la joven hechicera
oyendo dentro del alma
á Dios que le dice: ¡espera!

II

"Si á una huérfana doncella
"que en pobreza y soledad
"con el cielo se querella,
"amparais en su orfandad,
"Dios os premiará por ella.
"Sedienta estoy de beber
"las aguas de este Jordán
"que redime á la mujer,
"y no sólo os pido pan,
"sino virtud y saber.
"Y no dudo ni vacilo,
"pues de Cristo ante el altar
"late mi pecho tranquilo,
"y es Cristo quien me va á dar
"una celda en vuestro asilo
"Del mundo en la ruta incierta
"os demando este favor,

"no me cerréis vuestra puerta
"que antes que manchar mi honor
"quedaré en su escaño muerta."
Esto el memorial decía,
y cuando el texto acabó
un hombre que lo leía.
"¿Espera alguien?" preguntó
con interés y alegría.
"Abajo espera, señor,
"una joven recatada
"de noble aspecto y rubor;
"es bella y está enlutada"...
—"Que suba"—dijo el Rector.
Subió y la sencilla escena
es inútil describir:
el Rector, una alma buena,
no se negó á recibir
á aquella humana azucena.
Y fué en estudiar constante,
en la devoción sincera,
con sus hermanas galante,
y una amiga y compañera
franca, discreta y amante.
En aquel retiro santo
su más florida estación
pasó sin penas ni llanto,
para ser de una nación
orgullo, vida y encanto.

III

Al edificio imponente
que ofreció trono y palacio
á la doncella inocente,
"Colegio de San Ignacio"
llama en México la gente.
Y la joven seductora
que allí soñó ser feliz
y hoy brilla como una aurora,
fué doña Josefa Ortiz
la inmortal Corregidora.

Siempre amante, siempre hermosa,
siempre en la virtud sin par,
con los pobres dadivosa,
fué una reina en el hogar
como madre y como esposa.
Entre sus santos amores,
dió á su patria uno infinito,
y escuchando los clamores
urgió á Hidalgo diera el grito
de independencia en Dolores.
Bendiga su nombre egregio
la patria á que libertó;
la Historia es su trono regio
y su antorcha este colegio
á cuyas puertas llamó.

JUAN DE DIOS PEZA.

HIDALGO EN CELAYA

Como los enhiestos mástiles
de alguna potente escuadra,
destácanse allá á lo lejos
ante la vista asombrada
las agujas y las cruces
de la ciudad de Celaya.
Son suntuosos monumentos,
rico esplendor, fausto y gala
que en ese suelo encantado
sembró la piedad cristiana
de muchas generaciones
en el polvo sepultadas.
Allí del Carmen se ve
la artística filigrana,
los primorosos calados,
la elegante columnata
y el cimborrio gigantesco
que se cierne, que se alza
bajo un cielo siempre azul,
sobre un valle de esmeralda.
Se descubre San Francisco
con su torre soberana
y las columnas bellísimas
de su soberbia portada;
San Agustín y la Cruz,
la Parroquia veneranda,

Mesón de Guadalupe en Celaya,
desde donde Hidalgo arengó al pueblo.

la Piedad y la Merced
con su torre mutilada;
y más y más campanarios
por donde quiera levantan
sus remates caprichosos,
sus agujas elevadas
bajo un cielo siempre azul,
sobre un valle de esmeralda.

* * *

En esa linda ciudad,
en esa tierra encantada
el caudillo fué investido
con la honorífica banda
de Capitán General
de la tierra americana;
y aun se escucha en la campiña
y en las verdes enramadas
el épico clamoreo,
los repiques y las dianas
con que un pueblo entusiasmado
aquél hecho celebraba:
y la voz del sacerdote
percíbese entre las auras
que en esa ciudad murmuran
himnos dulces de esperanza
bajo un cielo siempre azul,
sobre un valle de esmeralda.

RAFAEL RUIZ RIVERA.

HERMENEGILDO GALEANA

I.

En el mágico esplendor
de su brillante carrera,
en la que unidos se miran
el talento y la grandeza,
Morelos el indomable,
de su país gloria eterna,
vió á su lado campeones
que fulguran como estrellas
en el azul de ese cielo
que se llama Independencia,
adonde el suave perfume
de la gratitud se eleva
con los himnos de alabanza
que brotan desde la tierra.
Y entre aquellos paladines,
los de innúmeras proezas,
que su vida conságraron
de México á la defensa,
luce como astro perenne
de magnitud gigantesca,
Hermenegildo Galeana,
el león en la pelea,
clemente con el vencido,
de la intrepidez emblema,

que sin ambición mezquina
de honores y de riquezas,
sólo vió la libertad
y la justicia en la guerra,
y la muerte de los héroes
como premio en la contienda (*)

II

En las abruptas montañas
de la región pintoresca,
que de Guerrero y los suyos
las glorias siempre recuerda;
á inmediaciones del río
denominado de Tecpan,
elévase la ciudad
que el mismo nombre conserva,
en la que el bravo Galeana
vió la luz por vez primera,
de obscuro y pobre linaje,
sin señuelos de grandeza,
mas de virtudes tesoro
como riquísima herencia.
Desde su temprana edad
consagróse á las faenas
del campo, y en el Zanjón—
que así se llama una hacienda—
los años más venturosos
pasaron de su existencia,
en el sosiego que brindan
las costumbres lugareñas.

(*) En todas las acciones de guerra en que se halló, se distinguió por su denuedo y bizarría. Intrépido en el combate, era clemente con el vencido; luchó con verdadera convicción por la causa de la independencia, sin aspirar á riquezas, sin extorsionar á los pueblos, sin cometer acto ninguno de arbitrariedades.—Zamacois, Historia de México, tomo 9, pág. 425.—N. del A.

Al acercarse el caudillo
á las regiones aquellas
donde vierte sus raudales
de amor la naturaleza,
al intrépido Galeana
y á sus hermanos congrega
del belicoso clarín
el toque de la defensa;
y la calma y la dulzura
de la campiña se truecan
en el febril entusiasmo
de la ardorosa contienda.
Los humildes lugareños
á la batalla se aprestan;
el heróismo es su norma,
la libertad es su estrella,
el culto á México libre
su lábaro, su bandera.
Y la lid se multiplica,
los laureles se cosechan
y el nombre de "tata Gildo"
grabado en la Historia queda. (*)
Sólo falta al campeón
nacido á orillas del Tecpan,
la corona de los mártires
que glorifique su empresa.

III

En el lugar de Coyuca
los virreinales se encuentran
mandados por Avilés
que, según dicen, alberga

(*) Bustamante dice, al hablar de la hermosa figura de D. Hermenegildo Galeana, que tenía gran ascendiente sobre los negros, quienes le llamaban cariñosamente el **tata Gildo.**

sentimientos generosos
de rectitud y entereza. (*)
Allí va con sus parciales
en busca de la pelea,
el intrépido soldado
á quien las masas veneran;
y en las márgenes del río,
que del pueblo el nombre lleva
trábase al punto la lid
encarnizada y sangrienta.
Acometen con enojo
los realistas á las fuerzas
del indomable Galeana
que del triunfo desespera.
Mil y mil veces su voz
escúchase en la refriega,
y otras tantas ve perdida
de su fortuna la estrella,
Al fin mirándose solo,
sin amparo ni defensa,
corre en pos de su deber
y de la gloria postrera.
Defiéndese cual león
de los que á cercarle llegan,
y al rudo golpe de un árbol
da con su cuerpo en la tierra.
Allí rodeado se mira
de enemigos que contemplan
al guerrero infatigable
de la sacra Independencia.

(*) El Teniente Coronel Fernández de Avilés, nombrado por Armijo, custodiaba las inmediaciones del puerto de Acapulco y era un oficial valiente y entendido. Libró en las inmediaciones de Coyuca el combate del 27 de Junio de 1814, en el que Galeana perdió con gloria la existencia. Consúltese "México á través de los siglos," tomo III, pág. 430.—Nota del Autor.

Con el pecho desgarrado
por cruel herida sangrienta,
hace esfuerzos por blandir
su espada en la lucha fiera.
Joaquín León, con desprecio
al moribundo se acerca;
de un solo tajo separa
del caudillo la cabeza,
llevándola en una pica,
como brillante presea,
al pueblecillo inmediato
al lugar de la contienda

IV.

Así á la vida surgió
de los prohombres de América
el guerrero infatigable
de la sacra Indepen lencia;
Hermenegildo Galeana,
de las orillas del Tecpan,
de quien Morelos insigne,
al saber la triste nueva,
poseído de dolor
y de amargura dijera:
"Acabáronse mis brazos;
ya nada soy en la tierra;"
palabras que sintetizan
el valor y la nobleza
del que vió la libertad
y la justicia en la brega,
y la muerte de los héroes
como premio en la contienda.

FULGENCIO VARGAS.

3-16-1910.

LA ENTREVISTA EN CHARO

I

A seis leguas no cabales
de aquél pensil michoacano (1)
donde en íntimo consorcio
las flores se han cultivado
de la ciencia que enaltece
y del salvador trabajo;
en medio de las montañas
que sombra dan al santuario
y al risueño caserío
do se albergan los indianos,
álzase un pueblo feliz
que data de muchos años;
desde su origen remoto
lleva por nombre el de Charo. (2)
Allí viven nobles gentes
con sus costumbres de antaño,

---

(1) Valladolid, hoy Morelia.

(2) Charo, en idioma tarasco, significa tierra del rey niño. Se pobló de españoles el año de 1550, según consta en "La Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino, de Michoacán"—página 66,—escrita por Fray Diego Basalenque, religioso agustino de grata memoria en el mencionado pueblo.—Notas del autor.

los humildes lugareños
que rinden culto al arado,
y con el sudor del rostro,
en las faenas del campo
cosechan paz y ventura
como inmarcesibles lauros
para el que lidia sin tregua
en los combates humanos.

II

Brilló en Dolores la aurora
de redención como un astro,
á cuya luz se disipan
la tiniebla y el espanto;
y las huestes vencedoras
que á las órdenes de Hidalgo
dieron principio á la lid
por los fueros sacrosantos
de la patria que gimiera
tres siglos en el insano
medio que brinda el dolor
á países subyugados,
en pos de nuevos laureles
y de horizontes más amplios,
con rumbo á Valladolid
salieron de Guanajuato.
De la culta población
que con muestras de entusiasmo
recibiera á las legiones
del venerable soldado.
los insurgentes partieron,
tras breves días de descanso,
camino de la ciudad
capital del virreinato,
para medir su entereza
con el valor de los bravos
por cuyas venas corría
la sangre de don Pelayo.

III

El rumor de los combates
por el fuero soberano,
llega al humilde retiro
donde el cura de Carácuaro (*)
pasaba de su existencia
tranquilamente los años,
sin idea más generosa
ni deseo más sagrado,
que los de ver á su patria
libre del dominio extraño,
irguiéndose ante la faz
de sus temidos contrarios,
como el cóndor altanero
sobre el desnudo picacho,
en la cordillera andina
del vergel americano.
Y el bondadoso pastor
de mansísimo rebaño,
cuyos fieles adoraban
las doctrinas de su párroco,
sintiendo arder en su pecho
la llama de amor sagrado
por el país que sufriera
los rigores del esclavo,
apresúrase á trocar
el sosiego del curato
por la reñida contienda
en favor de sus hermanos;
y al mediar el diecinueve
de Octubre, del feliz año
en que la heroica labor
iniciara el mexicano,
don José María Morelos,
el buen cura de Carácuaro,

(*) Don José María Morelos administraba por aquella época el Curato de Nucupétaro y su anexo de Carácuaro.—N. del A.

á las tropas insurgentes
alcance dióles en Charo.

IV

En los anales gloriosos
que dan lustre al suelo patrio,
brilla cual sol refulgente
en un cielo despejado,
la fecha asaz memorable
en que el patriotismo santo
uniera á dos corazones
con indisolubles lazos
en el humilde retiro,
morada de los indianos,
que desde origen remoto
lleva por nombre el de Charo.
Allí de dulce esperanza
los dos caudillos hablaron,
y del inicuo poder
de lutos y desengaños,
que á la nación oprimiera
de México sin descanso.
Allí nombróse á Morelos
lugarteniente de Hidalgo,
con facultades amplísimas
de levantar en los campos
del territorio del Sur,
contingentes necesarios
de tropas, que defendiesen
los derechos vulnerados. (*)
Al llegar la despedida,
y al darse el último abrazo,

(*) El nombramiento estaba redactado así: "Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Miguel Hidalgo y Costilla."—N. del A.

Casa en que se verificó la entrevista
de Hidalgo y Morelos, en Charo.

aquellos dos campeones,
de la insurgencia dechado,
la libertad de la patria
ó el sacrificio juraron.

V

La campiña iluminaban
del sol los oblicuos rayos,
y poco á poco, á lo lejos,
iban sus huellas borrando
los postreros batallones
del ejército de Hidalgo;
mientras que allá se perdía,
siguiendo rumbo contrario,
don José María Morelos,
el buen cura de Carácuaro,
que iba á conquistar renombre
de patriota y de soldado,
y á conmover en su base
la labor del virreinato.

VI

Caminante que discurres
por el pueblo michoacano,
donde mil himnos se elevan
á la ciencia y al trabajo;
si á tu vista se presenta
de montañas coronado
el humilde caserío
do se albergan los indianos,
descúbrete con respeto
al contemplar ese cuadro
de sencillos moradores
con sus costumbres de antaño;
fija en tu alma los recuerdos
de las glorias del pasado,
de la entrevista que viera
el pueblecillo de Charo;

piensa que allí vió la luz
de la vida sin ocaso,
el enérgico adalid
de los fueros democráticos;
el protector y el amigo
de los dolientes esclavos;
el genio de la victoria,
de la insurgencia el dechado;
¡el héroe que por su patria
dió la vida en holocausto!

FULGENCIO VARGAS.

EL SARGENTO BORREGO

Temiendo á los insurgentes,
que se hallaban en Jalisco,
pasó con algunas tropas
muy asustado, ¡qué digo!
lleno de terror, corriendo,
volando cual pajarillo,
que rápido hiende el aire
al mirarse perseguido;
así pasó presuroso
por Zacatecas, repito,
Cruz, el general realista
tan odiado y tan temido
por su déspota conducta,
por su carácter altivo,
por sus sanguinarios hechos
que llevaron al suplicio
centenares de patriotas,
en venganza ó en castigo
de haber por el patrio suelo
luchado con heroísmo.
Hallábase en Zacatecas
muy inquieto y afligido
el general ya citado,
que allí llegó "de improviso"
con el fin de dirigirse
á Durango, único asilo

que por entonces quedaba
al jefe ya referido.
Antes de seguir su marcha
llevóse para el camino
cien mil pesos que el gobierno
tenía en plata reunidos.
Llevóse también la tropa
de "Navarra," y aun el "Mixto,"
que era un batallón urbano
de Zacatecas nativo.
Y con estos elementos,
que no eran tan poco auxilio,
marchó Cruz para Durango
huyendo del enemigo;
pero en Arroyo de Enmedio (*)
se vió en terrible conflicto
el orgulloso soldado
del Rey y del servilismo.

Un sargento valeroso,
muy patriota y aguerrido,
de nombre José María,
Borrego de apelativo,
lanzó con voz imponente
de la libertad el grito,
sin temer á los sicarios
de aquél bando fementido.
—"¡Que viva la Independencia!
¡Que viva México! dijo.
¡No más reyes ni tiranos
se burlen ya con cinismo
de nuestra patria bendita,
de la patria en que nacimos!"

Y la voz de aquél valiente,
de aquél soldado atrevido

(*) Rancho á seis leguas distante de Zacatecas.

fué secundada por todos
sus compaños y adictos.
El jefe realista, entonces,
asustado y pensativo
se retiró sin batirse
con los soldados del "Mixto;"
no quería más victoria
que salir de aquél peligro.

Borrego marchó en seguida
á Zacatecas, tranquilo,
con todos sus camaradas
de milicia, que aquél grito
habían secundado ufanos
el día cuatro ó el cinco
del mes de Julio y del año
en que con gloria y con brillo
quedó libre de opresores
nuestro México querido.

En Zacatecas, por tanto,
hubo inmenso regocijo,
pues el pueblo entusiasmado
y en grandes masas reunido,
proclamó la independencia
con repiques y con himnos,
con músicas y con salvas
y otros patrióticos signos
del placer con que ese pueblo,
humillado, envilecido,
al llevar por tantos años
de la esclavitud los grillos,
saludaba ardientemente
con inmenso y leal cariño,
á la madre idolatrada
que veía libres sus hijos,
después de tantas desgracias,
de tan cruentos sacrificios,
de tantas luchas y pruebas

con que quisiera el destino
acrisolar la constancia,
la lealtad, el patriotismo
de los que á México hicieron
libre por todos los siglos.
Tributar, pues, homenaje
de gratitud, es debido,
al intrépido Borrego
que supo valiente y digno
humillar á los soldados
del colonial despotismo,
y legar á Zacatecas
un nombre preclaro, invicto.

E. Amador.

(1895.)

EL JARAL

(Tradición.)

Escuché de mis abuelos
en las horas de mi infancia,
cuando en las noches muy frías
el hogar chisporroteaba,
que en los albores del siglo
décimo nono, unas cuantas
casuchillas de rastrojo,
melancólicas se alzaban
en el agreste misterio
de las selvas inmediatas
al lugar en donde ahora,
como un panal se levanta
bullicioso el pueblecillo
de mi tierra idolatrada,
de aquésta tierra feliz
donde mis ojos mirarau
el dulce y suave fulgor
de la primera alborada.

El paisaje más bravío
y encantador presentaba
la imponente soledad
de esta escondida comarca

con sus bosques de mezquites
y sus hermosas montañas:
al Oriente, cual rival
de los picos de Himalaya,
Culiacán el portentoso
con sus grutas y barrancas;
y al Oeste, de "La Bolsa"
las colinas dilatadas
con sus "Tetillas y Mesas"
exhúberas, solitarias;
en el fondo, en la llanura
de verdes sauces sembrada,
formando curvas el Lerma
con el cristal de sus aguas,
y en el follaje sombrío
de las frescas enramadas
pájaros mil entonando
sus dulcísimas sonatas.

Esta hermosa soledad
de bellezas virgilianas
interrumpióse esa vez,
mis abuelos me contaban,
cuando las tropas de Hidalgo,
después de tomar la plaza
cuya alhóndiga gigante
mil tesoros ocultara,
resolviéronse á marchar
á la ciudad encantada
que se esconde en los vergeles
de la tierra michoacana.
Cubriéronse las colinas,
los llanos y las cañadas
con el tremendo aluvión
de la hueste americana,
y su pendón sacrosanto,
y su bandera adorada
desplegóse al suspirar
de las brisas y las auras

que gimen en los sauces,
que lloran entre las cañas
de aquesta tierra feliz
donde mis ojos miraran
el dulce y suave fulgor
de la primera alborada.
Sus sencillos habitantes
cual pastores de la Arcadia,
con zampoñas y vihuelas,
con tamboriles y gaitas,
fiesta típica ofrecieron
en sus humildes cabañas
al Sacerdote Rebelde,
al anciano que retara
la omnipotencia y orgullo
de los iberos monarcas.

De mirasoles y lirios,
maravilla y cinco-llagas,
ofreciéronle coronas
las pudibundas zagalas
que al compás de sus panderos
alegremente bailaban.

La tradición, la leyenda, (*)
en sus urnas perfumadas

(*) Con encantadora sencillez, con naturalidad de imágenes y con la galanura y bien decir que en las narraciones de escenas campestres antójasenos á perfume de heno ó suave fragancia de almendros tiernos en flor, mi amigo Fulgencio Vargas, vindicador de héroes desconocidos, describe en su preciosa obrita "La Revolución de 1810 en el Estado de Guanajuato" aquel conmovedor episodio que tuvo como protagonistas al inmortal revolucionario de Dolores y al obscuro cuanto honrado y patriota campesino D. Manuel Muñatones.—Nota del Autor.

han conservado piadosas
la memoria dulce y grata
de aquél risueño episodio
que vino á romper la calma
secular, abrumadora,
que cual losa funeraria
tendíase sobre los campos
de mi tierra idolatrada,
de aquesta tierra feliz
donde mis ojos miraran
el dulce y suave fulgor
de la primera alborada.

RAFAEL RUIZ RIVERA.

UN SACERDOTE PATRIOTA

(Marzo de 1811.)

Escuchemos lo que dice
La muy expresiva carta,
que en mil ochocientos once
y el mes de Marzo fechada,
escribió desde Revilla
un patriota cura de almas
al caudillo que á las tropas
insurgentes comandaba.
"Señor don Ignacio Allende:
Mi corazón triste se halla
al saber que usted se encuentra
en el Saltillo, en compaña
con el señor Cura Hidalgo
y sus demás camaradas,
huyendo del cruel Calleja,
que los persigue con saña.
Quiera Dios que sea mentira
esta especie tan infausta;
y entre tanto va mi hermano,
el conductor de esta carta,
á saber lo que hay de nuevo
con respecto á nuestra causa;
"y si esta desgracia es cierta,
"mi corazón no desmaya,"

pues me pondré sin demora
listo para la campaña,
á las órdenes de usted
"con mi caudal y mis armas,
que son: "una carabina"
magnífica, americana,
"una escopeta excelente,"
"una pistola" de marca,
"un gran fusil" de calibre
para regulares balas;
"de pólvora cinco libras
"y de plomo cuatro planchas;
"trescientos pesos" que tengo
y es la única ganancia
de una escuelita de niños
en que yo mismo enseñaba,
y también de la limosna
que me dan las misas diarias;
"doscientos pesos en libros
y á medio hacer una casa."
Todo esto daré con gusto,
y casi lo estimo en nada,
por la santa Religión
Y por mi adorada Patria,
que durante tres centurias
ha vivido esclavizada,
hasta que usted en Dolores
y otros hombres de gran talla
se lanzaron animosos,
procurando libertarla.
Y siguiendo yo esta senda,
con mis humildes proclamas
y el auxilio de mi hermano
en toda esta gran comarca,
he procurado ayudar
á nuestra bandera santa
en el nuevo Santander
y en la provincia inmediata
del nuevo Reino de León,

no menos que en la asonada
que allá en Béxar estalló
hace muy pocas semanas.
"Señor: no hay que desmayar,
la cosa no está tan mala,
pues todas estas provincias
están algo insurgentadas,
y hasta los indios lipanes
por la independencia claman.

"En fin, mi citado hermano
dará nota detallada
de cómo en estas regiones
las cosas públicas andan,
y de cómo yo introduje
en villa de Mier, con maña,
por manos de gachupines
las censuras decretadas
contra la augusta persona
del señor Hidalgo. Basta,
pues tales son las razones
que me animan y entusiasman,
hasta el grado de decir
que moriré en la demanda
clamando gustoso: ¡viva
nuestra Religión amada!
¡que viva también la Virgen
de Guadalupe, la indiana,
y que muera el mal gobierno,
el mal gobierno de España!
Vuestro atento Capellán
que sus respetos os manda.
El Bachiller "José Antonio
de Gutiérrez y de Lara."

* * *

Dar todo lo que se tiene
y darlo con toda el alma,

como una oblación sincera
en el altar de la patria,
¿no es éste un ejemplo hermoso?
¿no es esta una acción bien clara?
de brillante patriotismo
y de abnegación sin tasa?

E. AMADOR.

México, Diciembre de 1908.

UN SACERDOTE MARTIR

(Mayo 7 de 1812.)

En una hermosa colina
inmediata á Teremendo,
donde frondosos se yerguen
mil árboles corpulentos,
se encontraba muy confiado,
unido á tres compañeros,
un valiente sacerdote
que con patriótico anhelo
había luchado sin tregua,
con ardor y gran denuedo,
contra las huestes del Rey
que á los bravos insurrectos
perseguían en aquel rumbo
con cruel encarnizamiento.
Confiado estaba, decimos,
y sin temer ningún riesgo,
en la cumbre inaccesible
de aquél intrincado cerro
cuyas rocas y cantiles,
barrancas y voladeros
eran muro inexpugnable
contra enemigos externos.

El Brigadier don Torcuato
de Trujillo, á quien vencieron
en el Monte de las Cruces
Hidalgo y sus compañeros,

se proponían dominarlo
para llevárselo preso.
Acercósele un dragón
y lucharon cuerpo á cuerpo,
mas al fin el sacerdote
le dió un piquete soberbio
con una lanza; y al punto
el jefe de rabia lleno,
hizo disparar las armas
á todos sus subalternos,
y una descarga terrible
retumbó por todo el cerro.
Instantes después oyóse
un quejido lastimero....
Era el Padre, que, tirado
en su rústico aposento,
mostraba mortal herida
que recibiera en el pecho;
y aun así, chorreando sangre
inerme ya y prisionero,
su espíritu no flaqueó,
manteniéndose impertérrito,
pues continuaba increpando
con durísimos conceptos
á los que villanamente
procuraron sorprenderlo.
¿Sabéis quién era ese Padre,
ese adalid sin ejemplo,
ese patriota atrevido,
digno de amor y respeto?
Llamábase Guadalupe
Salto, y era en Teremendo
el Vicario cura de almas
antes de ser insurrecto.
Entre tanto el comandante
Pesquera, muy satisfecho
de haber al fin conseguido
su propósito funesto,
dispuso que el Padre Salto.

con escolta y bien sujeto,
por cuerdas que se le ataron,
fuese remitido luego
á Valladolid, en donde
juzgado por un consejo
de guerra, y tras de sumaria
que terminó en breve tiempo,
fué condenado á morir
como abominable reo,
cortándole la cabeza
para público escarmiento,
no obstante de estar postrado
y duramente sufriendo
de la herida que le abriera
el cruel balazo certero;
y según dice un papel
en que se habla de este hecho
el verdugo fué muy torpe
en su infame ministerio,
pues no pudo de un hachazo
cortar el último aliento
de la víctima expiatoria
en aquél drama tremendo,
y por tanto, fué preciso
dispararle, en el momento,
dos descargas de pistola
que lo dejaron bien muerto.
Así terminó la vida
de aquél patriota sincero,
mártir del amor ardiente
que tuvo á su patrio suelo.

* * *

Por la defensa asombrosa
de uno solo contra ciento,
será siempre memorable
La Alberca de Terremendo.

E. AMADOR.

LA ORDEN

I.

EL EJERCITO.

En contradicción el hombre,
Estando siempre consigo,
Es de virtudes asiento,
Como de pasiones nido.
Y desmintiendo en sus obras
Su propia misión ú oficio
De impulsos mil diferentes
Deja llevarse al capricho.
Se vió en el pasado tiempo
(Y algo en nuestros días se ha visto)
Trocar el cetro, la espada,
Por el hábito y cilicio.
La pompa y glorias del mundo
Por la humildad y el retiro,
Y vistiendo arnés grabado
De la paz á los ministros,
Cambiar la tiara, el capelo,
La sotana, el sayal mismo,
Por el yelmo y la coraza;
Colgado el estoque al cinto,
Calzando espuela dorada,
Y lanza en ristre, al peligro,
Como fuertes paladines
Adelantarse con brío.

Los caballeros del Templo,
Espanto del islamismo;
Los monjes hospitalarios
En Palestina prodigio.
De bravura y en los bandos
O cismas del cristianismo;
Y en más mundanas empresas
Los consagrados caudillos.
Las armas del cielo usaron
Como de la espada el filo.
¡Raro contraste, que muestra
De nuestro sér lo mezquino!

—

También el clero en la lucha
Envuelto acá y dividido,
Tomó en la contienda parte
Con denuedo y con ahinco.
Lidian unos por la causa
De los pueblos decididos,
Otros del trono de España
Por sustentar el dominio.
Aquéllos salen al campo
Y desafían el peligro;
Estos, anatemas lanzan
Y anuncian otros castigos.
Hubo algunos tan celosos
Del rey, ó su beneficio,
Que insignias militares
Adornaron el vestido.
La provincia de "Antequera"
Vió un batallón de improviso,
De clérigos levantarse:
Su comandante el obispo
Bergosa, que del virrey
Logra el favor y es amigo.
En ostentarse leal
Hacia el monarca, no es tibio,
Y la falange alentando
De aquellos soldados mixtos,

Del cielo las recompensas,
Los dones del paraíso,
A manos llenas ofrece
Si logran el extermino
De los rebeldes y herejes
Insurgentes que es lo mismo.

Entre tanto la bandera
Que tremoló el cura invicto
Del pueblo de los Dolores,
Convocando al patriotismo,
A prolongada contienda
Para fijar el destino
De un gran pueblo, en la ignorancia
Y en la esclavitud sumido,
Sigue como otros valientes,
El muy preclaro y muy digno
Morelos, que abandonando
Su religioso retiro
De Carácuaro (curato
Ubicado en el distrito
De Michoacán), do moraba
Ocupado en ejercicios
De santidad, á ser llega
Después el jefe, el caudillo,
De una empresa reservada
A su genio esclarecido.
Sólo al genio, que no cuenta
Como general auxilios,
Y un puñado de bizoños
Ignorantes campesinos,
Que nunca del hueco bronce
Oyeron el estampido:
No tiene armas, ni caballos,
Ni municiones, ni equipo,
Ni víveres, ni otro erario
Que su ligero bolsillo:
Con treinta escasos fusiles
Tomados al enemigo.

Pero el campo de Tres Palos
De todo estaba provisto
Con profusión, y orgulloso
El jefe Páris ha dicho,
  Que pronto el rebelde cura
Recibirá su castigo.
Morelos no se jactaba
De vencer, ni vengativo
  Amenaza; pero ataca,
Y el realista sorprendido
Pierde soldados y trenes,
Tesoros, y aun fuera él mismo
  Prisionero, si no huyera
Con astucia, y al abrigo
Del desorden disfrazado.
A este triunfo primitivo
Siguen otros cual torrentes
De luz, surcando el zafiro,
Marcan del sol la carrera
Tras el albor matutino;
  Que era Morelos, y basta
Para que obrando prodigios
En la causa que sostiene,
Y con su nombre, á su arbitrio
  De la fortuna la rueda
Detener haya podido;
Pero no fijar. . . . que es reina,
Y á los más sus favoritos
  Arrojó de su privanza,
Les mostró el semblante esquivo,
El propio día que agotaba
Sus falaces beneficios.

Des que de diez en el año
Tomó Morelos partido
De independencia en la causa,
Sólo iban cuatro corridos
  Y sus vencedoras huestes
Cuanto baña el mar Pacífico

De Anáhuac, en las regiones,
Dominan y son testigos
  Sus pueblos de mil acciones
Y de triunfos infinitos,
Que contar y enumerarlos
Trabajo sería prolijo.
  Formó ejércitos él sólo,
Bravos veteranos hizo,
Y de su escuela salieron
Capitanes aguerridos:
  El primero en el combate,
El primero en el conflicto.
El último en el descanso
De los riesgos al abrigo.
  A los soldados hambrientos
Y desnudos, el preciso
Y propio alimento entrega:
De sus postreros vestidos
  Se despoja y los reparte.
Y humano con el vencido
Lo consuela, moderando
Su desgracia compasivo.
  Brilló su pericia en Cuautla,
Donde Calleja, el altivo
Jefe del bando español,
Mandaba en persona el sitio:
  Y se burlaba llamando
A la plaza de carrizo,
Por débil; mas de ocuparla
Nunca ejecutó el designio.
  Y cuando escuálida el hambre
Su ayuda á ofrecerle vino.
En daño de los sitiados,
Morelos con el auxilio
  De la noche y el silencio
Alzó el campo, con tal tino,
Que hasta pasadas dos horas
No tuvo Calleja aviso.
  Sustentó nuevos combates
Con resultado distinto,

Y vencedor de tres jefes
O muertos ó fugitivos,
  Lo vió Tehuacán triunfante
De más gloria circuido,
Con sus formidables huestes
Y universal regocijo.
  No se entregará al descanso
Ni al festejo, previsivo,
Y después de tres jornadas
En que hubiera combatido
  Siempre con éxito; oculta
Empresa lleva consigo,
Impenetrable al alcance
Del vulgo, que del sigilo
  En los planes de la guerra,
El suceso ha dependido
Muchas veces; y á Morelos
No faltó ese requisito.

  Ya va el ejército en marcha.
De los fusiles el brillo:
El matiz de los plumeros,
De las banderas el viso:
  El crugir de las cureñas:
De caballos el relincho:
El fragor de los clarines:
De tambores el sonido:
  Van siguiendo el movimiento
Y contrastan el prolijo
Silencio de veteranos,
Que ajustan al artificio
Sus maniobras compasadas
Cual la táctica previno,
Y á la voz de capitanes
Expertos y endurecidos,
  El valiente Matamoros:
Galeana esclarecido:
Bravo esforzado: Montaño:
Victoria, modelo vivo

De intrepidez y constancia:
Terán, joven favorito
De las ciencias: Sesma y otros
Cuyos nombres esculpidos
En la historia, pasarán
Hasta los remotos siglos,
Como de ilustres patriotas
Y denodados caudillos.

Atravesando los valles
Las tropas y el tren lucido,
Jardín ambulante fingen
Con ramos de acero limpio:
Con azucenas de pluma,
De púrpura y oro lirios,
En calles de humanos troncos
Con simetría suspendidos;
Donde concertados sones
Forman metálicos trinos,
Que al combate convidando
Convidan al regocijo.
Si del valle á las gargantas
Al través de precipicios,
Por entre escarpadas rocas,
O por anchurosos ríos,
Desfila rápida ó lenta
En mil lugares distintos
Aquella selva animada
Trazando líneas y giros,
Un agigantado boa
Se creyera ver al vivo,
Deslizarse cauteloso
Por buena presa atraído.

La marcha larga y penosa,
En el desierto camino,
Los soles abrasadores,
Las inclemencias del frío..

De conducir los cañones
Y el bagaje, el infinito
Trabajo, en el aspereza
Arrastrados de contino,
Si los rostros y el acero
Dejaron ennegrecidos,
Si marchitaron las galas
Y bélicos atavíos,
Y por el hambre los cuerpos
Quedaron enflaquecidos;
De aquella legión gloriosa
Subió más grados el brío.

Ya en las cumbres de San Juan
Del Rey, al fin reunido
Está el ejército. Absorto
Vé á sus pies el peregrino
Valle de Antequera, entonces
Sembrado de pueblos ricos
Por sus cosechas de grana,
Que la púrpura de Tiro
Supera, y rival no tiene.
Ambicioso el mundo antiguo
Como el oro demandaba
Un fruto tan exquisito;
Pero es Oajaca una joya
De estima y precio subido:
Y en su defensa el virrey
Allí mantuvo y previno
De soldados y cañones
Un número bien crecido.
Está de hierro erizada,
Y sus guardas requeridos.
El ejército acampaba
En los llanos extendidos
De Viguéra, y entre tanto
De su llegada el aviso
Reciben en la ciudad
Los realistas sorprendidos;

Pero en su poder fiando
Y con un grueso escogido
De tropas, salió Regules,
Y á observar al campo vino:
Mas el coronel Montaño,
A su encuentro apercibido,
Con sus formidables lanzas
Tanto destrozo le hizo.
Que derrotado, deshecho,
A la ciudad pavorido
Huye en pos de sus trincheras
Y á buscar en los auxilios
De sus hombres y resguardos,
Defensa y seguro asilo.
Dado del suceso parte.
Y después de haberlo oído
Morelos, manda que formen
Los cuerpos. En su destino
Los jefes y capitanes.
Un redobie repetido
Por tres veces, de la orden
Del día, es el toque preciso.
El general la ha dictado
Con singular laconismo.
Con seguridad pasmosa.
Con acento decisivo:
"A acuartelarse á Oajaca. . . . .
Es sólo su contenido,
Que oye el ejército y alza
De ardor y júbilo el grito.

II.

LOS AMIGOS

Los enlaces inocentes
Que se forman en la infancia,
O no se destruyen nunca,
O dejan memorias gratas;

Y cuando corrido el tiempo
Con estrella buena ó mala,
Recobramos el amigo,
De nuestra edad más temprana,
Aquella amistad de niños
Sus privilegios reclama,
Y sin esfuerzos ni dudas
Los restituye y alcanza.
Mas á veces las pasiones
Que germinan en el alma,
Fructificando rencores
Todo vínculo quebrantan.
Ejemplo, Claudio y Enrique
De esta veleidad humana:
Que los unía la inocencia,
Y el interés los aparta;
Interés de una belleza
Que rivales obsequiaban:
De política intereses
Que la discordia separa.
Y los que un solo deseo
En la niñez respiraban.
Después el odio alimentan,
Respiran sólo venganza.

A Enrique por sus riquezas
Y por sus prendas bizarras,
Lo estiman los caballeros
Y lo encarecen las damas.
La hermosa Isabel reune
Con el ingenio las gracias,
Y sensible á los obsequios,
A las amantes instancias
De D. Enrique, modesta
Su ardiente cariño paga.
Claudio en el pecho de celos
Un volcán ó infierno guarda.
Como su rival no tiene
Riqueza, apostura y galas;

Pero posee otros recursos;
Es ingenioso, y con maña
Se ha ingerido en los consejos,
Y del jefe de la plaza
Auditor y confidente,
Es de sus planes el alma.

De Isabel rondaba Enrique
Como amante, las ventanas,
Al favor de las tinieblas
Y al abrigo de la capa,
Cuando ve á un hombre encubierto
Que de la esquina inmediata
A media voz le decía:
—"Caballero, una palabra."
Y con precaución lo sigue
A un extremo de la plaza.
El incógnito del rostro
El embozo separaba:
—"Yo soy Claudio, D. Enrique,
Le dice, no es cosa extraña
Que como rival ó amigo
Hace rato le aguardaba."
—"No lo extraño, le contesta;
Pero campo de batalla
Mejor, debiera escojerse
Para cruzar las espadas."
—"Esto prueba, le replica,
Y el venir aquí sin armas,
Que mi intención es distinta. . . .
¡Enrique, amigo! te engaña
(Prosigue Claudio diciendo)
Una contienda villana;
No soy tu rival, renuncio
De grado mis esperanzas
Y pretensiones, si logro
Recobrar tu confianza
Como amigo: si lo dudas,
Sirvan de prueba estas cartas

Que sin prudencia escribiste.
(Y unos papeles mostraba)
Dando secretos avisos
Del estado de la plaza.
Si el comandante las viera. . . .
A fe que fuera muy mala
Tu suerte; pero he logrado
Del proceso segregarlas . . . .
El hecho me hace culpable;
Mas la amistad me forzaba;
Te quise salvar, Enrique. . . . .
Y hay en su acento y miradas
De verdad una expresión
Tan patente y es tan clara
Su noble acción, que una injuria
Enrique se haría en dudarla.
Le echa los brazos al cuello,
Su voz la ternura embarga,
Lo estrecha, y los dos amigos
Por un breve rato callan;
Siguieron después las bodas
De D. Enrique: su casa
Don Claudio con mutuo agrado
Desde entonces frecuentaba.

Lívida la tez de pena,
Las manos enclavijadas,
Hiriendo el pecho divino
Del dolor la dura daga,
Afligido el bello rostro
Que un cerco de luces baña:
Negro el manto que se pliega
Sobre la túnica blanca;
En su soledad la Virgen,
Por diestro pincel trazada,
Ofrece un antiguo cuadro
Suspendido en una estancia,
Y cerca de él dos bujías
De cera, ardiendo. Postrada

Ante la imágen, se mira,
Una mujer de tan alta
  Beldad y de hechizo tanto,
Como de aflicción tan rara,
Que al emblema de lo hermoso
El del pesar igualaba,
  Y más pareciera al verla
En la angustia, y á la escasa
Claridad de las antorchas
Que oscilan, y sombras varias
  De los muebles y las telas
Difunden, mezclan y cambian,
Ser aquel cuadro un espejo
Que á la aflijida retrata.
  O bien que dejando el lienzo
Oscuro, la imágen sacra,
Cobra acción, desciende al suelo
Y nuevo llanto derrama.

Este duelo, este conflicto
De Isabel, se originaba
De una breve conferencia
Que había tenido en la sala.
  Don Claudio, según costumbre,
Vino aquel día á visitarla;
Pero inquieto, el embarazo
En su rostro se pintaba.
  Isabel sin observarlo
Por su esposo le demanda;
Si hay noticias le interroga.
—Sí, señora, pero malas,
  Le contesta: el enemigo
A la ciudad amenaza.
—"Yo pregunto por Enrique
Y el estado de la causa."
  —"Está concluida y resuelto
Que en esta propia mañana...
—"Hable vd., D. Claudio, diga
Qué suerte á mi esposo aguarda.—

—"El comandante, señora,
Un escarmiento prepara
A los rebeldes, y ordena
Que si Morelos ataca,
A los presos sin demora
Se les pase por las armas:
Concedié sólo dos horas
Para esto, ó la retirada.—
—Pero Enrique....!—En el proceso
Se complica, y unas cartas...—
—Mas vd. de su inocencia
No ha mucho me aseguraba.—
—Es cierto, ¿cómo pudiera
Isabel, desconsolarla?
Un solo arbitrio se encuentra;
Resta solo una esperanza:
"Consintiendo vd.—A todo;
Huiré con él.—Menos basta:
Si de mi amor, Isabel,
El fuego antiguo templara
Un solo favor, en gozo
Se trocaría la desgracia.
Enrique al punto evadido
Con mi auxilio, y rechazada
La invasión, luego un indulto
Fácilmente se le alcanza.
Si la ciudad, al contrario,
Vencedor Morelos gana,
Con el influjo de Enrique
Mi perdón seguro se halla.
El feliz, yo venturoso,
Y vd. á los dos nos salva.
—Malvado, dice Isabel,
He comprendido esa trama
Del infierno; delator,
Espía y verdugo, restaba
Esta injuria: Te abomino,
Y si he de pedirte gracia

Será que á tantas maldades
No el villano insulto añadas."
Y torciéndose los brazos
Convulsiva, "¡Virgen Santa
De la Soledad! tu amparo
Dame," con fervor exclama.
Vuelve después á D. Claudio
Una severa mirada
Que lo reprende, lo asusta,
Y los colores le saca.
—"Antes, le dice la muerte;
Antes la viudez aciaga.
¡Hombre perverso! tu vista
Más que la pena, me cansa."
—Bien, señora: recobrando
Su disimulo y su audacia,
Saldré, D. Claudio contesta,
Y á efectuarlo se prepara.
Con ironía la saluda:
Al relox la vista clava,
Lo consulta, y sonriendo
Con cierta expresión amarga,
—"Sólo dos horas... murmura,
Es corto plazo: mañana
O serás viuda paloma,
O está el milano en la jaula.'
Y calándose el sombrero,
Arrebozado en la capa,
Toma la puerta y al punto
Hasta la calle se planta.

Esta singular escena
Dentro la ciudad pasaba,
Mientras las huestes patriotas
Al ataque se preparan.
Ya los cañones Terán
Ha colocado á vanguardia;
Al fuerte contrario asesta
Ruinas y muertes causa.

Los cazadores que Sesma,
Jóven valiente comanda,
La altura de San Lorenzo
A la bayoneta ganan.

Los dragones de Montaño
Arden por teñir sus lanzas;
Pero el fuerte que por nombre
"De la Soledad," llevaba,

Dominando el campo vierte
Tanta copia de metralla,
Que largos surcos abriendo
En las filas destinadas

Al asalto, las detiene,
Las rompe, y ya vacilaban,
A pesar que en exhortarlas
Sus capitanes se afanan.

Porque inaccesible al muro
Un ancho foso guardaba
Con su elevadizo puente.
Que le da mucha ventaja.

Y porque al fin hombres eran
Los que resistiendo estaban,
Y no de acero, ni tienen
Más que el pecho por muralla.

El rumor de la desecha
Ya en el campo circulaba
Siniestro; pero un caudillo
Lleno de vergüenza y rabia

Detiene á los fugitivos,
Se pone al frente y les habla:
—"Ha del valor, compañeros!
Adelante, camaradas."

Y dando él mismo el ejemplo
Ligero al foso se avanza,
Al través de espesa niebla,
De humo y granizo de balas.

Allí al impulso tan solo
del ardor que lo acompaña,

La acción mayor ejecuta,
Que en fabulosa rayara.
A no declarar testigos
En gran número, esta hazaña,
Que de "Victoria" el renombre
Por ella le dió la fama.
"Cobardes," á los contrarios
Con voz de trueno gritaba,
"Allá voy; para batiros
No he menester de las armas."
Y siguiendo el movimiento
más-veloz que la palabra,
A la otra orilla el acero
Arroja y se tira al agua.
Lo imita al punto la tropa;
El enemigo se pasma:
Huye con pavor. El puente
Rápido y crugiendo baja

En un tostado alazán,
Crin espesa y prolongada,
Cuello altivo, corta oreja,
Breve la cabeza y alta,
Ojo ardiente, fuerte el pecho,
Vientre leve, llena el anca,
Estrecho y sonoro casco,
Canilla enjuta y delgada,
Con fuego el aliento arroja,
El freno con fuerza tasca,
Copos de espuma esparciendo
Que el cuerpo y arneses baña.
Matamoros, el invicto
(Segundo en jefe) cabalga,
Recorre veloz el campo:
Ligero en las filas pasa.
Todo lo ve, lo dirige,
Aquí amonesta, allí alaba:
Y donde el mayor riesgo,
Allá el primero se halla.

Mientras que el grande Morelos
Ordenes dictando claras,
Con un sosiego que hiela,
Con una frialdad que espanta,
  Tranquilamente un "tabaco,"
Como de habitud "fumaba;"
Y si el enemigo bronce
De su lado le arrebata
  Un edecan, que de sangre
Su propio vestido mancha,
Al rumbo do sale el tiro
Con desdén los ojos alza.

  En todas partes la lucha
Está con ardor trabada:
En todas el plomo silba,
Las voces en todas claman.
  Suena el clarín, suena el parche,
Las bayonetas y lanzas
Se cruzan, y el bronce ardiendo
Entre relámpagos brama.
  Pero corre el tiempo. Un ruido
Sordo y confuso se alcanza
A escuchar: también de lejos
Se vé una nube inflamada.
  Señal que sigue el combate
Y que en la ciudad batalla
Disputando, el enemigo,
El terreno en retirada.

  Ante la imagen divina
Isabel arrodillada,
Vertiendo llanto copioso,
Eleva ardiente plegaria.
  Lo que D. Claudio le dijo
Con más atención repasa,
Y de su Enrique el suplicio
De los ojos no se aparta.

Las cárceles y conventos
Muchos presos encerraban,
Y está de muerte contra ellos
La sentencia pronunciada.
Ella lo sabe y ha oído
Voces, rumores de armas,
El tropel de los caballos,
El toque de generala.
Oye también dar la hora;
De improviso una descarga...
Y otra más... "¡Virgen piadosa,
Dice, tu favor le valga."
Y alzando juntas las manos
A la Imágen Soberana,
Inclina después el rostro,
Y se queda como estatua.

—"¡Isabel!" fuerte una voz
Oye de cerca nombrarla,
Y súbita á la afligida
La ciñe una sombra humana
Más que un hombre. Su cabello
Luengo y en desórden vaga:
Enjuto, amarillo el rostro,
Crecida al pecho la barba.
Y destrozadas las ropas,
Como el que en prisión muy larga
Ha vivido, y de improviso
Los calabozos quebranta.
Lo ve Isabel, se estremece:
Con fuerza pugna: se arranca,
Huye, corre, se imagina
Que la sigue una fantasma.
—"Yo soy, Isabel, tu esposo,
Yo soy Enrique." La llama:
Ella lo oye y reconoce,
Vuela, y amante lo abraza.

Quedó cumplida la "órden
De acuartelarse en Oajaca;"
Sus defensores rendidos
Se humillan, y obtienen gracia.
Los calabozos se abrieron,
Entre vivas y alabanzas;
El obispo y sus guerreros
Repicaron las campanas.

Jalapa, Agosto 16 de 1844.

JOSE DE JESUS DIAZ.

LA BATALLA DE ACULCO

A la orilla del camino
Que llaman de Tierradentro,
Que va entre inmensas llanuras
Cercadas á largos trechos
Por. elevadas montañas
Y por empinados cerros.
En una hermosa hondonada.
De Arroyozarco no lejos,
San Gerónimo de Aculco
Asoma el humilde aspecto.
Es una verde llanura
Con unos pelados cerros.
Y es un conjunto de chozas
Que quiso llamarse pueblo
Que el hábito no hace al monje,
Ni sirve para mi cuento.
En la llanura, Calleja
De Hidalgo se halla en acecho.
Porque así el Virrey lo manda,
Y la orden tuvo en Querétaro.
Hidalgo, desde las Cruces
Se retiró satisfecho
En medio, no ya de tropas,
Sí de tumultuoso pueblo
Que celebrando victorias.
Mas sin rumbo ni concierto

Coronaba las alturas
Desordenado y contento;
Pero gérmenes de muerte
Desarrollando en su seno
Están entre los caudillos
Las serpientes de los celos.
De lo que Hidalgo concierta.
Allende reclama el premio:
Uno detesta á los Reyes
Y el otro al Rey es afecto,
Mas la causa de las causas
Está en la tiniebla envuelto;
Aún tiene la historia sombras
Que no disipa el misterio...
Y mucho hago levantando
Sólo la punta del velo.
Que trastorna conjeturas
Y que confunde sucesos.
Cuando Calleja acomete
Se tornan tumulto inmenso
El vasto campo de Hidalgo,
Sus trenes y sus guerreros,
Y se usurpa la sorpresa
Los lauros del vencimiento.
Derrámanse en la llanura.
Grupos de extraviado pueblo,
Como la tromba marina
Brota de la mar, barriendo
Las atropelladas òlas
Que le salen al encuentro.
Carruajes, trenes, tesoros,
Pertrechos de guerra inmensos
Intrépido salva Allende
Retirándose en concierto.
En las masas infelices
Ceba Calleja el despecho,
E inmola su alma de hiena
A rendidos prisioneros.
Hidalgo se encuentra aislado,

Y sigüe firme y resuelto
A Valladolid su marcha,
Donde pronto le hallaremos.
Allende, con lo que salva
De sus bravos compañeros
A Guanajuato se lanza
En rápido movimiento.
Calleja al Virrey escribe,
Vano, orgulloso, contento:
"La insurrección es vencida;
"Ya la insurrección ha muerto;"
Y así afirman los serviles
Entre entusiastas festejos.
Así, cuando se percibe
De pronto un claro de cielo,
Y los relámpagos cruzan
En nubarrones dispersos,
No se mira que otras nubes
Que retumban á lo lejos
Como flotando esparcidas
Empujadas por los vientos,
Harán más recio el estrago
Si invaden de nuevo el cielo,
Estremeciendo la tierra
Con su retronar violento...

En pos de Allende, Calleja,
Dejando á Hidalgo, va presto,
Y renueva Guanajuato,
En el formidable encuentro,
Del horror de Granaditas
Los sucesos estupendos;
Pero esta vez la fortuna
Condenó á martirio al pueblo.

GUILLERMO PRIETO.

LA PRISION DEL HEROE

El viajero que visite
la capital de Chihuahua,
podrá ver tras el palacio
de los Poderes, la estancia
que fué la prisión del héroe
libertador de la patria.
Allí, de una torrecilla
antiquísima y truncada,
se alzan los muros que fueron
opresores de aquella alma,
que trató de desligarnos
de la corona de España.
Una tarde, cual solía
recorrer calles y plazas,
al enfrentar á esa torre,
llamó mi atención la placa
que en inscripción clara indica
de nuestra historia esa página;
y al punto, en aquel recinto
penetré, como quien trata
de investigar algo nuevo
para conmover el alma.
Tras una escalera estrecha
que en espiral se levanta
entre vagas claridades,
llegué por fin á la estancia
que mide unos cuantos metros,
por negros muros cerrada.
Una exigua ventanilla

permite ver á distancia,
las colinas que limitan
de aquel valle la explanada.
Era la hora del crepúsculo:
hora en que la luz se escapa
lentamente, cual si huyera
de la oscuridad que avanza;
y en aquella hora, de pie
frente á la estrecha ventana
quedéme absorto, abismado,
sin saber lo que pensaba;
que en confusión discurría
sobre aquella cruel etapa
de nuestra historia de luchas
que tan honda huella marcan.
Pensé que en el mismo sitio
que del momento ocupaba,
el buen Cura de Dolores
deleitaría su alma,
contemplando ese horizonte
que á mi vista se espaciaba,
anhelando su albedrío,
la libertad tan preciada.
Y así pasé, no sé cuánto
tiempo frente á la ventana;
mas al cabo densa sombra
esfumó aquel panorama,
que aún lo contempla mi mente
cuando el recuerdo le asalta.
Descendí aquellos peldaños
meditando que mi planta
hollando, tal vez, iría
los mismos sitios que hollara
el pie del heroico anciano
cuando al suplicio marchaba,
y sentí de honda tristeza
los estragos en el alma.

Rafael del Castillo.

Monterrey Abril 27 de 1910.

EL NIÑO ARTILLERO

Es segundo mes del año;
Diez y nueve soles cuenta:
Sobre las calles de Cuautla
Flotan soberbias banderas
Do se lée: "¡Que muera España!
¡Que viva la Independencia!"
En trueno, en llamas, en bronce,
Sobre el pueblo se descuelga,
Como aguacero de rayos,
La cólera de Calleja
Que, seguro de su triunfo,
Ruge, cual ruge la fiera,
Al empaparse de sangre
Cuando destroza su presa.
Sobre los aires se cruzan
Con el plomo las blasfemias,
Y con la sangre que corre
Pierde su color la tierra.
Escenas de horror y espanto
En los aires se renuevan,
Y en las alturas la llama
Con furia voraz ondea.
Los heridos moribundos
Con ayes los vientos pueblan,
Y aullan de rabia mujeres
Que las calles atraviesan

Conduciendo agua y socorros
A los que ardientes pelean.
Los niños abandonados,
Unos lloran, y otros juegan
Entre montones de muertos
Y entre despojos de guerra.
Al costado de San Diego,
De Galeana fortaleza,
Viendo al Norte, y extendiendo
Al ocaso la siniestra,
Se elevaba un fuerte muro
Con honores de trinchera,
En donde se empeñó tanto,
Tan temerario Calleja,
Donde las crueldades fueron
Tan terribles y sangrientas,
Que cediendo á rudo empuje
Quedó un momento desierta
En medio del fuerte choque
De tigres y de panteras.
Estaban los artilleros
Muertos junto de las piezas,
Los cañones silenciosos,
Ardiendo la "cuerda-mecha."
El enemigo furioso
Descubierto un flanco observa,
Y alucinado de gozo,
Viendo la victoria cierta,
Con oficiales resueltos
Y con impávidas fuerzas
El asalto preparando,
Se dirige á la trinchera;
Pero detrás de aquél muro
Y sin que nadie lo advierta.
Quedaba un niño del pueblo,
Audaz, vivo, que se emplea
En ir sembrando donaires
Donde arde más la pelea;
Ojo negro, tez oscura,

Largo el cuello, carnes recias,
Risueño al par que valiente,
Y que á nadie se sujeta.
Este mira á los realistas,
Que decididos se acercan:
Ya reconocen, ya avanzan,
Ya preparan y ya llegan;
Y cuando tocan el muro,
Al asaltar con fiereza,
El niño al cañón aplica
Resuelto la cuerda-mecha,
Y torrente de metralla
La fuerza invasora asuela.
"¡Que viva el Cura Morelos!"
Grita el chico, la cabeza
Levantando con orgullo
En la triunfante trinchera.
Acuden los de Galeana:
Es victoria la sorpresa,
Y en los fuertes de patriotas,
Tocan diana las trompetas.
"¿Quién es?—preguntó la fama,
"El niño de tal proeza?"
Y contestaba orgullosa
La Historia imperecedera:
"Ese es Narciso Mendoza,
"Que no abandona la escuela,
"Que los catorce no cumple
"Y entre el fuego se pasea.
"Con vítores le saludan
"Los chicuelos que le cercan,
"Y recordando su hazaña,
"Se llama la calle entera
"Calle del "Niño Artillero,"
"Como lo dicen sus letras."

GUILLERMO PRIETO.

LA MUERTE DE HEVIA

(Mayo de 1821.)

¡Oh Villa de los "Treinta Caballeros,"
Coronada la frente de palmeras,
En suaves lomas de verdor perenne
Del caserío la blancura ostentas!

Y dando protección al caserío,
Los muros venerables de la Iglesia
Que á los cielos dirigen una torre
A la vez campanario y fortaleza.

Así del Sur sobre las flavas lomas
Las arrogantes huestes la contemplan,
De los Virreyes las floridas huestes
Que manda el Coronel Fransisco Hevia.

Las casas de comercio de la Villa,
El aire asordan con cerrar de puertas,
Y las gentes humildes, sus moradas
También de golpe y santiguando cierran.

En los peldaños de las "Casas Reales"
Ya los vecinos á pelear se aprestan
El arma al brazo y con el pulso firme,
Así la Villa al enemigo espera.

En tanto por las calles escondidas
Del Sur, avanza don Francisco de Hevia;
San Sebastián recibe á los dragones
Y cuartel general es la Plazuela.

Quince de Mayo, en el azul del cielo
Hizo el sol la mitad de su carrera.
Dos dragones están en el Cabildo
Y terso nema de su campo dejan.

Como el Cabildo en proceder honroso
No quiere de la plaza hacer entrega,
Sitúan los realistas los cañones
Y el fuego rompen y el combate empieza.

De las casas contiguas en los muros
A golpes de cañón abren las brechas,
Se lanzan á los patios con denuedo
Y á los patriotas en su sitio encuentran.

Entre voces, disparos y lamentos,
Imprecaciones y rodar de piezas
Y crujir de techumbres y alaridos
Y vivas á la santa Independencia,

Rechazan á los bravos escuadrones
Los cordobeses y reparan brechas
A la voz de Durán y Guarda-el muro,
Calatayud, la Llave y los Herrera.

Tras un ocaso de fulgentes oros,
La noche tropical fragante llega;
Al tronco de los árboles prendida,
De la cigarra su canción postrera.

Canción de paz en medio del combate,
Canción de vida de la muerte vuela,
Recortando lo negro de la noche
Las fogatas denuncian las trincheras.

Despunta el nuevo sol y los hispanos
Arrojan mañtas de candente brea
Y pronto las perdidas posiciones
En siniestro relámpago flamean;

Mas los vecinos que carentes de armas
No pudieron volar á la defensa,
Socorren á las víctimas y apagan
La que parece inextinguible hoguera.

Avanza el nuevo sol y los cañones
Ibéricos prosiguen la contienda
Y sañudos enfilan la Botica
En la que vive don Joaquín de Herrera.

Y por eso un obús á la Botica,
Con precisión apunta el mismo Hevia,
Cuando una bala de fusil certero
Le hiere el cráneo por la sien derecha.

Y cae aquel valiente de valientes
Al pie de su cañón y su trinchera,
Y España pierde al último soldado
Que su mundo eslabona con América.

Redoblan el ataque los hispanos
Con la temeridad de la impotencia
Y cinco días repiten los asaltos,
Y cinco días los rechaza Herrera.

Y Félix Luna, el bravo guerrillero,
hasta los puestos españoles llega,
En sus alardes de pujante arrojo,
A terminar obliga la contienda.

Corridas y en desorden van las tropas
Que mandó el coronel Francisco Hevia.
En la plaza las dianas militares,
Los disparos, los cohetes y la fiesta

Aturden de contento los espacios
Y á los héroes y á México celebran.
Los huecos de las balas en los muros
Y del incendio las terribles huellas,

Dominando del tiempo los estragos,
El patriotismo y el valor atestan.
¡Oh, Villa de los «Treinta Caballeros,»
Tu sacrificio dicen las palmeras
Y tu gloria pregonan los laureles
Que tus campiñas aromadas pueblan!

RAMON MENA.

México, 1910.

LEONA VICARIO

I

Suele en pavorosa noche
Soplar repentino el viento,
Y rompiendo de las nubes,
Retronando, el negro velo,
Dejar absorta la vista
Reverberantes luceros,
En una esfera infinita
De claridad y sosiego
Suele torrente impetuoso,
Al emprender rumbo sesgo,
Derramar olas hirvientes
En escabroso descenso
Que recorren, y dormidas
Retratan el limpio cielo.
Suele en el espeso bosque
De precipicios cubierto,
Al acaso abrirse un claro
De do percibe el viajero
Claras fuentes, dulce sombra,
Cabañas y refrigerio.
Así en medio á los horrores
Que narro, aparece un cuento,
Que comunica á la historia
Los hechizos del ensueño.

II

Era la joven Vicario,
Y era su nombre opulento,
Prodigio de entendimiento,
Y de virtud relicario.

Ardiente se enamoró
De un hombre que en nuestra historia
Es honor, y luz, y gloria;
Su nombre, Quintana Róo.

Quintana era cual conciencia
Del ejército insurgente,
Y era su pluma elocuente
Alma de la Independencia.

La joven, que al héroe amaba,
Entusiasta confundía
El amor que la encendía
Con la causa que abrazaba.

Y así, henchida de pasión,
Arrebatada, vehemente,
Se hizo brazo y confidente
De don Ignacio Rayón.

Es delatada, se oculta.
La aprehenden, y en el momento,
De Belem en el convento
Sin piedad se la sepulta.

Feliz de sufrir, contenta,
A Virrey dijo verdades,
Y censuró sus crueldades
Con amargura sangrienta.

Iracundo está el poder,
Y redobla su violencia

Verse puesto en evidencia
Por una débil mujer.

III

Era la noche; tres bultos,
Salen de la sombra incierta,
Y del convento la puerta
Fuerzan, penetrando ocultos.

En un alazán ardiente,
Por la noche protegida,
Es la joven conducida
A poder de su insurgente.

Donde delante de Dios
Y frente al divino altar,
Se juraron siempre amar,
Sirviendo al pueblo los dos.

Y la historia en la ciudad
Fué mirada, con razón,
De los tiranos baldón,
Y honra de la libertad.

GUILLERMO PRIETO.

ITURBIDE EN IGUALA

(24 de Febrero de 1821.)

I

Ya viene la Primavera
y los campos engalana,
matizando de verdores,
los valles y las montañas.
Azul y hermoso está el cielo;
fresca la tierra y lozana,
y radióso el Sol Levante
que de luz al mundo baña.
México, la ninfa bella,
joya del indiano Anáhuac,
á que sus conquistadores
le llamaron NUEVA ESPANA
la que tres siglos viviera
bajo la tutela y guarda
de la que fué por sus hechos
de nosotros MADRE PATRIA·
la que en Dolores, un día,
próxima á rayar el alba,
oyó de un anciano Cura
la voz poderosa y franca,
lanzar á la faz del mundo
de la Libertad sagrada,

grito generoso y noble
que repercutió en España;
la que luchó desde entonces
para verse emancipada,
y en once años de combates,
de sangre y de represalias.
no logró ceñir su frente
con la corona preciada
del triunfo, que tantas vidas
sacrificó á su esperanza.....

Hoy, del Sur en las regiones;
en un valle de esmeralda,
que ciñen verdes colinas
y gigantescas montañas;
entre flores tropicales
que la bóveda azulada,
como dosel espacioso
cubre y embellece..... ¡IGUALA!
ciudad de la ardiente zona,
que el tamarindo embalsama.
y los almendros frondosos
con profusión engalanan.

De júbilo estremecida,
y de amor alborozada,
despierta al eco sonoro
de mil voces que proclaman
en medio de la sorpresa
á que el entusiasmo iguala;
¡un plan que secreto estuvo
en la mente y en el alma
de su autor; hasta ese día,
hasta esa hermosa mañana,
en que al bélico sonido
de músicas y campanas,
al estruendo poderoso
del cañón y de las armas;
á la voz del patriotismo
que á todos convoca y llama;
fijo aparece doquiera
en las calles y en las plazas

impreso en letras de molde,
ese plan, ardiente llama
de colosal pensamiento,
que hizo estremecer de júbilo
á la tierra mexicana,
y se llamó desde entonces,
el salvador ¡PLAN DE IGUALA...!
Obra del gran Iturbide,
caudillo de justa fama,
que político y guerrero,
valiente y de noble alma,
ideó para darle vida
independiente á la PATRIA.
No campean en lo escrito,
palabras de odio y venganza,
ni se respira leyéndolas
revolución sanguinaria,
sino perdones y olvido
de las contiendas pasadas;
de la Religión de Cristo,
la incolumidad sagrada,
unión fraternal y noble
de personas y de razas,
y la justa independencia
de la que fué MADRE PATRIA.
¡TRES HERMOSAS GARANTIAS!
Tres cariñosas hermanas,
que han formado desde entonces
de la nación mexicana,
la dicha, el orgullo, el santo
patriotismo que proclaman,
esos hermosos colores
de nuestra bandera patria,
el símbolo más preciado,
que Iturbide nos legara.

II

Era el día dos de Marzo.
Todo en Iguala se apresta,

para jurar aquel día
el plan de la Independencia.
En la trigarante hueste,
por todas partes se observa
ese júbilo ardoroso
con que las grandes ideas
incendian los corazones,
y de ventura nos llenan.
El pueblo está alborozado;
la muchedumbre se acerca
á la plaza en que el ejército
custodia por vez primera,
el lábaro independiente,
que en tres colores demuestra
lo que puede y lo que vale
el genio, cuando lo elevan;
HONOR, JUSTICIA Y DEBERES,
norma de grandes empresas.
En medio á la extensa plaza,
se mira arrogante y bella,
flotar de la brisa al vuelo
la trigarante BANDERA.
Su color blanco pregona,
de RELIGION la pureza;
el rojo, LA UNION ansiada:
el verde LA INDEPENDENCIA.
El ejército orgulloso
de tener aquella prenda,
de sus anhelos el alma,
de su porvenir la enseña;
aguarda el momento augusto
de jurarle á su bandera,
ante la imagen de Cristo
colocada en una mesa,
que el independiente lábaro
con arrogancia sombrea;
¡Fidelidad que no vencen
los horrores de la guerra,
de la traición los halagos,
ni los hierros de la fuerza!

¡Fidelidad á que el hombre
la vida abnegado entrega,
porque en Dios siempre confía
y en Dios halla recompensa!
¡Llega el instante supremo!
Iturbide á la cabeza
de su guerrera falange,
en la plaza se presenta,
para ver el juramento
del Plan de Iguala y bandera,
que acabaron para siempre
de sellar la Independencia;
y él mismo jurar primero,
sacrificarse á su empresa.
El capellán del ejército,
está al pie de la bandera,
que el batallón de Celaya
escolta de honor le presta.
La dulce imagen de Cristo
en la Cruz, sobre la mesa,
solemnidad y respeto
dan á la grandiosa escena.
El Evangelio del día,
con voz pausada y serena,
Lee el Capellán y luego,
deja la página abierta
del Santo Libro, y espera.
DON AGUSTIN DE ITURBIDE,
apuesto y noble se acerca;
sobre el Evangelio pone
con fe, la mano siniestra,
y en el puño de la espada,
con patrio ardor la derecha.
En esa actitud pronuncia
en alta voz, que resuena
en todos los corazones,
como una música excelsa,
el juramento pedido
por el Capellán. Y apenas
termina diciendo: juro

para siempre, la defensa
de LA RELIGION CATOLICA,
LA UNION preciada y estrecha,
de españoles y de criollos,
y absoluta INDEPENDENCIA
de la esclarecida Madre
que vida y amor nos diera;
cuando por todos los ámbitos
de aquel recinto se eleva,
unánime, ardiente grito;
voz inexplicable, inmensa,
potente como el acento
de poderosa marea;
¡elevándose hasta el cielo,
llena de esperanzas bellas,
y de su altura bajando
en bendiciones excelsas,
que repetían vibrantes
como notas gigantescas;
un ¡VIVA DIOS Y *LA PATRIA;*
ITURBIDE Y SU *BANDERA,*
que con las tres garantías,
nos dieron libre existencia.....
En pos de Iturbide fueron,
toda la hueste guerrera;
con sus jefes y oficiales,
jurando de igual manera,
dar su vida por la causa
de Dios y la Independencia.
¡Oh patriótico ardimiento!
¡Oh sacrosantas creencias
de nuestros padres! ¡Oh nobles
ideales de otros tiempos
de fe y de amor, cuya herencia
á través de una centuria,
nuestra nacional bandera
guarda, como el hijo amante
de sus mayores la prenda
que le defiende y escuda
bajo la heredad paterna.....!

III

Terminado el juramento,
en la Parroquial Iglesia,
rinde al Todopoderoso
el autor de aquella empresa,
rodeado de su ejército,
pueblo y militar grandeza,
Los homenajes debidos
á la Sabia Providencia
que recibe en las alturas
las oraciones que elevan,
los que en su Poder confían;
los que le aman y respetan.
Transcurrieron siete meses.
Ha dado fin á su empresa
Don Agustín de Iturbide;
sin que la sangre corriera,
sin que horrores y desgracias
como en la pasada guerra,
de llanto y dolor llenaran
á la mexicana tierra.
Sobre el altivo palacio
en que flotó la bandera
de los hispanos virreyes;
nuestra tricolor enseña,
que en Iguala fuera el lazo
de fraternidad estrecha;
como símbolo de gloria,
de gloria imperecedera,
para bien de nuestra patria,
en señal de triunfo ondea,
desde el día venturoso;
desde la histórica fecha
veintisiete de Septiembre
de veintiuno, cual emblema,
de la protección del cielo
hacia la cristiana tierra,
donde la Virgen María
imprimió su planta excelsa.

Las pasiones, el olvido,
y la ingratitud proterva,
el cadalso de Padilla
años después dispusieran,
para pagar con un crimen
el bien de la Independencia
que debemos á Iturbide:
pero nunca su grandeza
borrarán de nuestra historia,
ni el tiempo, ni la conciencia

ANTONIO DE P. MORENO.

EL TIO BACHICHAS.

I

Entre una alfombra de flores
Al pie tendida de un cerro.
Se alza una ciudad alegre (*)
Sobre el desigual terreno.
Las brisas de sus campiñas
Mi débil cuna mecieron,
Y á la sombra de sus bosques
Pasé mis años primeros.....
Rumbo al Sur hay un camino
Al que forman verde techo
Las ramas del liquidámbar
Que aroma está despidiendo;
Y recorridas dos leguas
Un puente se encuentra al término.
Un riachuelo que murmura
Y unas torres á lo lejos.....
¡Cuántas veces he cruzado
Por esos sitios amenos
El ambiente de la vida
Aspirando á pulmón lleno!
Feliz yo si acaso logro
A cuantos crucen por ellos

(*) Jalapa.

Con este humilde romance
Fijarles algún recuerdo.

II

De este siglo en que vivimos
Allá en los años primeros,
En una pobre cabaña
De Coatepec en el pueblo,
Existió un humilde anciano
Que, como todos los viejos
Que en cortos lugares viven,
El "tío" llevaba antepuesto
A un apodo cuyo origen
Suele ocultarnos el tiempo.
Llamábanle el tío Bachichas,
Mas él sin cuidarse de ello,
Era con cuantos le hablaban
Tan afable como bueno,
Y cuando ya en el ocaso
Lanzaba el sol sus reflejos,
A la puerta de su choza
Se agrupaban los chicuelos,
Y él en cambio de sus risas,
De su algazara y contento,
Pues cómo el dulce calor
Son los niños para un viejo,
Les enseñaba afanoso
Las letras del alfabeto,
Historias les refería
Que les sirvieran de ejemplos,
Y al despedirse les daba.....
Bendiciones y consejos.

III

Cual suele en tranquilo estanque
Donde se retrata el cielo,
Tornar en revueltas ondas
De las aguas el espejo,

La repentina caída
De un voluminoso leño;
Así la apacible calma
De Coatepec en el pueblo
Cambió de pronto una nueva
En sobresalto y en miedo,
Y esa alarmante noticia
Que circuló en un momento,
Era la de que unas tropas
De las del real ejército,
Desde la bella Jalapa
A Coatepec irían presto;
Y era fama que esas tropas
Trataban á sangre y fuego
De apagar de la insurgencia
El inapagable incendio.
Todo era espanto y sollozos,
Todo, quejas y lamentos;
Mujeres, niños y ancianos
Llorando al monte se fueron,
En tanto que el patriotismo,
Siempre superando al miedo,
A los hombres decidía
A resistir como buenos.
Al frente de sus hogares
Se formaron todos ellos,
Si no esperando en el triunfo
Sí á morir antes resueltos,
Que á soportar humillados
Insultos y vituperios.
Así pasaron dos horas
En angustioso silencio;
Y luego á un terrible grito,
Sin querer, se estremecieron:
"Ahí están los gachupines,
Ahí están ya", les dijéron,
Los que avanzados estaban
Y regresaban corriendo.
Marchaban los españoles
Demostrando tal aspecto,

Que parecían más bien,
Para una fiesta dispuestos,
Y sin cesar avanzando
Y desdeñando hacer fuego,
Mientras que aún vacilaban
Los defensores suspensos,
Iban llegando arrogantes
A los límites del pueblo,
Cuando como tempestad
Que estalla en día sereno,
Brotó del fondo del bosque
De un cañonazo el estruendo,
Y vióse después tendido
De españoles un reguero;
De lo imprevisto el espanto
Apoderándose luego
Del orgulloso asaltante,
Cambióse el valor en miedo,
Y confusos los soldados,
Despavoridos huyeron,
Cual huye el niño que llega
A coger de gozo lleno
En el nido abandonado
Los huevecillos pequeños,
Y halla en el árbol un buho
Con ojos como de espectro.
Alentados con la fuga,
Los defensores del pueblo,
Sobre las revueltas filas
Como avalancha cayeron;
Y aprovechando el desorden
De aquel crítico momento,
Hasta más allá del puente
Al español persiguieron.

IV

Después, cuando á sus hogares
Todos triunfantes volvieron,
La causa de aquel prodigio

Indagaron desde luego,
Y encontraron todavia
A aquel inocente viejo
Que el tio Bachichas llamaban,
Acariciando contento
Un cañón que presuroso
Había por sí mismo hecho,
Ahuecando un tronco de árbol
Y forrándole de cuero,
Y que con pólvora y piedras
Después de cargarle diestro,
Desde el bosque disparó
En el instante supremo.....
Repicaron las campanas,
El cañón ornaron luego
Con las más vistosas flores,
Y por las calles del pueblo
Condujeron entre "vivas"
Al tronco humeante y al viejo
Roto aquél y ennegrecido
Se iba pedazos haciendo,
Y éste como siempre dando
Bendiciones y consejos....
Muy pronto los dos en polvo
Habrían de quedar deshechos.
Mas todo aquel que algo noble
Sienta latir en su pecho,
Si aquesta historia conoce
Y si visita aquel pueblo,
Sea de la patria que fuere
Recordará con respeto
'Aquel espanto, aquel triunfo,
Aquel cañón y aquel viejo.

EDUARDO E. ZARATE.

DON PEDRO MORENO

Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del "Sombrero,'
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los Lagueños,
Del rancho del Venadito
Escapa con bravo esfuerzo,
Después de dejar á Mena
Entre los verdugos preso.
¡Oh qué tremenda sorpresa!
¡Oh qué dolor! ¡oh qué duelo!
¡Qué bravura tan estéril
Y qué corazón tan negro
El que alentaba de Orrantia
Lo indigno y mal caballero!
Escapó medio desnudo,
Mas con su espada, don Pedro
Esperando en una cueva,
su criado traicionero,
Que le vendió al enemigo
En vez de darle consuelo.
Aguardaba sus caballos
El bravo insurgente inquieto,
Cuando oye tropel confuso
Que se le acerca violento;

Eran los hombres de Orrantia
Que como lobos hambrientos
Se lanzaban á su presa
De ardiente furor rugiendo.
Moreno, altivo, orgulloso
Les esperaba soberbio,
Y los primeros que llegan
Quedaron á sus pies muertos.
Entónces aquellas fieras
Ceban en él sus aceros,
Y él relucha y acomete
Y rompe el terrible cerco,
Y derribado combate
Hasta el postrimer aliento,
Dejando á sus enemigos
Baldón, infamia y desprecio
Al dejarles el despojo
De su cadáver sangriento.
Orrantia manda que corten
La cabeza del guerrero,
La claven en una pica,
Y á Lagos la lleven luego,
Donde en alto la miraba
Triste é iracundo el pueblo,
Predicando Independencia,
De heroísmo dando ejemplo,
En vez de servir horrible
De advertencia y escarmiento.

GUILLERMO PRIETO.

LA CORREGIDORA

I

Agotado el sufrimiento
por tantas iniquidades,
un grupo de hombres virtuosos,
de corazón, sin alardes,
sin pretensiones aviesas
ni ambiciones reprochables;
en patrio amor encendidos
desarrollaba sus planes,
que eran el darse una patria
libre, hermosa, unida y grande.
Don Miguel Hidalgo, el Cura
de Dolores, era el padre
de la idea redentora;
y la llevaba adelante
alentando á sus amigos
con esa palabra fácil,
vigorosa y convincente
que de los cerebros parte,
cuando se defienden causas
que de la justicia nacen,
y la verdad las apoya
y la virtud les dá realce.
Aldama, Allende, Abasolo,
tres gallardos capitanes

de Dragones de la Reina,
y que en San Miguel el Grande
se encuentran acantonados,
y son valientes y leales,
el capitán Joaquín Arias
que en Celaya está de avance,
y el teniente Lanzagorta,
platicador indomable,
valeroso, más prudente,
y discreto aunque parlante,
eran de los conjurados
con el presbítero Sánchez,
los dos hermanos Gutiérrez,
don Emeterio González,
Mariano Galván Rivera,
Villaseñor, Juan Cervantes,
el Corregidor Domínguez,
Juan Ochoa, y aun el alcaide
Ignacio Pérez, el héroe
de quien se sirvió no en balde
la noble doña Josefa,
para dar en breves frases,
el grito de alarma al Cura
y á los bravos capitanes.

II

Como la raza de Judas
viene á través de los siglos
perpetuando su abolengo
y ensanchando sus dominios;
entre aquellos luchadores,
hombres patriotas y dignos
que luchaban impacientes
sin medir los sacrificios,
por conquistar una patria
libre, grande y de prestigio;
no faltó un traidor avieso,
un Iscariote maldito,
que denunciara cobarde

los trabajos emprendidos,
y los nombres de las gentes
que tan glorioso camino
llenas de fé y de esperanza
buscaran sin egoísmo;
y que gustosas marchaban
al triunfo ó al sacrificio.
Mariano Galván, dos veces
de su puño y letra escrito,
mandó el infame denuncio,
que al pronto no fué creido,
dada la insignificancia
del traidor, mas fué preciso
darle asenso, á la insistencia
de la delación, y al mismo
tiempo, asegurar á todos
para esclarecer el dicho.
Sabiendo esto Juan Ochoa,
temeroso del castigo,
y pensando así salvarse,
fué y se delató á sí mismo,
y al capitán Joaquín Arias
le confesó su delito.
El Corregidor Domínguez
recibió expreso rescripto
de aprehender á los culpables
y atarlos con fuertes grillos.
Para cumplir el mandato,
pues es correcto y cumplido
sale en busca de la fuerza
que debe prestarle auxilio,
y al salir cierra la puerta
con llave, pues precavido
sospecha, que si la orden
la señora oyó, de fijo
tratará de entorpecerla,
llevada del patriotismo.

III

Luego que sale Domínguez,
la sagaz doña Josefa,
que se ha enterado de todo,
tras una mampara, atenta,
pega en la pared tres golpes,
convenida contraseña
con don Ignacio, el Alcaide,
quien sin oponer espera,
ocurre al toque de alarma
y halla cerrada la puerta;
pero al escuchar sus pasos,
con su mujeril cautela,
por el ojo de la chapa,
le habla así doña Josefa:
"Sin pérdida de momento,
vaya en rápida carrera
hasta San Miguel el Grande,
y diga á Allende que sea
hoy mismo el levantamiento,
ó la muerte les espera,
porque ha sido denunciada
la conspiración, y llegan
tal vez esta misma noche
las indispensables fuerzas
para aprehenderlos á todos,
y matar la santa idea,
junto con los que han tenido
el valor de proponerla."
"Váyase luego á Dolores,
que el señor Cura lo sepa;
que se levanten hoy mismo,
y que en seguida se vengan
á salvarnos, porque somos
aquí la segura prenda
que el Virrey tiene en la mano,
y en la que con saña fiera
ha de saciar su venganza
y el odio que nos profesa;

pero no importa la vida,
yo gustosa la ofreciera
si con ese sacrificio
comprara la Independencia."

IV

Como rayo, el buen alcaide
parte, ó como una saeta,
fustigando á su caballo,
que no corre, sino vuela;
en seis horas de camino
cruza una distancia inmensa,
y á los nobles capitanes
dá la terrible sorpresa,
haciéndoles el relato
que oyó de doña Josefa;
y que sirvió como sirve
fúlgida descarga eléctrica
para anunciar formidable
aquella hermosa tormenta,
que surgió del pueblo humilde
ante la palabra excelsa
del anciano venerable,
que sin la noticia aquélla
de la mujer más insigne
que la Historia nos presenta,
en la garganta del Cura
ahogada quedado hubiera;
y aquel GRITO que en Dolores
fué la luminosa tea
de la cruzada sublime
que nos legó Independencia,
no hubiera escuchado el mundo,
y por eso se venera
el nombre de esa matrona,
la "Insigne Doña Josefa."

RAFAEL NAJERA.

La Campana de Dolores

LA CAMPANA DE DOLORES

I

El campanario invisible
De la fantástica iglesia
Que en el seno de la sombra
Oculta su mole negra,
Lanzó á vuelo su campana
Madrugadora y parlera,
Haciendo vibrar los ecos
Atónitos de la aldea.
Aun cintilaban arriba
Como joyas las estrellas,
Y también la "vía láctea"
Que es incienso de la esfera.
Aun no surgía en el éter
El alba de luces trémulas,
Y el gallo apenas había
Gritado su ronco alerta.....
Pero vibró de improviso
En la atmósfera serena,
El clamor de la campana
Y el pueblo al punto despierta.
Los vecinos de Dolores
Que al dulce sueño se entregan,
Al oir aquel clamor,
Peligros temen y crean.

Mas también el bronce amigo
Les habla tan dulce lengua,
Que su corazón con él
Late á compás y voltea.
Era el que al nacer, al niño
Daba alegre enhorabuena,
Y el que al morir, por el hombre
Alzaba plegaria austera;
El que la tromba ahuyentaba
Al rebramar la tormenta,
El que el "Angelus" unía
De la tarde á la tristeza;
El que á la vida del pueblo
Daba dirección y regla,
Marcando todos sus pasos
Desde la cuna á la huesa....
Cuando voz amiga llama,
El alma tras ella vuela:
Por eso al tañido santo
Responde toda la aldea.
Así al rebaño disperso
La esquila agreste congrega,
Así argentino repique
Vuelve al panal las abejas,
Y allá van los campesinos
Presurosos á la iglesia,
Diciendo al correr, al bronce:
"¡Vamos, ya vamos, espera!"

II

A la nave casi obscura
Del curato de la aldea.
Silenciosa muchedumbre
Sin cesar acude y llega;
Y ocupa el vasto recinto,
A los rincones penetra,
Y sube hasta el presbiterio
Como ascendente marea:

No hay otra luz en la sombra
Más que la de santas velas
Que sobre el altar mayor
Ardiendo chisporrotean.
Lo temprano de la hora,
La santidad de la iglesia,
Lo desusado del caso
Y la obscuridad intensa,
Dan un tinte misterioso
A tan insólita escena,
Diluyendo en el ambiente
Espectaciones secretas.
Al fin aparece el cura,
Después de no larga espera,
Ostentando las insignias
Que siempre que oficia, lleva.
Es un viejo no muy viejo,
De faz varonil y abierta,
Y cráneo desnudo, en parte
Cubierto de albas guedejas;
De frente espaciosa y blanca,
Cuna de altivas ideas,
A la cual sublime ensueño
Forma brillante diadema;
De ojos dulces y tranquilos
Cual agua limpia y serena,
Que lejanos horizontes
Desde el ideal otean.
Y subiendo al ara santa
Que los creyentes veneran,
Con unción el Sacrificio
De la Redención renueva.
Y cuando su blanca mano
El hostia alzada presenta
Para que todos la adoren,
Para que todos la vean,
Ardiendo en amor profundo
La gente sencilla y buena,
Hasta Dios eleva el alma
Y el suelo contrita besa.

En la obscuridad, la hostia
Resplandece como estrella,
Y es tan blanca, que parece
Dotada de refulgencia,
Como el astro que á los Magos
Salidos de ignotas tierras,.
Y á los humildes pastores
Llevó al portal de Judea;
Cual la que brilla apacible
Por cima de mar revuelta,
Y al navegante perdido
A puerto seguro lleva.
A la bendición, el cura
Desde el altar, la faz vuelta
Hacia el pueblo, conmovido,
Hablóle de esta manera:
"Pueblo, ya oraste contrito,
Y tu alma cual puro incienso
Escalando el cielo inmenso
Asciende hasta el infinito.
"Has adorado de hinojos
Con religioso fervor,
El Sacrificio de Amor
Que renové ante tus ojos.
"Dios por su inmensa bondad
Siendo el Invencible, el Fuerte,
Se allanó á sufrir la muerte
Por darte la libertad.
"Y con sangre de sus venas
Que virtió en la santa cumbre,
Te arrancó á la servidumbre
Y destrozó tus cadenas.
"Desde el glorioso momento
En que fuiste rescatado,
Eres libre, pueblo amado,
Como las aves y el viento.
"Y satisfecho y feliz
Poniendo en alto el anhelo,
Sólo ante el Señor del cielo
Debes doblar la cerviz.

"¿Por qué entonces, al través
De mis lágrimas ansiosas,
Miro en tus manos, esposas,
Y cadenas en tus pies?

"¿Por qué descubro al destello
De nuestro sol refulgente,
La vergüenza de tu frente
Y la argolla de tu cuello?

"En inolvidables horas
De labor y de cariño,
Abrí tu alma de niño
A las artes redentoras.

"Así anhelé de tu cruz
Aliviar el triste peso,
Haciéndote erguir al beso
Inefable de la luz.

"Mas no quieren tus verdugos
Que te yergas. Con reproche
Ven la luz, porque en la noche
Se forjan y atan los yugos.

"Y con recelo demente
Burlando tu aliento bravo,
Con marca de vil esclavo
Siguen quemando tu frente.

"¡Alza, pueblo! no toleres
El baldón, sumiso y quieto;
Sólo callan tras el reto
Las infelices mujeres.

"¡Alza! en la dura aflicción
El alma viril y fuerte,
Prefiere lucha con muerte
A vida con abyección.

"De Dios y la humanidad
Tu alma encendí en el ardor;
¡Hoy te predico el amor
De la santa libertad!

"¡Tus hijos trueca en soldados,
Tu sumisión en venganza,
Y vuelve puntas de lanza
El hierro de tus arados!

"Aunque la vida abracé
Que del combate me ahuyenta.
A la batalla sangrienta
Contigo también iré.

"Débil contingente soy
Para la lucha temida:
¡No tengo más que la vida,
Pero toda te la doy!

"En mi mano fatigada
Verás brillar el acero:
¡Oh pueblo! seré el primero
En la gloriosa jornada.

"Que tu acento airado vibre
Gritando á la faz del sol:
¡Muera el poder español!
¡Viva la América libre!"

III

Como en cielo de zafiro
Que espejo limpio semeja,
Surgen á la voz del noto
En tropel las nubes negras,
Y el espacio se obscurece,
El firmamento retiembla
Y en el seno del abismo
Vibran las rojas centellas:
Así del altivo cura
La corta y viril arenga
Tornó campo de batalla
En un momento la aldea.
A dar principio á la lucha
El vecindario se apresta,
Sintiendo en el pecho alzarse
De patria el ansia suprema;
Y quién requiere el caballo,
Quién la olvidada escopeta,
Quién la enmohecida lanza,
Quién la espada roma y vieja;
Y quién, falto de recurso,
Del azada mano echa.

O bien la biblica honda
Coge de nuevo y la piedra.
Y así la turba insurgente
De hombres y niños, revuelta
Cual mar encrespada, al cura
Inerme y sublime cerca;
Y el párroco, improvisado
General, á su cabeza,
Sale del pueblo vestido
Por esplendor de epopeya.
Y aquella hueste confusa,
Cual onda que el mar avienta,
Y que á cada paso crece,
Y á cada instante se eleva,
Llega á pueblo comarcano
Arrolladora y soberbia;
Y allí, de la Santa Virgen
Con osada reverencia,
Coge un retablo del templo,
Y lo convierte en bandera.....
Es copia de aquella imagen
Que en el Tepeyac se ostenta,
Y en cuyas benditas aras
Siempre se ven rosas frescas;
De la que fué en la conquista
Intercesión y clemencia,
Sonrisa en la servidumbre
Y en la noche alba risueña.
Con ella como guión
Suspendida á lanza enhiesta,
Aquella hueste confusa
Que darse una patria intenta,
Ni habrá peligro que esquive
Ni hazaña que no acometa.
Ella la guiará al combate,
Y en la lid sañuda y recia,
Le dará tumba gloriosa
O palma triunfal y eterna.
Y allá va la ruda hueste,
Ola humana, tromba inmensa,

Que inunda campos y villas,
De la llanura á la sierra;
Y batiendo como ariete
Viejos muros, torres pétreas,
Ora en marea montante
O bien en baja marea,
Llega al través de los años
Indómita y altanera,
Hasta el trono virreinal
Que al fin bate, mina y vuelca.
Y al bajar la marejada
Dejando libre la tierra
Quedó en pie sobre el nopal
Triunfante el águila azteca.

IV

¡Oh, campana de Dolores,
Bronce de sagrada lengua,
Que en doble noche de sombras
Anunciaste una alba excelsa!
Tú hiciste saber al mundo,
Al son de rotas cadenas,
La salida victoriosa
Del sol de la libre América;
Tú hiciste en solo un instante
Una falange guerrera,
De una raza sin anhelos
Tres siglos dormida y sierva;
La cual escribió en la historia
Con legendarias proezas,
A la Libertad sublime
Inolvidable poema.
¡Si el fiero destino un día
Nos pone otra vez á prueba,
Y la patria que evocaste
Combatida bambolea,
Tu voz vibrante y gloriosa
Como antaño, lanza y suelta,
Para que surjan de nuevo
Los héroes á la pelea!

Jose Lopez Portillo y Rojas.

LA DECAPITACION

De Chihuahua, en el convento
de los padres franciscanos,
y en la noche de aquel día
en que fué sacrificado
el que nuestra independencia
proclamara sin recato,
yacían varios religiosos
el "de profundis" rezando
ante el cadáver del héroe,
que aún estaba ensangrentado;
cuando de improviso, un indio
tarahumar penetró al claustro,
armado de curvo alfanje,
y hasta el cadáver llegando,
de un solo tajo cortóle
la cabeza al noble anciano,
que más que saña, inspiraba
respeto profundo y santo;
mas el indio, en su barbarie,
sin conciencia de aquel acto,
arrebató la cabeza,
tomándola por el cráneo,
y la llevó, cual trofeo,
ante el sátrapa inhumano
que le ordenó cometiera
tan infame desacato.

Ante aquella acción salvaje,
los religiosos guardaron
el más profundo silencio,
sobrecogidos de espanto,
y tomando el tronco inerte
de aquel varón esforzado,
lo llevaron á la Iglesia,
donde lo depositaron
en la cripta del convento,
para lograr escudarlo
de alguna acción más villana
ó de un más cruel atentado.
Tales hechos, dan idea
de aquella época de atraso;
de aquel gobierno que hacía
alarde de ser tirano,
y de la lucha emprendida
para romper ese lazo,
qué la conquista formara
al descubrirse este vasto
y fecundo territorio,
que fué de Colón el lauro.
Aquella cabeza augusta
del heróico Cura Hidalgo,
y las de Allende, y Aldama
y Jiménez, denodados
campeones, que por la patria
su vida sacrificaron,
fueron expuestas en jaulas
y conservadas por años
ante el pueblo que habitaba
por entonces Guanajuato.
Once años allí estuvieron
de Granaditas en lo alto
de sus ángulos, la saña
de aquel gobierno mostrando;
hasta que el noble derecho
de libertad, desligando
á la patria de Cuauhtémoc
del conquistador hispano,

la sangre de aquellos mártires
vengó, del país arrojando
la escoria de "Encomenderos"
y de "Adelantados"
que absorbían las riquezas,
cometiendo desacatos
en las honras y en la vida
de este pueblo soberano.
Entonces, esas cabezas
la veneración causaron:
y lo excelso de esa lucha,
que duró tan luengos años,
quedó marcado en la historia
para oprobio de tiranos,
y como si fuera inscrito
con fulguraciones de astros.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Mayo 10 de 1910.

LA ESPOSA DEL INSURGENTE

I

¡Oh cuán bello es el Chapala!
En sus orillas hermosas,
Se pasan horas sabrosas
Al lado de un pescador;
De cuya boca escuchamos
Mil fantásticas historias,
Que son guardadas memorias
Del patriótico valor.
Hoy voy á contaros una
Tal como me la contaron,
Y del pueblo la tomaron
Y el pueblo dizque la vió.
Si no es un bello romance,
No puede llamarse cuento;
"Y pues la historia no invento,
Responda el pueblo y no yo."
"—Alzados están los indios
Contra el rey nuestro señor;
Id, don Angel de Linares,
Sosegad esa región;
Háns- hecho fuertes en la isla
De Mescala..... ¡vive Dios!
Mas con privarlos de víveres
Y tener algún valor,

Quedarán escarmentados;
Conque..... id Linares con Dios."
"—Se dice que son valientes
Y tienen tanto furor...."
—"¡Y bien! ¿qué importa...? llevais
Un completo batallón."
—"Pero....
—"¡No gusto de réplicas!
Salid pronto, que si no
Creeré que sois un cobarde
Cuando no seais traidor."
Esto decía furioso
El general español
Don José de la Cruz, hombre
Que un tiempo á temerse dió
Cuando á gobernarnos vino
Por el rey nuestro señor.
Como él decía, retorciendo
Su bigotazo feroz.
Salió el pobre de Linares
Lleno de miedo y terror;
Al cuartel encaminóse,
Y á Chapala se marchó.

II

Quieta está Guadalajara,
Ciudad de placer y amor,
La del cielo de zafiro,
La del espléndido sol.....
Desque el Venerable Alcalde,
Ilustrísimo Pastor,
Entre otras obras grandiosas
El hospital concluyó,
Ya no se exhala en el centro
Aquel inmundo fetor:
Los "tejabanes" cayeron
Que Cruz así lo mandó:
Y todos tiemblan, que el hombre
Hace temblar al valor;

Ejemplo fué en el palacio,
Por el principal balcón,
Con los pies hacia el zenit
A un empleado mostró,
Y lo suspendió en los aires
De manera muy atroz.
Llegó Linares por fin,
A la orilla más hermosa
De Chapala, dó la rosa
Nace y el blanco jazmín..
Dó sopla un viento dormido,
Cargado siempre de aromas,
Donde anidan las palomas,
Donde todo es tan sentido.
Donde el sol cuando fulgura
Sobre las ondas de plata,
También las formas retrata
De pregrina hermosura.
Porque entre tantos placeres,
En las horas calurosas,
En las ondas. sonorosas
Báñanse aili las mujeres.
Mujeres de encantos llenas
Que si un vate las mirara,
Tal vez en elias pensara
Ver multitud de sirenas.
Linares, aunque algo viejo,
Y además de genio adusto,
Como todo hijo de Adán
Tiene ribetes de tuno:
Gusta mucho de mujeres;
(¡Y en verdad no es malo el gusto!)
Y al ver que ofrece el Chapala
En lugar de indios negruzcos,
Beldades que aunque morenas
Tienen gracia hasta lo sumo:
Dijo, "no es malo el bocado,
Paguen éstas el tributo;"
Y á solas alzó un harem
Que se disipó cual humo.

"Venga el sargento Rosales,"
Gritó el coronel sañudo,
Y vino luego un sargento
Con uniforme "toluco."
—"Mi coronel."
—"¿Y qué has visto?"
—"¿Qué he visto...? un salero chulo,
Un rosto que me ha dejado
Que casi me descoyunto,
Y unos ojos, y unas cosas,
Y una boca, y una... y uno..."
—"¡Haragán! de burlas basta."
—"Es, por Dios, que no me burlo."
—"Pues hable como la gente
Y no siga con sus unos,
Que he de hacer los continúe
Colgado de un buen carrucho."
—"¡Yo, ¡seré tal vez judío!
O seré hereje ó moruno....."
—"Diga usted lo que ha mirado
Y no hablemos de otro asunto."
—"Pues señor; es una niña
Que vive ahí, en mi jonuco,
Mujer diz de un insurgente,"
—"Que colgarémos."
—"Es justo.....
Pero el demonio del hombre
Metido está en el tumulto
De la isla."
—"Bueno, bueno,
A la noche iremos juntos
A la casilla; entretanto,
Si quieres vida.... ¡está mudo!"
Y enseñóle un luengo "estoque,"
Y á su recámara entró;
Y el sargento se marchó
Diciendo: "ni rey, ni roque."
Está quieto el campamento
Y los soldados dormidos,
Murmura apacible el viento,

Mintiendo á veces gemidos,
O mintiendo algún lamento.
La voz de los vendabales
No agitaba la laguna;
En las ondas desiguales
Reflejaba blanca luna
Como en hermosos cristales.
¡Ay del que siente en su seno
Aguijón de torpe vicio!
¡Ay del que marcha sereno
De loca esperanza lleno
Al profundo precipicio!
¡Ay del que piensa que amor
Guardan para él las mujeres,
Y sólo encuentra rigor
Y dó buscaba placeres
Negra fuente de dolor!

III

Marcha Linares, guiado
Por el sargento Rosales:
Validos van del silencio
Y con pistolas y sable....
¿A dónde así se dirige?
¡Ah! que él mismo no lo sabe.
Le han dicho que allí se encuentra
La reina de las beldades,
¿Y un coronel español
Asalta así los "jacales?"
¡Buenas son las reflexiones
Cuando se enciende la sangre!
"Es hermosa", le dijeron,
Y él se dijo: "á conquistarla",
"Es mujer de un insurgente."
"¡Mejor! esos desleales
Merecen sólo el patíbulo
Por traidores y cobardes."
Y con tales pensamientos
El buen don Angel Linares,

(Que yo creo que ni era "bueno"
Ni debía llamarse Angel),
Acercóse á la cabaña
Con el sargento Rosales.
"Patrona, algo de cenar."
Así gritaba el sargento
Acabando de llegar:
"Abra, que si no al momento
La puerta he de derribar."
"Van, señor"; dijo una voz
Femenina y temblorosa,
Voz argentina, armoniosa,
Que hirió á Linares veloz
Como saeta amorosa.
Y abrió la puerta una vieja
De ya arrugado semblante,
Con faz como de corneja,
Y en mano una candileja
Trémula y agonizante.
"¡Oh! no es esa la que habló.....
Dijo Linares, "¡no tal!"
La vieja dijo que no,
Y tras ella se asomó
Un indio con un puñal.
"Traición" gritó el coronel
Echando un paso hacia atrás,
Y el indio salió diciendo:
—"Señor, traidores no hay,
No tembléis al ver que tengo
En la mano este puñal,
Que es bella mi hija y casada;
Su marido aquí no está,
Y entre tanto que él no venga
Este ha de ser su guardián."
—"¡Pues bien!, por esa hija vengo,
Dámela, ó por Satanás
Que te hago colgar mañana....."
—"Llevadla.... pero mirad...."
Asi el indio respondiendo
Enseñaba su puñal,

Lloraba la pobre vieja
Y lloraba la beldad,
Que ocasión era inocente
De riña tan desigual.
—"¿Me la das, ó te la quito?"
—"Quítamela, claro está;
Pero antes por mi cadáver
Los dos habéis de pasar."
Oyese después un trueno,
Y de la bala el silbar
Que rasgó del indio el seno
Que cayó triste á expirar.

IV

Entre las ondas de plata
El sol de fuego aparece,
Alumbrando el campamento
De Linares; á unos veinte
Pasos se mira quemado
Un "jacal...." un cuerpo inerte
Sobre el que llora una vieja.
Allí está..... no hay quien se acerque.
¡Esta es la primer campaña
De aquel denodado jefe!
"Luisa", la hermosa cautiva,
Llora su maldita suerte;
Hecha presa de Linares
A quien en la alma aborrece;
Consigue que al fin el tigre
Le dé un plazo que aunque breve
Le es bastante para irse
Donde jamás vuelva á verle.
Entre tanto por la orilla
Del lago que apenas mueve
Sus olas, pasea Linares
Con un otro matasiete.
Viendo á la naturaleza
Tan hermosa, tan riente,
Al encanto que derrama
Linares y el otro ceden.

Quieren pasear por el agua,
Ambos á ello se resuelven,
Y órden dan que dos canoas
Al momento se aparejen.
—"Costearémos, coronel;
Que si los indios pudieran
Cogernos, ¡ay! nos hicieran
Pedazos...."
—"Yo su cuartel
Quisiera observar de lejos,
Mas si tanto riesgo veis...."
—"¡Coronel! si lo queréis...."
—"No, porque al fin los reflejos
Del sol no dejan que vea....
Vamos de paso.... mañana
Será otra cosa.... ¡qué ufana,
Qué mansa está la marea!"
Y los dos tal platicando
Y mil "chuscadas" diciendo
Fuéronse adentro metiendo,
La orilla iejos dejando.
De repente: "á ellos, á ellos,"
Los marineros gritaron,
Y una multitud de indios
Comenzaron el asalto;
Indios que bajo del agua
Nadaron un trecho largo,
Y sorprendieron audaces
Y las canoas volcaron.
Todo entonces fué allí sangre.
No escapó ningún soldado,
Linares murió en las aguas,
Los insurgentes triunfaron.

V

Dos días pasado habían
Y en la casucha quemada,
Rústica una cruz alzada
Recuerdo era del valor.

"Luisa" alzaba entre sollozos,
A las ocho su plegaria;
Cuando con fé solitaria
Escuchó extraño rumor.
—¡Es él! dijo conmovida,
Lanzóse á la hermosa orilla,
A dó llegó una barquilla
Que traía á un pescador. . . .
"¿Eres tú?" preguntaba ella,
"¿Eres tú?" le respondía
La voz que ella conocía,
La dulce voz de su amor.
Saltó á la arena el guerrero,
Alzó á los cielos su frente,
Pero un gemido doliente
De su pecho se escapó.
"¡No tengo hogar!" exclamaba,
"Hecho allí.....! está hecho ceniza...
¿Dónde está mi padre? ¡Luisa..."
Y la hermosa enmudeció.
"¡Ah! le mataron traidores
Y aumentaron mis pesares....
Dí, ¿quién le mató?
"¡Linares...!"
. . . . . .
¡Padre....! estás vengado ya...."
Una ola entonces rodando,
Ola negra, furibunda,
Arrojó una cosa inmunda
Murmurando: "hélo, allá va....."
Lanzó un grito de agonía
La esposa del insurgente;
El cual, soldado y valiente
A la orilla se acercó.
Era el cuerpo de Linares
Que las olas arrojaron....
Al verle ambos exclamaron:
"¡Dios que es justo, le mató....!"

PABLO J. VILLASEÑOR.

Guadalajara, Septiembre de 1851.

ACAPULCO

(Agosto de 1813.)

Altos montes, altos montes
De la soberbia Acapulco,
Regad de flores los mares,
Arcos levantad de triunfo,
Que estáis mirando á Morelos,
Que es vuestra gloria y orgullo.
En la isla de la Roqueta
Galeana la planta puso,
Y el castillo desde lejos
Está diciendo que es suyo.
Lo guarda don Pedro Vélez
Sereno y meditabundo,
Diciendo de cuando en cuando:
"Perezco, y no capitulo."
Estragos siembra la peste,
Es el castillo un sepulcro,
Y parece que batallan,
Espantando, los difuntos.
El Vélez era valiente,
Y sin tacha entre los justos;
Pero su deber le manda
Quemar su último cartucho,
Y hombres que así se educaron
No saben cejar un punto.

El gran Morelos, en tanto,
Al concluir el hondo surco
De una mina cuyo estrago
Era de éxito seguro,
Proponer la paz á Vélez
Con humanidad dispuso.
Sus órdenes dió á Galeana,
Que prolijo cumplir supo;
Y á don Felipe González,
Que era muy bravo y muy ducho,
Le manda que se apodere
De un pico, codo ó reducto,
Protuberancia de un monte
Que da sobre mar profundo,
Al que sólo escalar pueden
El pensamiento ó el humo,
Y que le quita al castillo
Acción, auxilio y recursos.
El canónigo Velasco,
Hombre de seso y de pulso,
El mensaje llevó á Vélez.
Este se mostró ceñudo,
Pero en medio de sus dudas,
Y cuando en el cielo puso
Sus ojos, miró á González
Del "Pico" dueño absoluto;
Mas permaneció resuelto
Hasta que no se le expuso
Que tendrían los honores
De la guerra él y los suyos,
Del Rey marchando al servicio
Con el honor limpio y puro, .
Entonces, y al ver entrando
A las llamas en tumulto,
Cogió el papel de Velasco,
Firmó turbado y confuso,
Y una lágrima furtiva
Se enjugó con disimulo.
Honra á Pedro Vélez hace

Morelos, sincero y justo;
Pero el gobierno de España
Y Calleja, furibundos,
Sólo le hicieron justicia
Cuando descendió al sepulcro.

GUILLERMO PRIETO.

EL COLOR DE LA BANDERA

Derramaba el sol de Marzo
sus magníficos fulgores,
sobre los agrestes campos,
y los encumbrados montes,
revestidos de follaje
y rebosantes de flores,
en la exuberante zona
que culebreando recorre
aquella cinta de plata
que va cambiando de nombre,
y es, Atoyac, rumoroso,
después Mexcala sa'obre,
de las Balsas, impetuoso,
ó del Oro, sin que asombre
ver mezclado en sus arenas
el metal que en todo el orbe
da movimiento á los pueblos
y salva ó pierde á los hombres.
Allí la Naturaleza
fué pródiga con sus dones;
en perpétua primavera
los campos y los alcores,
y embalsamado el ambiente
con una opulencia enorme
de perfumes que deleitan
y los sentidos absorben.

Pueblan el azul espacio
pájaros multicolores,
que al despuntar la mañana
llenan de trinos el orbe;
y hay frutas tan deliciosas,
tan bellas y multiformes,
que allí se bendice siempre
a Dios por tantos favores
como prodigó á esas tierras
donde son héroes los hombres.
Iguala, entre aquellos pueblos
afanosa se recrea,
con el orgullo que siente
el que algún recuerdo ostenta,
que como timbre de gloria
lleve escrito en su bandera.
Era el día 13 de Marzo;
el pueblo estaba de fiesta
porque allí el señor Guerrero,
con gran parte de su fuerza,
esperaba la llegada
de Iturbide, que ya era
el aliado poderoso
de aquella campaña excelsa,
desde que en estrecho abrazo
se unieron en Acatempan,
y viene de Teloloapam,
donde ha fijado sus tiendas
á tratar urgentemente
la adopción de la Bandera.
La hermosa plaza de Iguala
tiene entre muchas preseas,
cuarénta y dos tamarindos
cuyas copas opulentas
brindan deleitable sombra
en la estación veraniega,
y bajo ellos, con delicia
la gente se refrigera.
Al Oriente la Parroquia,
de arquitectura modesta

pero aseada y previamente
decorada con decencia,
y frente al costado Sur
de la referida iglesia,
hay una casa muy amplia,
aunque de humilde apariencia;
y es allí el alojamiento
que á los caudillos espera.
Los dos jefes denodados,
alrededor de una mesa,
rodeados de muchos otros
en cordialidad se sientan.
—Habla Iturbide: "Señores,
nuestro Plan de Iguala expresa,
que los tres grandes principios
que son la base suprema
de todos nuestros anhelos,
por la santa Independencia:
como hermosas garantías
para nuestra Patria excelsa;
son la Religión divina,
que norma nuestra conciencia,
La Unión, que nos hará fuertes,
y la Paz, fuente suprema
de esperanzas y de dichas,
que sobre nuestras cabezas,
harán caer mil bendiciones
de todas las almas buenas
"Pues estas tres garantías,
deben de ostentarse, bellas,
en los colores que lleve
nuestra flamante Bandera"
—"Muy bien dicho, exclamó Bravo,
perfectamente se expresa
con adecuados colores
la más complicada idea.
azul, que es color del cielo
la Religión representa,
la Unión, con pureza el blanco
y un rojo la Independencia,

que se conquistó con sangre
y con fuego se conserva."
—"Don Nicolás, los colores
que indica usted, no quisiera,
replicó Iturbide, porque
no dan exacta la idea,
y además, son los que flotan
en la bandera francesa,
y una imitación, sin gracia,
podría resultar la nuestra".
"Es necesario algo nuevo,
en que se demuestre impresa,
la fe de nuestros mayores,
lo grandioso de la idea,
el porvenir de la patria
y la majestad excelsa,
de un pueblo que al verse libre
quiere llegar á la meta
del poder, por sus virtudes,
del honor, por su nobleza
y con su constancia heróica
conquistó la Independencia."
—"Señor, dice Filisola
no creo imitación rastrera
seguir el mismo camino
que otros pueblos nos enseñan.
"España, que es nuestra madre,
tiene por glorioso emblema
barras de sangre y de gualda,
y con ellas representa
el fuego del patriotismo ,
y el oro de su grandeza.
¿Por qué no escoger nosotros
esos colores, diversa
combinación solo dando,
que le cambie de apariencia?"
—"En los Estados del Norte,
dice Rayón; representan
barras de púrpura y nieve

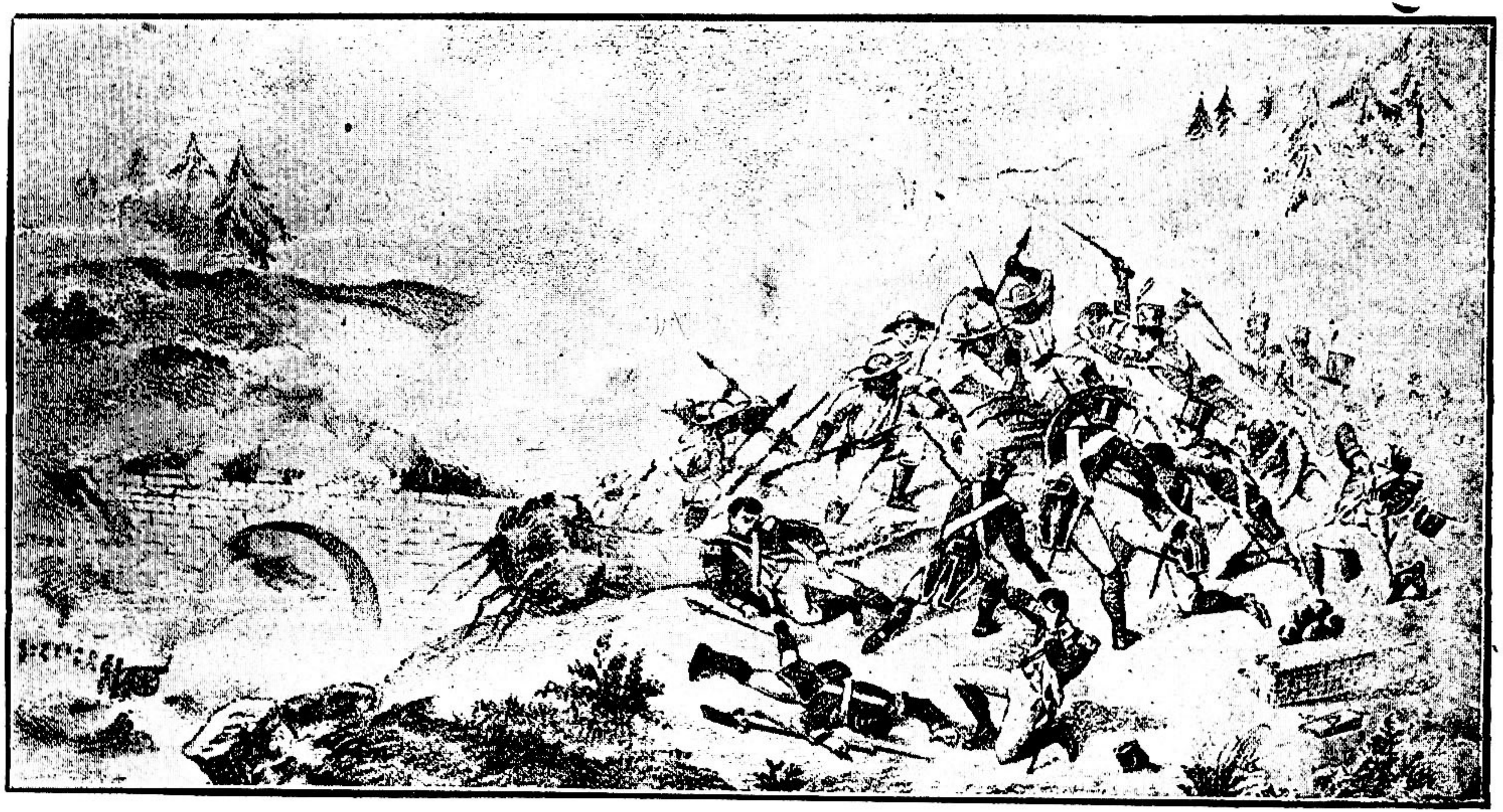
la Unión sólida y la Fuerza;
y un cuadrado azul marino,
con el número de estrellas,
que son los Estados libres,
con que esa América cuenta."
Discurren García Moreno
Codallos, cuya verba
es florida y elegante
aunque usada con modestia.
Don Juan Alvarez opina
porque lleve como emblema
una águila caudalosa
destrozando á una culebra.
Cuando más acalorada
la discusión se presenta,
entra un mozo, conduciendo
en una enorma bandeja
una colosal sandía
de coloración tan bella
y tan jugosa y brillante
que causó, más que sorpresa,
regocijo á las personas
que á la discusión atentas
sudando estaban á mares,
y para las cuales era
aquella preciada fruta
como de la Providencia
regalo, en esos momentos
por lo grata y por lo fresca.
Batiendo palmas, Guerrero,
hacia Iturbide se acerca
y "Señor, dice, vencida
la dificultad se encuentra:
He aquí los bellos colores
que serán Nuestra Bandera,
y que esta preciada fruta
sin querer hoy nos presenta.
Verde, color de esperanza,
renuevo de primavera,

que es regocijo en las almas
y á nuestros ojos presenta
de Dios el Poder inmenso,
fuente de dicha suprema.
Blanco, la Fe, que nos liga,
el Honor y la pureza,
que son de nuestras acciones
el sello que les da fuerza;
y Rojo, rojo de sangre,
rojo de fuego, condensa
muy bien nuestros sacrificios,
simboliza nuestras penas,
y las vidas generosas
que ha costado nuestra empresa.
VERDE, BLANCO Y COLORADO,
en la forma en que se ostentan
en la delicada fruta,
que vino en hora suprema
á darnos luz al cerebro
brindando su dulce néctar."
Un aplauso estrepitoso
acogió la hermosa idea,
y fué tanto el regocijo,
tantas las enhorabuenas
que le dieron á Guerrero,
y tan señaladas muestras
de aceptación cariñosa
por su feliz ocurrencia,
que se dió por aprobada
la proposición sincera,
y el color de aquella fruta
refrigerante y suprema
quedó de gloria cubierto
flotando en NUESTRA BANDERA.

RAFAEL NAJERA.

LA BATALLA DE CALDERON

Encorvado el triste Enero
De mil ochocientos once,
Llegó con su barba cana
A la Historia dando voces,
Para que sus altos hechos
Grabe en duraderos bronces,
Y le dijo: "Hay un gran río
Que á Guadalajara corre
Entre accidentadas lomas,
Quiebras y peñas enormes;
Ancho puente le atraviesa
Que marcan macizos postes
De la extendida llanura
Hasta del río en el borde,
Y de allí pasa el camino,
Que se extiende ó se recoge,
Según que corta las lomas
O en ellas audaz se impone.
En la altura de las "Animas"
Mira el sol la masa enorme
Del ejército de Hidalgo
Y sus compactas legiones;
Al frente, como un remedo
Del plan, y cálculo y orden,
Pero después, á millares
Los caballos y los hombres,



Batalla en el Puente de Calderón

Y nadando en ese océano
Carros de parque y cañones.
Hay de la chusma algazara,
Del mando vuelan los toques
Perdiéndose en el tumulto
Como que nadie los oye....
La derrota ya presagian
Los que la guerra conocen,
Pero 'la lucha es un triunfo",
Dicen otros campeones.
En la multitud descuellan
En sus corceles veloces,
Abasolo el indomable,
El firme y sereno Torres,
El rayo de Marte, Allende,
Aldama, brazo de bronce.
Hidalgo está en la reserva,
Y á su derredor agólpanse
En bandadas los flecheros,
Jinetes en pelotones,
Hombres con cabos de lanza,
Con pistolas y garrotes
Y hondas de heridoras piedras,
Garfios, espadas y estoques.
Todos blandiendo sus armas,
Todos salvajes, feroces,
Obrando como enemigos
Al propagar el desorden.
Calleja está en la llanura
Con diez soberbios cañones,
Con obedientes soldados
Que la campaña conocen
Y con un Miguel Empáran
Que los maneia y dispone.
Otra columna encomienda,
Con orden que todo arrolle,
Al Conde de la Cadena,
Que es bueno entre los mejores,
Y que hace de sus soldados,
Con brioso ejemplo, leones.

Y Calleja se reserva,
Ambicioso de gran nombre,
El centro, con la certeza
De que el triunfo le corone.
La lid se traba; en torrentes
Balas vomitan los bronces;
Flon acomete esforzado
Y el flanco ataca de Torres;
Mas como fieras de infierno
Le rechazaron, y entonces
Allí hubiera sucumbido,
Mas Villamil le socorre.
Entretanto, de Abasolo
La columna desbordóse,
Entre el plomo y la metralla,
Entre sangre y entre horrores;
Y al río tiñe la sangre
Que desde las lomas corre.
Abasolo, cual torrente,
Ya arrebata sus cañones;
Pero Empáran con los suyos
En tropel precipitóse,
Y entonces, de la reserva
De Hidalgo viendo el desorden,
Calleja embiste atrevido,
Y hacen los muertos montones.
De pronto, con el estruendo
Aquel campo estremecióse....
El parque voló de Hidalgo,
Al llano las llamas corren,
Saltan en un mar de fuego,
Entre humo y horror los hombres,
Y las chismas se desbandan
Y dando alaridos corren.
Hidalgo, Allende, Abasolo
Y Aldama, cual fuertes robles
Que al bravo huracán resisten,
A la derrota se oponen,
Y sólo desparecieron

Cuando, rotas sus legiones,
De combatir la esperanza
Como el humo disipóse....
"¡Viva el Rey!" los de Calleja
Claman en gritos feroces,
Mas les impone silencio
Un cadáver que allí viósc,
Y parece que desmiente
Los lauros y los honores.
Es Flon, honra de los bravos
De la Cadena es el Conde.
La sangre de sus heridas
Negra se cuaja y no corre;
Murió luchando valiente;
Dios piadoso le perdone.

GUILLERMO PRIETO.

JUAN CUREÑA

I.

México guarda en su historia,
para el oprimido, ejemplos
de abnegación y heroísmo
que entusiasman por lo bellos;
por eso es digno del nombre
de libre y, también por eso,
de un lugar de preferencia
entre los más grandes pueblos
de los que asombran al mundo
con sus gloriosos recuerdos.

Después de que el Cura Hidalgo
por su bandera hubo muerto,
la causa de Independencia
debilitóse un momento:
que fué aquel golpe terrible,
aunque esperado, un suceso
que al conocerse en las filas
del Independiente Ejército,
más que de pavor, llenólas
de profundo desaliento.

Tan sólo en aigunas almas
con el temple del acero,
aquel motivo no pudo
ser torcedor del denuedo;
al contrario, enardecidas
con la memoria del muerto,

pensaban en la venganza.
luchando con más empeño.

II

Rayón, el valiente jefe
á quien Hidalgo el inmenso
confió la empresa gloriosa
de dar libertad á México,
en Zacatecas luchaba
por los hollados derechos,
á pesar de las desgracias
con que le probaba el cielo.
Su situación, muy difícil,
le era más cada momento
porque todo conspiraba
contra su honrado deseo:
la escasez de muchos días
en hambre cambióse luego;
la sed angustiosa vino
para aumentar sus tormentos;
el enemigo, muy cerca,
estaba como en acecho,
con fuerzas muy superiores,
pues llegaban á "quinientos,"
mientras Rayón no tenía
sino un reducido cuerpo,
de unos "cien" hombres formado,
para salirle al encuentro.
Además, entre las filas
iba ganando terreno
de Ponce, oficial infame,
el malhadado consejo,
según el cual perdonados
quedaban, por un decreto,
los que al Virrey se acercasen
y abandonaran sus puestos.
Rayón, con valor estóico,
iba pensando en todo esto,
en busca de una salida

que le librase del riesgo
de una deserción, terrible
en tan solemnes momentos,
ó al menos de alguna fuente
donde apagar los deseos
de aquella sed torturante
que aniquilaba á su ejército.
La situación era grave
y no tenía remedio,
por más que cerca estuviese
un lugar con elementos; (1)
pero estaba amurallado
y defendido por dentro
por el temible Larraínzar,
el jefe de los "quinientos"
¡Una victoria tan solo,
y Rayón quedaba dueño
del campo, abundante en agua,
en víveres y pertrechos,
y su poder, ya mermado,
quedaba entonces completo!
Mas ¿cómo obtener un triunfo
aunque fuese muy pequeño,
sin un cañón que ayudara
á destruir los parapetos?
¡Casualidad, fuerza extraña,
escondida en el misterio,
tus soluciones, á veces,
asombran al universo;
algunos con Dios te igualan;
yo en tí su poder venero!
Del crepúsculo indeciso
á los últimos reflejos,
de pronto lució una cosa
con el brillo del acero:
¡era un cañón! ¡qué alegría!,
¡ya eran de la "Hacienda" dueños!

---

(1) La Hacienda de San Eustaquio.

Olvidando sus desgracias,
en vítores prorrumpieron,
y en su placer no pensaron
en un grave contratiempo:
¡era un cañón sin cureña,
abandonado por eso!
¡Con sólo alzarle una vara
por sobre el nivel del suelo...!
Pero ¿cómo conseguirlo
si carecían de medios?
Por inservible, como antes,
le dejaban ya de nuevo,
cuando se acercó un soldado
en apariencia sereno,
que asombró con sus palabras
al exponer un proyecto.
Era aquél hombre un valiente
de antecedentes modestos,
que por su patria luchaba
y por su patria era bueno:
ojos como áscuas, brillantes,
y, como la noche, negros;
color un poco subido,
sin dejar de ser moreno,
y formas como de atleta
para los grandes esfuerzos.
Sin vacilar para nada,
expuso así su proyecto:
"La casualidad, no hay duda;
"mándanos este instrumento;
"y ¿no encontráis una cosa
"para elevarle del suelo?
"Aquí estoy, ved: mis espaldas
"podrán resistir un peso:
"yo serviré de cureña
"en bien de mis compañeros."
Aquél grupo de patriotas
guardó profundo silencio;
y ante decisión tan noble
los ojos se humedecieron.

Rayón sostuvo una lucha
con sus propios sentimientos:
el hombre se resistía;
mas pudo ante el jefe menos.
Postróse en tierra el valiente:
cuatro soldados pusieron
el cañón en sus espaldas,
y le sujetaron luego
con fuertes lazos... ¡Apuntan!
¡El primer tiro es certero!
¡Vuelven á cargar!... ¡Disparan
casi con el mismo efecto!
¡Hacen un tercer disparo!....
¡La muralla vuela lejos!
¡Y entonces se oye en el campo
celebrar aquel suceso
con vivas á nuestra patria
y mueras al extranjero!
Sólo una voz hace falta
en el general concierto
de corazones patriotas
unidos por un afecto:
es la voz de JUAN VALDIVIA,
quien se retuerce en el suelo,
entre dolores horribles
el espíritu rindiendo!
Antes de morir, pregunta
si ganaron ó perdieron,
y al escuchar la respuesta
dice: "¡pues con gusto muero!"

III.

¡Inmaculado patriota,
mártir de valor excelso:
por tu abnegación sublime,
por tu sacrificio inmenso,
eres sol en nuestras glorias,
y eres orgullo de México!

JOSE ANTONIO RIVERA G.

LAS NORIAS DE BAJAN

I

LA DERROTA

¿A dónde está el que en Dolores
Cual rayo despertó al pueblo,
Rasgando la negra nube
De su indigno vilipendio?
¿Dó se despeñó el torrente
Que, con empuje soberbio,
Derribando las barreras
Que tres siglos le opusieron,
Invadió los anchos campos,
Abatió muros excelsos,
Y llenó al mundo de asombro
Con sus inmortales hechos?
¿Dó está quien en Granaditas
Se apareció como espectro,
Prediciendo á los tiranos
Su caída y su escarmiento,
Llenando sus almas crueles
De turbación y de miedo?
¿Dónde está quien en las Cruces
Las anchas alas cerniendo
De su legión, al enjambre
De cortesanos perversos

Hizo temblar sobre el firme
Pedestal de sus asientos?
Descendía amenazante,
Cual de encina el tronco inmenso
Entre las soberbias ondas,
Como peñasco tremendo
Desprendido de la cima
Del inaccesible cerro,
Que arrastrando como aludes
Piedras mil que en su descenso
Van arrancando gemidos
Sordos al convulso suelo.
El anciano de Dolores,
El grande, el fuerte, el excelso,
Desde Calderón terrible
Do le hirió el destino adverso
Viene huyendo de los hados.
Viene buscando el desierto:
O cual león se retira
Sangrando el herido pecho,
Para reponer sus fuerzas
Y á la lid tornar de nuevo:
Como la ola, que chocando
Con arrecifes, tendiendo
La cauda, se vuelve, engrosa,
Y con choque más violento
Salta sobre el fuerte escollo
Triunfante en el mar inmenso!
¡Oh, qué triste es la derrota!
¡Oh, qué triste es el cortejo!
¡Cómo se nutre con llanto!
¡Cómo se aisla de muertos!
¡Oh, cuán pocos acompañan
A la miseria y al duelo!

II

EL CONVOY

Convoy de muerte semeja,
Convoy de muerte parece
La marcha del grande Hidalgo,
Y la marcha de sus héroes.
Percíbense en la llanura
Coches, caballos y trenes,
Como se ven en las aguas
De arrebatada creciente
Ramas dispersas, que fueron
La gala de los verjeles,
Y derruidos paredones
Sobre los trozos de césped.
Allí va el noble Abasolo
Dando ejemplo de prudente;
Allí el invencible Aldama,
Allá el impetuoso Allende,
Y por todos lados marchan
Los enjambres de sirvientes,
Como la misma ignorancia
Insustanciales y alegres.
Marchan en tropel confuso
Caballos, carros, mujeres:
Parece una romería,
Que están de fiesta parece,
Y sólo los que conocen
Cuánto con ellos se pierde,
Ven entre nubes de polvo
El convoy desparecerse.
Sintiendo dentro del pecho
De los tormentos las sierpes.
Y mientras así caminan
Los heróicos insurgentes,
Sus pasos espiando cauta
Sigue la traición aleve,

Y aquellos que la conocen,
"Es de Elizondo la gente,"
Dicen, y horrendas desdichas
Y horrendos dramas presienten.

III

LAS NORIAS DE BAJAN

Es una triste llanura,
Triste como mujer muerta.
Y parece que en contorno
Están llorando las sierras.
La llanura está vestida
Como de harapos de yerba,
O más bien parece un cuerpo
Invadido por la lepra,
Entre peñascos muriendo
Y espirando sobre arenas.
Ni un arroyo que derrame
De agua las delgadas hebras;
Ni el espino que levante
En alto sus ramas secas;
Ni el abrojo que sus puntas
Entre las guijas entierra.....
Una loma como soga
Que al valle oprime y sujeta
Se ve en la altura; es cual cepo,
Es como rota cadena
Que á la luz estorba el paso
Y el libre andar intercepta.
A su pie salen del fondo
De la tierra, cual cabezas
De esqueleto unos vigones
Ahorcándose en unas ruedas.
Son las norias, que en vez de aguas
Manan húmedas arenas,
Y que sólo de mirarlas
Las fauces se sienten secas;

Aprehensión de Hidalgo y sus compañeros en Acatita de Baján.

Son de agua para el viajero
Las mentirosas promesas;
Pero son de desengaños
Manantiales que atormentan.
Norias de Baján se llaman,
Y allí concurren por fuerza
Los hombres hechos esponjas,
Con sus instintos de bestias.
Unas derruidas paredes
De adobe, toscas y aviesas,
Con troneras por ventanas,
Faltas de techo y de puertas,
Son las únicas guaridas
En que gente se sospec[illegible];
Y tras aquella verruga,
Jiba, papada y etcétera,
Que llamamos una loma
Que al valle ciñe y aprieta,
Elizondo con su gente
Se encuentra en ansiosa espera,
De su traición saboreando
Las horribles peripecias.

IV

EL ASALTO

"¡Alto, enemigos de reyes!
"¡Alto, canalla maldita!
"Que aquí se pagan las Cruces
"Y se paga Granaditas.
"A ellos, á su Rey traidores,"
Voces destempladas gritan;
Y el plomo rasga los vientos,
Y ardientes alfanjes brillan.
Era jauría de lobos
Dando feroz embestida
Al ganado que en los prados
Bajo la sombra dormita.

Requieren los grandes héroes
Las poderosas cuchillas;
Allende, Abasolo, Aldama,
Matando se centuplican.
Los hombres inermes mueren,
Las hembras temblando gritan,
Y á punto están de envolverse
En confusión inaudita.
Vencedores y vencidos
En atroz carnicería,
Cuando se escucha un acento
Que las mil voces domina,
Como apaga el ronco trueno
De aves inquietas la grita.
"Tomad, si queréis, traidores,
"De los que luchan las vidas,
"Y no cebéis en mujeres
"Y en los inermes las iras;
"Donde caiga nuestra sangre
"Nacerá vuestra ignominia,
"Y donde diere la sombra
"De nuestra tumba, habrá un día
"Que como sol reverbere
"La independencia divina.
"Horror causarán al mundo
"Vuestras frentes maldecidas,
"Que la mancha de traidores
"No borra la muerte misma".....
. . . . . .
Los alevosos verdugos
Ciñen á la comitiva,
Y el convoy sigue su marcha
De la tropa entre las filas.

GUILLERMO PRIETO

La muerte de Hidalgo

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo
Tu esqueleto descarnado;
Y con esa voz que vibra
En las almas con espanto,
Dile cómo Hidalgo el grande
Cayó rendido en tus brazos,
Y refuerza sus acentos
Para que crucen los años.
En la portada de Agosto
Se reflejaba el sol claro;
La ciudad está desierta
Y silenciosos los llanos;
Escuchábase con miedo
E. resonar de los pasos,
Cual si perturbar temieran
De un moribundo el descanso,
O despertar de su sueño
Al tigre mal resguardado.
Nada revelan las voces,
Y nadie interrumpe el tráfico;
Pero se ve en las miradas
Cierto intenso sobresalto,
Prontos á llorar los ojos,
Frontos á gemir los labios,
Y el sol como amarillento,
Y cual de luto el espacio.

Como silenciosas nubes
Caminan en vuelo tardo
Grupos de gente del pueblo,
Que hasta el hospital llegando
Se dispersan y se pierden
Sin dejar ni leve rastro.
La plaza está solitaria,
El cuartel está cerrado,
Y crée percibir el vulgo,
O percibe, rumor raro,
Que traduce misterioso
Su conmoción ocultando.....
Fanáticos en los templos
Oran y derraman llanto
Porque ven al Sacerdote,
Al de Dios vivo traslado,
Al que las llaves del cielo
Colocó Dios en las manos,
Entregado á los verdugos,
De la Iglesia perdonado.
Al cielo y á sus grandezas
Delincuente desertando.
Algunos en las alturas,
Junto al hospital nombrado,
Parecen seguir del drama
Los conmovedores cuadros.
Ya se forma espesa valla
Desde la prisión de Hidalgo
Hasta la pared maciza
Que cierra el segundo patio.
Ya se distingue un gran grupo
Y vése en el centro á Hidalgo
A su lado el padre Rojas,
Y otros padres á sus lados
Ya se percibe confusa
La voz del bélico mando,
Y marcha la comitiva
Muy lúgubre, y paso á paso.

Hidalgo va descubierto,
Su capa negra flotando;
Era negro su vestido,
Ni pulcro ni descuidado.
Va grave, mas sin tristeza;
Erguido, sin intentarlo;
Marchaba como marchaba
En su ignorado curato,
De los pueblos bendecido
Y de los pueblos amado.
El bien, la paz y el contento
Diligente derramando.
Detúvose un solo instante,
Porque dejaba olvidados
Unos dulces, que apacible
Les dió á los que le mataron.
Fila de estatuas parece
La valla de los soldados,
Tanta grandeza del Cura
Con lágrimas contemplando.
De pronto pavor horrible
Como que interrumpe el acto,
Y se duda, y se vacila,
Y hay miedo, terror y pasmo.
Mientras se formaba cerco,
Que suele llamarse cuadro,
Aislado entonces se aparta
Al centro, sereno, Hidalgo,
De majestad y de gloria
Y fe sublime radiando.
¡Ay! los que le hubieran visto,
Y los que hubieran mirado
El valor de sus verdugos
Y de aquel heróico anciano,
Ni en argucias de doctores,
Ni en sutilezas de sabios
Desfogaran su impotencia
Derramando comentarios.

Hidalgo mira de frente,
Preparar á los soldados;
Se arrodilla en un banquillo
Que pusieron de antemano;
¡Estalla el trueno! las balas
Vestido y carne rasgaron;
Respetaban su cabeza
Guardándola para escarnio.
No expira el héroe, convulso
Y en el suelo derribado,
Nuevas heridas su cuerpo
Hacen, traidoras, pedazos;
La noble cabeza, intacta,
En roja sangre nadando,
Mantiene abiertos los ojos,
Fijos, apacibles, claros,
Como bendiciendo al pueblo
Y á la traición perdonando.

GUILLERMO PRIETO

MINA

¿Quién es ese que descuella
Grande como ígnea montaña,
Como sol resplandeciente,
Bello como la esperanza,
Gritando á los insurgentes:
"¡No desmayéis! ¡á las armas!"
Cuando creen que todo muere
Y está expirando la Patria?
Vedlo: juventud ardiente
Le hace erguido como palma;
Lleva en su frente la aureola
De las heróicas hazañas,
Y acredita que es oriundo
De los campos de Navarra,
Lo esforzado de su pecho,
Lo invencible de su espada.
Viene, después que renombre
Dejó en su nativa patria,
La libertad adorando,
De gloria sedienta su alma.
Una pléyade le sigue
De gente tan extremada,
Que cada hombre es una estrella
Que nuestro horizonte aclara.
Toca en Soto la Marina,
A Tamaulipas se lanza,

Y el trono de los virreyes
Retiembla con sus pisadas.
Si es émulo del torrente
En sus impetuosas marchas,
En su empuje incontenible
Vence al furor de la llama.
Ya recorrió la Frontera,
Ya San Luis su vista alcanza,
Y del Virrey los soldados,
Cual jaurías azuzadas,
Entre sí corren, se chocan
Y de sí mismas se espantan.
Por fin, Armiñan le sigue,
Por fin, Armiñan le alcanza;
"¡Alto, traidores!" les grita,
Y comienza la batalla:
Entre infantes y jinetes
A Mina tres mil atacan,
Y no son trescientos hombres
Los que al navarro acompañan.
"Vencemos—dice á su tropa,—
"Seguid la luz de mi espada,
"¡Avanzad! volad conmigo,
Que Dios protege su causa."
Young le secunda valiente,
Novoa á la retaguardia.....
Y gritos, truenos y horrores,
Como huracán se desatan.
Rafols, que era el gran atleta
De la falange contraria,
Le resiste furibundo
En dos formidables alas
Mina casi está perdido,
Y casi sin esperanza,
Forma reducido cuadro,
A su tropa se adelanta:
"¡Hurra!—prorrumpe esforzado,

"¡Hurra!—y retruenan las armas—
"¡Hurra! y triunfo, mexicanos!"
Y su gente entusiasmada,
Cual rio de lava ardiente
Cunde, y troncha, y despedaza.
A Rafols lleva un corneta
Desparvorido en las ancas,
Y de Mina la victoria
Se declara sobrehumana.
A Mina aclama su tropa;
El cariñoso la halaga,
Y pide lauros y flores
Para su segunda patria.
Sólo un momento, uno sólo
Viéronse en sus ojos lágrimas,
Que fué al llevarle el cadáver
De un noble amigo de su alma
Que dejó vida y ejemplo
En la sangrienta batalla.

—

Tal fué la acción de Peotillos
Que el quince de Junio marca;
Los serviles se aturdieron,
Sobresaltóse Apodaca,
Y las tropas insurgentes
Rebosando en esperanzas,
La noticia celebraron
Con repiques y con dianas.

GUILLERMO PRIETO

LA TRAGEDIA DE PADILLA

I

¡Europa está conmovida!
El titán que á Santa Elena,
tras el horrendo desastre
de Waterloo, Inglaterra
arrojara encadenado
como á la roca desierta,
Júpiter á Prometeo;
una mañana serena
del suave y florido Mayo,
abandona de la tierra
los martirios que apuraba
el genio de Arcole y Jena;
y fortalecido el hombre
por la luz que nos enseña
el más allá de la vida,
de lo eternal á la puerta,
aquel alma de gigante,
en brazos de Dios entrega,
poder, ambiciones, vida,
que asombro del mundo fueran.
¡Qué inescrutables designios
son los de la Providencia.....!
A tiempo que Bonaparte,
abandonaba la tierra;
otro desterrado triste
de la patria, por acerbas

y políticas pasiones,
abandonaba á Inglaterra,
llamado por sus parciales
de México, y á la vela
el mismo cuatro de Mayo
en que Napoleón muriera,
se dá ITURBIDE, que viene
á la mexicana tierra,
como el patriota soldado,
que el honor ama y respeta.
DON AGUSTIN DE ITURBIDE,
autor de la Independencia,
monarca después, y ahora,
proscripto un año en la vieja
Europa, donde calumnias
y enemistades le asechan,
y aquende el mar amontonan
nubes sobre su cabeza,
preparando la borrasca
de una ley que le condena
á muerte, si del destierro
volver á la patria intenta:
Don Agustín de Iturbide,
á quien aman y desean,
pueblo, ejército y amigos
que anhelaban su presencia;
sabe que LA SANTA-ALIANZA
de las cortes europeas,
pretende la reconquista
de las hispanas Américas,
ya emancipadas y libres
de la colonial tutela.
Esto, y las voces lejanas,
que de la patria le llegan
llamándole; no á ceñirse
la corona pasajera
de otros días, que dejara
con abnegación suprema;
sino el bien de sus hermanos;

el bien de la Independencia,
que en el caos de partidos,
envidia, ambición y guerra,
peligran; y que su brazo
y su prestigio pudieran,
salvar como en otro tiempo
en Iguala, con la enseña
gloriosa, salvó la patria,
que lo bendice y recuerda;
deciden su viaje al suelo
que lleno de afán le espera.
Iturbide siente el fuego
del valor y la nobleza.
La nostalgia lo consume
en su morada extranjera.
Oye las lejanas voces
que le llaman, que le cercan
de patrióticos deseos,
de halagadoras promesas,
y el ostracismo abandona;
al mar su destino entrega,
y con su esposa, dos hijos,
los más pequeños, y llena
de fé su gigante alma,
hacia México navega.
¡Infeliz aquel que ignora
de las pasiones protervas,
esas tramas que en silencio
amenazan y condensan,
nubes de crimen, que el hombre
de gran corazón desprecia....!
Mientras Iturbide insomne,
volver á su patria piensa,
para ofrecerle su espada;
su sangre, que amor alienta;
de Veinticuatro el Congreso,
forja las duras cadenas
de muerte, para el proscripto,
infiriéndole una afrenta

de traición, que no ha cabido
en aquella frente excelsa;
y esa ley apasionada,
ingrata, y de dolo llena,
¡que se ejecute, ha ordenado
el Poder, si se presenta,
Don Agustín de Iturbide,
de nuestra patria á las puertas.....!
Apenas han transcurrido
siete días, de la escena
en que votara el Congreso
esa ley; cuando Inglaterra
miró partir de su seno
al hombre de Iguala. Lleva
la confianza, que ignora
lo que la malicia espera.
¡Siete días! ¿Cómo saberse
allende el mar, si las velas,
surcaban el Océano
meses y meses, expuestas
á perecer en las ondas
de tempestuosas mareas,
y el hilo de Morse, ausente
de los mares y la tierra,
dejaba mudas, sin voces
las soledades inmensas?
Iturbide á los cuidados
de Dios, á quien ama, entrega,
con noble fin su persona;
la esperanza de su empresa.
Su capellán; dos amigos;
su equipaje y una imprenta,
son del hombre calumniado
que conspiraba..... las lenguas
decían..... de los enemigos;
¡el ejército que ostenta
al presentarse en las playas
de la mexicana tierra....!

II

Era de noche. Una noche,
de aquellas en que la calma,
del cielo y del mar convidan
al amor y á la esperanza.
El Spring, inglés velero,
iejos está de la rada
que de Soto la Marina
lleva el nombre. Entre las jarcias
del velámen, levemente
murmuran dulces las auras,
mientras que las mansas olas
fosforescentes ó blancas,
contra la quilla del buque
chocan, y espumas de plata,
dejan entre los vaivenes
de las apacibles aguas.
La luna y los astros, rielan,
y sus luces argentadas,
siguen las blancas gaviotas
caminando hacia la playa,
sobre las ondas movibles,
que ni duermen ni descansan.
¡Soledad! ¡silencio augusto
de la noche! ¡Cuánto halaga
á las almas soñadoras,
el mar que inmenso dilata
sus límites, para unirse
con la bóveda azulada,
en lejanos horizontes
que apenas la vista abarca.
Sobre la oscura cubierta
del Spring, figura humana
se mira, cual si en asecho
de alguien estuviera. Pasa
la mano sobre la frente,
y en esa actitud aguarda.

Golpes vivaces de remo,
impelen ligera lancha,
hacia el bergantín, dejando
al bogar estela blanca.
Llega á la escala del buque;
se cruzan breves palabras
entre el hombre de cubierta
y los hombres de la barca.
Aquél, empuña con brio
los cordajes de la escala;
desciende por ella, y luego
ágil dentro el bote salta.
"—Vamos", pronuncia, y los remos
con fuerza hienden las aguas
rumbo á Soto la Marina,
en donde esperan la barca.

III

De una escolta de jinetes,
va marchando á la cabeza,
don Agustín de Iturbide
por el camino que lleva
á San Antonio Padilla,
donde su destino espera.
Don Felipe de la Garza,
á quien ai llegar se entrega
Iturbide, confiándole
con lealtad y nobleza,
su patrio amor, sus deseos,
las esperanzas que alienta,
de ver feliz á la patria,
y los temores de guerra
que allá en Europa, medita
La Santa-Alianza, y de cerca
pudo conocer en Londres;
escucha en calma, que aterra
á los soldados que siguen
al Brigadier en su lenta

marchá; de Iturbide al lado
por esas fragosas sendas.
—Me habéis escuchado, dice
Iturbide; mis empresas
conocéis..... decidme ahora,
lo que de mi viaje deba
esperar.....
—¡La muerte! exclama
Garza, con voz que resuena
en aquellas soledades,
como una lúgubre queja.....!
—¡La muerte! repite el héroe
de Iguala....! Mas la cabeza
yergue noble y valeroso
sin inmutarse siquiera....
y siguen los dos marchando
y de ambos en pos, la fuerza.
De pronto, Garza detiene
á los soldados, les muestra
de Iturbide la persona,
y con voz que se asemeja
al encanto mentiroso
de la voz de la sirena,
les dice: "El caudillo noble
que allá en Iguala nos diera
de la libertad ansiada.
la más amorosa prenda,
viene á ofrecernos su espada.
su valor y su prudencia
para conjurar los males,
que ya la patria lamenta,
Yo quedo en aqueste sitio,
entretanto que regresa
de Padilla un emisario.
Seguidle vosotros; lleva
el mando que yo le cedo;
obedecedle. y que sea
de hidalguía y de confianza.
esta, la más grande prueba."

Dice Garza y se retira;
Iturbide á la cabeza
de los soldados prosigue,
y del Brigadier se aleja.
Su entrada al Congreso anuncia;
el Congreso se la niega;
y á poco, de San Antonio
de Padilla en las afueras,
Don Felipe de la Garza
á marcha veloce llega.
Despoja luego á Iturbide
del mando que le cediera,
y entre filas lo conduce
al sitio que le reserva,
de aquel decreto inhumano
la meditada sentencia.

IV

Cuatro soles han pasado
desde aquel día funesto;
y el quinto alumbra una fecha
de tristísimo recuerdo;
¡el diez y nueve de Julio
de veinticuatro, en que al cielo
subió la sangre inocente
de un patricta verdadero;
Iturbide ha protestado
contra el inícuo decreto
que ignoraba, y lo condena
á la muerte.....! Aquel Congreso
de Tamaulipas, desprecia
el honor del prisionero,
y en tribunal erigido
y en personal incompleto,
mira con indiferencia
la justicia, y desoyendo
también de Garza, las frases,
en que imploraba el derecho

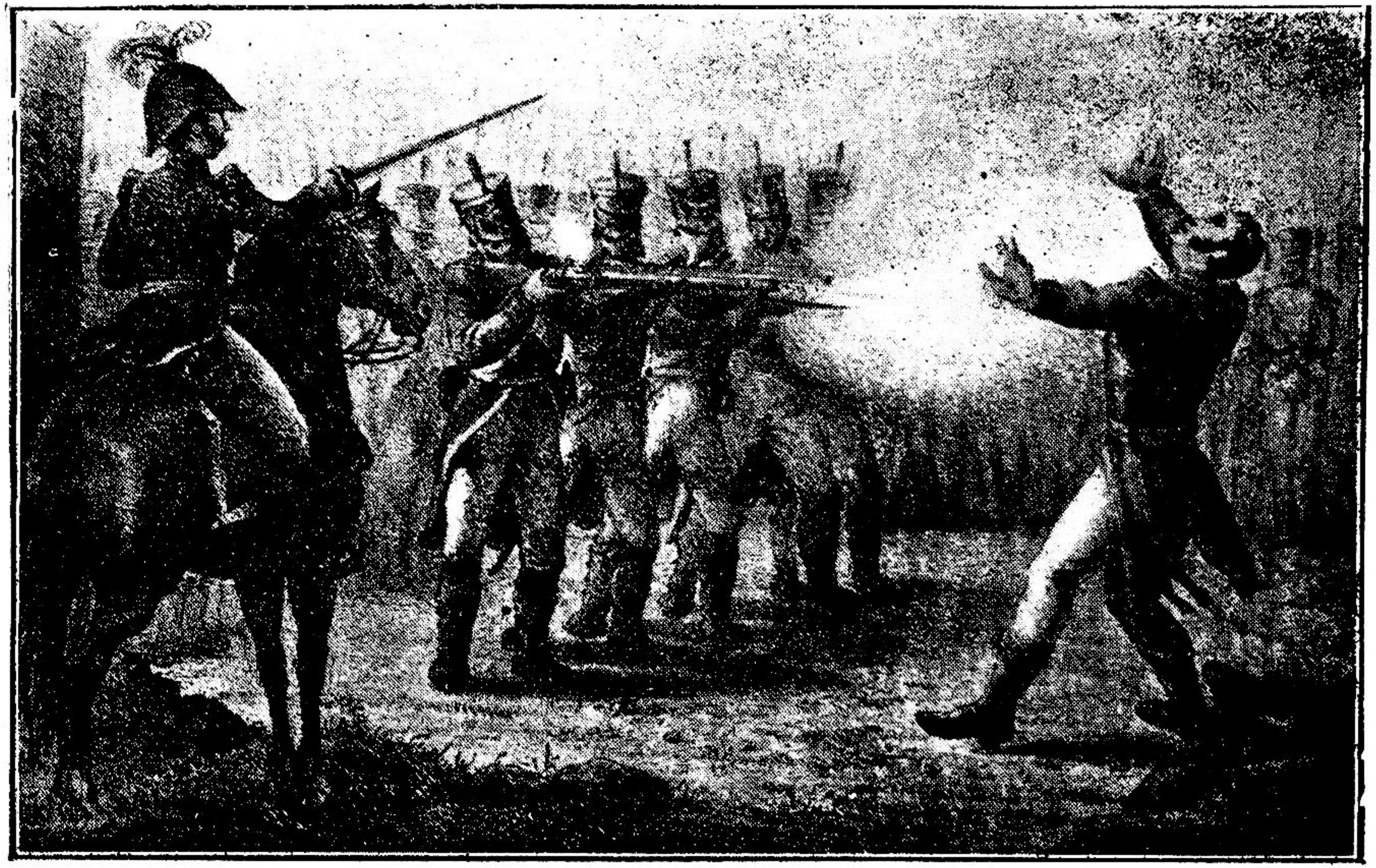
de vida para Iturbide,
¡consuma el crimen horrendo!
¡Suenan las tres de la tarde!
un oficial del Gobierno,
penetra solemnemente
á donde está el prisionero,
y con la voz conmovida,
y mal seguro el acento,
á Iturbide la sentencia
lee durante unos momentos.
Termina y dice: ¡Tres horas
os dá de tregua el Congreso
para que estéis á muerte,
como lo querais, dispuesto!"
Pide la víctima noble,
que escuchó firme y sereno
su sentencia, que otro día
se le conceda.... Su anhelo
era recibir á Cristo
en el sacrificio incruento.
¡Se le niega aquella gracia.....!
Le manifiesta el deseo
que su capellán le asista
hasta su postrer aliento;
pero también se desoye
aquese favor postrero....!
Don Anastasio Gutiérrez
de Lara, uno de los miembros
del Cuerpo Legislativo,
sacerdote que el decreto
no votó contra Iturbide,
es llamado por el preso,
para cumplir los deberes
de aquel instante supremo.
De rodillas está el hombre
que fuera de un vasto imperio
el árbitro en otros días
de glorias y de recuerdos.
Hoy á los pies humillado

del Sacerdote, ha depuesto
de lo pasado sus culpas,
y ya tranquilo y absuelto,
se levanta. Con presteza
quita de su blanco cuello
un rosario, dulce prenda
del hombre cristiano y bueno.
Saca un reloj del bolsillo,
y con tierno y dulce acento,
al sacerdote suplica,
que esos sencillos objetos
á su hijo mayor envíe,
que se educa en un colegio
de Londres. Se lo promete
el diputado, y haciendo
á su conmoción violencia ,
á los ojos el pañuelo
lleva; la estancia abandona,
y se aleja á paso lento.
En tanto la muchedumbre,
de soldados y de pueblo
que sabe ya la sentencia
contra el noble prisionero,
á quien ama todavía,
como le amó en otro tiempo,
se agita... murmura... quiere
salvarlo.... pero el Gobierno
que abriga justos temores
de rebelión, con acierto,
manda acuartelar la tropa,
dispersa grupos de pueblo,
y sólo queda la escolta
que ha de ajusticiar al reo....!

V

Las seis de la tarde daban
en el reloj de la iglesia,
cuando el fúnebre cortejo
que al ajusticiado lleva

al patíbulo, detiene
el paso y triste se acerca
á la Plaza, que parece
lúgubre sudario, envuelta
en esa luz mortecina
que el Sol al hundirse deja.
Iturbide ocupa el centro
de la comitiva y lleva
á su lado el sacerdote
que por su alma ora y ruega.
Noble siempre, siempre firme
aquel corazón que espera
volar á la eterna patria,
donde no hay dolor ni penas,
"Daré la postrera vista
al mundo", dice, y serena
la mirada luminosa
de sus pupilas, pasea
en torno de cuanto tiene
de bello naturaleza.
Al concurso se dirige.
Habla de amor, de obediencia
á Dios, y á los superiores
de El, imagen en la tierra.
Rechaza con santo fuego,
la innoble y cruel afrenta
de traidor, que han arrojado
enemigos que desprecia,
sobre frente que no manchan
calumnia ó maledicencia.
Alza los ojos al cielo;
cruza los brazos. Lo vendan.
Sobre el Crucifijo imprime
con fervor sus labios; reza
el Credo, símbolo augusto
de la Religión, y espera....
¡Suena la descarga! ¡El pueblo
mudo y aterrado queda;
y viendo tocar el suelo



Fusilamiento de Iturbide.

aquella noble cabeza,
ídolo de amor un día
para la patria, lamenta
del Libertador de México
la dolorosa sentencia....!
Tal vez pensando en Iguala
la muchedumbre se aleja.
La noche tiende su sombra;
queda la plaza desierta,
solo á la débil penumbra
en la torre de la iglesia,
se mira un hombre que ha visto
con grande interés la escena.
Es don Bernardo Gutiérrez
de Lara, que la sentencia
mandó ejecutar gozoso,
cual gobernador que era
de Tamaulipas; y tanto
del Libertador desea
la muerte, que temeroso
que la tropa se opusiera,
á ejecutarlo, resuelto
asciende á la torre y lleva
consigo una arma de fuego,
para cazar como fiera
á Iturbide, si la escolta
á dispararle se niega:
¡que á tanto llegan los hombres
por la pasión, ó la negra
sombra del mal que oscurece
el fondo de la conciencia.....!
Nada le debe á aquel hombre
la patria; pero él sí lleva
sobre la culpable frente
una mancha. En la primera
lucha de los insurgentes,
cuando en Chihuahua cayeran
de Hidalgo y sus compañeros
las patrióticas cabezas;

Gutiérrez de Lara huye....
á vivir en Norte América,
para no ser molestado
por las insurgentes glebas
que Arredondo acaudillaba
en la independiente guerra.
Después... después... confesarlo,
causa rubor y vergüenza;
Gutiérrez de Lara..... el mismo....
una expedición á Texas
de filibusteros yankees
conduce, y él encabeza,
para vender de su patria
aquellas feraces tierras.
El éxito no corona
tan patrióticas ideas.....
y vuelve con el castigo
desastroso de su empresa.
En premio de aquellos actos,
de aquellas nobles proezas,
le llama el primer Congreso
á su instalación, y era
gobernador de un Estado
en la dolorosa época
que en San Antonio Padilla,
con sangre y luto escribiera
la Historia Patria en sus hojas
imborrables y severas,
uno de los grandes crímenes
que la humanidad recuerda.

ANTONIO DE P. MORENO.

INDICE

Págs.

Prólogo. III

1. El Grito de Dolores, por Francisco Sosa. 1
2. Atotonilco, por Rodolfo Talavera. . . 5
3. Pípila, por Francisco A. Lerdo. . . . 8
4. Charo, por Ramón Rodríguez Rivera. 12
5. La Batalla de Zacoalco, por Joaquín Gómez Vergara. 18
6. El Giro, por Manuel Acuña. 23
7. El Castillo de Granaditas, por José Rosas Moreno. 29
8. La Enseña de los Insurgentes, por Rafael Nájera. 33
9. Brazo de Dios, por Ramón Valle. . . 38
10. Bravo, por Manuel de Olaguíbel. . . . 44
11. José Antonio Torres, por Francisco Sosa. 46
12. La Fiesta de Chepetlán por Vicente Riva Palacio 50
13. Quecholac, por Gustavo Baz. 54
14. Valdivia-Cureño, por Manuel de Olaguíbel. 57
15. La Jaula, por Ramón Valle. 67
16. La Jura de Apatzingan, por Gustavo Baz. 65

Págs.

17. Los Indios de Ametepec, por Francisco Sosa 68
18. La Madre de los Rayones, por el mismo. 73
19. El Abrazo de Acatempan, por Gustavo Baz. 77
20. Héroes ignorados, por Rafael Ceniceros y Villarreial. 80
21. El Indulto, por Gustavo Baz. . . . 83
22. Vicente Guerrero, por José Peón y Contreras. 86
23. La muerte de Pedro Ascencio, por el mismo. 89
24. La Retirada, por Ramón Valle. . . 92
25. De Marinero á Trapista, por Juan de Dios Peza. 96
26. La Retirada de Acapulco, por Manuel de Olaguíbel. 102
27. Atlixco, por Ignacio Pérez Salazar.. 104
28. Retrato de Guerrero, por Ezequiel A. Chávez. 107
29. El Cura de Dolores, por Diego Bencomo. 109
30. Un Secretario Heróico, por Ignacio Pérez Salazar 115
31. La Misa en el Monte de las Cruces, por Guillermo Prieto. 118
32. La Noble acción de Bravo, por José Fernández de Lara. 121
33. Al Pánuco, por Joaquín Téllez . . . 125
34. Hidalgo, por Rafael Nájera. 129
35. El Orto de un Astro, por Juan de Dios Peza. 136
36. Hidalgo en Celaya, por Rafael Ruiz Rivera. 140
37. Hermenegildo Galeana, por Fulgencio Vargas. 142

Págs.

38. La entrevista en Charo, por Fulgencio Vargas. 147
39. El Sargento Borrego, por E. Amador. 153
40. El Jaral, por Rafael Ruiz Rivera. . 157
41. Un Sacerdote Patriota, por E. Amador 161
42. Un Sacerdote Mártir, por E. Amador 165
43. La Orden, por José de Jesús Díaz.. 170
44. Batalla de Aculco, por Guillermo Prieto 190
45. La Prisión del Héroe, por Rafael del Castillo. 193
46. El Niño Artillero, por Guillermo Prieto. 195
47. La Muerte de Hevía, por Ramón Mena. 198
48. Leona Vicario, por Guillermo Prieto. 202
49. Iturbide en Iguala, por Antonio de P. Moreno. 205
50. El Tío Bachichas, por Eduardo E. Zárate. 213
51. Don Pedro Moreno, por Guillermo Prieto 218
52. La Corregidora, por Rafael Nájera. 220
53. La Campana de Dolores, por José López-Portillo y Rojas 225
54. La Decapitación, por Rafael del Castillo 233
55. La Esposa del Insurgente, por Pablo J. Villaseñor. 236
56. Acapulco, por Guillermo Prieto. . . 245
57. El Color de la Bandera, por Rafael Nájera. 248

Págs.

58. La Batalla de Calderón, por Guillermo Prieto. 254
59. Juan Cureña, por J. Antonio Rivera G. 258
60. Las Norias de Baján, por Guillermo Prieto 263
61. La Muerte de Hidalgo, por Guillermo Prieto. 269
62. Mina, por Guillermo Prieto. 273
63. La Tragedia de Padilla, por Antonio de P. Moreno. 276

ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

NDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,
José Rosas Moreno, José Peón Contreras,
uillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,
López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Ma-
nuel de Olaguíbel, Joaquín Gómez Vergara, Eduar-
Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal,
Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P.
eno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Ná-
jera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernán-
z de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ra-
món Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Ri-
vera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,
José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,
Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO I.

(Reservados los derechos de propiedad.)